

Pablo Lerman

*No volveré a matar
a mi padre*

(novela)

Originalmente editada por el Grupo Editor Latinoamericano

Colección Escritura de hoy

Primera Edición: 1990, Buenos Aires

ISBN 950-694-095-9

Hecho el depósito que dispone la Ley 11723

Derechos reservados

**Permitida su reproducción total o parcial a condición
de que se mencione expresamente el nombre del autor**

I

El asfalto brilla en la neblina. Sus bordes se pierden entre tierra y basura. A sus costados, se intuyen caseríos, empeñados en no desaparecer.

El coche va.

Perfora la noche y la niebla con un solo faro. Va tuerto, informó el hombre. Strumer dio la razón con un gruñido. Gracias que va todavía se congratuló el otro.

Hay algún tránsito en la ruta. Los hombres se encandilan al cruzarse.

Tiempo de mierda. Pegajoso. Húmedo Mejor tenerle paciencia ya que el viaje está comenzando. Para llegar faltan casi ochocientos kilómetros. Con un suspiro de fastidio, Carlos Strumer pegó la frente contra el vidrio de la ventanilla, confiado en dormir aunque sea por aburrimiento

Miró el perfil de conductor, apenas iluminado por la luz del tablero. Feo. Todo es feo en este viaje. El coche, su conductor, el tiempo, él mismo. El camino. El destino, más aún.

Carlos se revolvió en su asiento. ¿Desvelado?, curioseó el conductor. Algo, dijo. El hombre asintió, sin dejar de mirar la carretera. Es duro, comentó. Pero se irá acostumbrando. Lo que más cuesta es al principio.

El hombre tenía ganas de hablar. Cuando murió mi viejo - recordó- yo estaba en la colimba. Me avisaron por telegrama. Tardé en darme cuenta de lo que había pasado. Para peor, sin verlo, era demasiado increíble. De sopetón, como quien dice.

Dio un gruñido cómplice. El otro seguía con su memoria. Lo arrolló un auto. ¿Vio algo más tonto? Uno no se hace a la idea de que algo tan común, tan idiota, pueda llegar a tocarle. Me dieron licencia para que pudiera ir al entierro. Llegué cuando estaba todo hecho. Ni pude ver el cajón. Demasiado papeleo. El ejército también es una burocracia.

Carlos no abrió la boca. El hombre lo miró fugazmente. Discúlpeme, se excusó. Supongo que no le dan ganas de hablar. Sé cómo se siente.

Pero en verdad, no lo puede saber. Espió la oscuridad por la ventanilla y se acomodó en la campera que le habían prestado para la ocasión. Era térmica. Llevátela, le dijeron. Fue el frío lo que había matado al Viejo.

Las versiones de la muerte. Inútiles. Incompletas. Al principio sólo un llamado policial, traído por un cabo. Su padre ha muerto en un lugar llamado Villa Giardino.. ¿Conoce, Strumer? Hace tres días. Tiene que ir a La Falda a hacerse cargo del cuerpo. Carlos Strumer lo miró sin entender. ¿Mi padre? ¿Tengo, tenía yo un padre? El policía lo miraba con cara de contrición. Le dio un número de teléfono. Es de la funeraria, le dijo. Está ahí. Hizo algo parecido a una venia y se fue.

Llamó al funebrero. Aquí lo tengo, confirmó un vasco con un apellido que sonaba japonés. Demasiadas *aes*, rió Zarazaga por el auricular. Téngamelo que salgo para allí lo antes que pueda. Apúrese, recomendó. Mire que no tengo heladera.

Y ahora en este viejo Ford, camino a Córdoba. Con dos desconocidos, presentados de apuro por un comedido. Ellos también van a La Falda. Suspiró. Las vueltas de la muerte, musitó entre dientes. Tan luego a mí me toca volver al chalet de Giardino a buscarlo. Pero no había otro dispuesto a asumir el trabajo.

El chalet. ¿Cuántos años que no iba? ¿Quince, veinte, más? Como siempre, en el recodo de la cañada. Con un porche enorme, ampliado para dar cabida al Vauxhall. A través de los años, volvía fresca la fealdad de esa construcción absurda (casi tan grande como la casa), edificada para cobijar el coche asmático que era orgullo del Viejo.

Debía seguir ahí, como ayer. Como lo tenía grabado en imagen. Faltaba él, con el arco y las flechas, pañuelo a la cabeza como vincha y sus doce años acucillándose para la foto junto al portón.

Carlos, ahora, estaba en el recodo del camino, con las manos en los bolsillos y la capucha sobre la cabeza protegiéndolo del viento que, como cuchillo, lanzaban las montañas.

El tiempo no había mejorado con el amanecer. Nublado, frío y, sobre todo, ajeno. Los del Ford lo dejaron en una estación de servicio. Cree que gustosos de sacudírsele de encima.

Había caminado entre calles vacías, hasta encontrar un barcito madrugador. En su baño descargó la vejiga y después desayunó un café con leche con dos medialunas gomosas. Suficientes, sin embargo, para sacarle la sequedad de la boca, tras la noche de vigilia.

Zarazaga abrió tarde.

La funeraria tenía paredes blancas y piso de mosaicos pobres. Una cortina - en realidad un lienzo colgado de lo que fue, alguna vez, un barral para baño - dividía el ambiente en oficina y velatorio. Tras ella, se oían sollozos. Strumer creyó intuir la presencia de un ataúd. Un olor dulzón venía desde allí, mezclado con tabaco. ¿Quiere verlo?, preguntó el vasco, mientras salían a la calle. Negó. Zarazaga pareció entender. No es grato. Hoy mismo lo enterramos, anticipó.

Avíseme la hora.

No tiene sentido, Strumer, dijo Zarazaga, convidándolo con un café. Deje que yo me encargue.

No dejaba de ser un alivio. ¿Cómo fue? Nadie sabe exactamente. Llamó al vecino a medianoche, muy transpirado, diciendo que se sentía mal. Le ofrecieron un té. Cuando lo

trajeron - al té, claro - se moría. Lo demás fueron trámites, embrollos, peleas con la policía. Casi pelan al muertito. Me tuve que poner firme.

Desde el café se veían negocios, confiterías, regionales, casi todos cerrados. No es época para el turismo, aclaró el vasco.

Carlos seguía pegado a la ventana, buscando reconocer el lugar. Imposible. Demasiados años desde la última vez que estuvo allí, de paso hacia Giardino. Tantos como desde la foto con el arco y las flechas en la puerta del chalet.

¿Me lleva a Giardino?

Este era un coche importado. Caro. Se deslizaba raudo. Me va bien, confesó Zarazaga. Es un trabajo un poco duro. Hay que acostumbrarse. Pero se vive. Antes tenía una fábrica. ¡Bah!, un taller. Era autopartista. En Ramos Mejía. Me fundí y vine aquí a probar suerte. Y de casualidad, empecé con esto. Ahora ando bien. Strumer iba repartiéndose entre la ruta, el relato del vasco y sus recuerdos.

¿Por qué se fundió?, quiso saber. ¡Por éstos!, golpeó el otro el centro del volante. Por estos autitos, por la indexación, por mi estupidez..., qué se yo. Ahora estoy tranquilo. Es duro, el sitio es aburrido, pero deja.

Salieron de la ruta y entraron a un camino consolidado. Por aquí había una panadería, se dijo Carlos. No la encontró. Pero recordaba el trayecto de la cañada. Lo había hecho varias veces, varios años, yendo y viniendo del chalet a la panadería a comprar felipes. Al llegar a la curva, Zarazaga frenó. Lo paso a buscar dentro de dos horas, anticipó. Con el mentón señaló al frente. Allí vive el húngaro, el vecino de su padre. No me deje solo, pidió Carlos. Acompañeme, por favor. Un ratito, nada más.

Se acercaron a una puerta maciza. El vasco golpeó con decisión. Una mujer acudió al llamado. Delgada, canosa, con aire hermético. Es Strumer, presentó el vasco mientras entraban. Había una estufa a leña ardiendo en la sala. Ya viene el doctor anunció la mujer desapareciendo por un pasillo.

El hombre la va de médico, explicó Zarazaga por lo bajo. Pero aquí nunca ejerció, ¿sabe?

Carlos desechó el comentario con un cabeceo, perdidos sus ojos detrás del ventanal.

Tras los cristales medio empañados por el calor, estaban las montañas. Seguían como en la memoria. Menos verdes por la estación pero intactas.

Un frío soplaba entre las pocas casas. Se lo oía, se lo veía sacudir los pinos. El húngaro apareció enfundado en una bata raída. Pareció contento de ver a Zarazaga. Querría hablarle, dijo con acento duro. Pronunciaba el castellano con acento duro.

Pronunciaba el castellano con dejo extranjero. ¿Y cómo anda el paisano?, preguntó el vasco. Mal. Me muero pronto, Zarazaga. No diga eso.

La mujer volvió trayendo unas tazas. Sentados alrededor de la mesa, sorbiendo un té claro, fueron mirándose. Alguna vez su padre mostró foto suya, arriesgó el húngaro. Sí, recordó la mujer a sus espaldas. De cuando era chico. De su hermana también mostró. ¿Cómo está ella? Bien, dijo Strumer. ¿Sabe ya? No. Todavía no pude avisarle. Está en España, indicó el húngaro a Zarazaga. Éste se levantó para irse. En dos horas, Strumer, advirtió.

El húngaro lo atajó. Zarazaga, cuando yo muera, quiero que usted me entierre, le pidió. Tiempo habrá, doctor. No tanto como piensa. Le quiero pedir un favor: déjeme un día en el velatorio. Asegúrese que estoy bien frrito, que no es catalepsia. Descuide, lo tranquilizó el vasco. Me aseguraré bien. Pero si llega a ser catalepsia, paga igual, doctor.

Quiso ser un chiste, pero nadie rió.

Carlos seguía mirando las montañas por la ventana. Oía la conversación desde la lejanía. Fantasmagórica, insólita charla. Todo estaba impregnado de un tinte grisáceo. Hasta las voces. Opacas. Absurdas. Salió el vasco y él se quedó con los viejos. ¿Cómo fue?

Su padre estuvo trabajando duro en el chalé, contó el húngaro. Corrió pasto, pintó. ¡Oh, hizo muchas cosas! Siempre venía a trabajar muy duro. Alquilaba. Entonces, venía a preparar chalé para inquilino. Hizo mucho frío ese día. Su padre pintó pileta. ¡Disparate! ¿Para qué pintar pileta en invierno? Esas cosas son las que matan. Los disparates. Dentro de pileta hacía más frío todavía. Él pintó. Y dolió el pecho. Vino a medianoche. Golpeó la puerta gritando: ¡Abra doctor, me estoy muriendo! Estaba asustado. Transpiraba frío. Herda fue a prepararle un té. Cuando volvió, lo encontró muriéndose.

Me tomó la mano, dijo ella. Me la apretó y murió. Recuerdo sus ojos azules. Tenían mucha paz. Mucha, sí.

Había salido de la casa con la excusa de la emoción. Se ahogaba adentro. El húngaro lo había dejado ir, como si comprendiera. ¿Qué podría entender? ¿Qué era lo que él mismo entendía?

El chalet permanecía como en el recuerdo. Lo miró sintiendo las manos helarse. Le hubiera gustado recorrer sus cuartos pero estaba ocupado por el inquilino para el que el Viejo preparó el chalet antes de morir. Lo contempló por el camino de ripio y se asomó a la hondonada. Seguía estando. Desde allí, arrancaba un valle. Seguía arrancando. Como entonces, cuando salía a cazar cuises.

Llegó a la ruta insultando la demora del vasco. Se paró a esperar un ómnibus cuando lo vio venir. Discúlpeme, dijo Zarazaga. Me retrasé en la Municipalidad. Ya está

todo hecho. Venga a la tarde a buscar los papeles. También tengo una valija con su ropa y unas cositas que llevaba encima. ¿Cositas? Cositas. Papelitos. Innumerables. En los bolsillos. Paquetitos. Cerrados con bandas elásticas. Papelitos y paquetitos. Papelitos higiénicos, especificó el vasco, mirándolo sin descuidar el manejo. Los paquetitos eran bolsitas plásticas vacías. Dobladas una y mil veces, cerradas con las gomitas. Perdona la indiscreción, pero no pude evitar la curiosidad.

No debía estar bien, murmuró Carlos.

El vasco pareció sentirse más cómodo. No, ¿no? Me dio esa impresión. Además vestía como un tirado, no sé si me entiende. En la billetera tenía sólo unos pocos pesos, la cédula y el carné de jubilado. Demasiado escaso para un profesional, para un propietario o para un hombre que viaja. Y todo demasiado sucio. Demasiado viejo,

Debía estar loco, susurró Carlos. O acaso lo pensó y no lo dijo, ya que el vasco no acusó recibo y siguió manejando en silencio.

Se metió en un hotelito barato, donde lo miraron con curiosidad. Se bañó tiritando de frío. Aún así, le resultó grato meterse entre las sábanas húmedas con la sensación de limpieza en el cuerpo. Se durmió enseguida.

Había fantaseado que soñaría con el Viejo. La ocasión era propicia. Pero no. El cansancio acumulado en el viaje y en la mañana escuchando los delirios catalépticos del húngaro y la cháchara del vasco, le cerraron hasta el recuerdo.

Cuando despertó, aún había claridad. Dejó el hotel y fue en busca de Zarazaga. Apenas entró en la funeraria, el vasco sacó una valijita de un armario metálico y se la entregó. Esto es todo. Y un manojito de llaves.

Abrió el maletín. Había dos pantalones, una camisa, una talquera intacta, fotos y los papelitos y paquetitos anunciados. Guardó las llaves y las fotos, cerró la valija con cuidado y se la extendió al vasco. Quémela, pidió. También está su billetera, dijo dándosela. Unos pocos pesos. Stampillas. La cédula. El carné. Nada más. Sacó todo y guardó la billetera en la valija. Quémela, insistió. Zarazaga la colocó bajo el escritorio. ¿Cómo arreglo con usted? El vasco se encogió de hombros. No tiene nada que arreglar. Esto lo paga la obra social de su padre. Cuando llegue a Buenos Aires, mándeme por correo el último recibo de su jubilación. Eso será suficiente. ¿Y si no lo encuentro? Entonces, veremos; concluyó el vasco, entregándole la partida de defunción.

Se fue de la funeraria pensando que quizá debió haber estado más expansivo. Tendría que haber demostrado algún pesar, cierta curiosidad. ¿Número de tumba? ¿Es linda? ¿Soleada? Tal vez tendría que haberle dado unos pesos. O agradecerle más efusivamente su gestión. Este hombre me salvó. Con su parsimonia vasca, convirtió a la muerte en un trámite administrativo.

Preguntó por la estación terminal y se encaminó a ella. Anocheceía. Faltaban tres horas para su micro. Las perdió con aburrimiento, viendo como el sol se ponía detrás de un letrero de Cinzano. Cuando se instaló en su asiento, creyó que nunca había sentido antes - tan claramente - esa sensación de vacío. Con ella a cuestas, arribó a Buenos Aires a la mañana siguiente. Su última mirada antes de dormirse, fue para las montañas del valle de Punilla. Ellas deben estar aún allí.

Hasta ese momento, a todos les había parecido que el Viejo era eterno. Costaba darse cuenta que había muerto. Que él, como todos, también era mortal. Increíble, en realidad, considerando que ninguno de nosotros lo había visto cadáver, nadie conocido le cerró los ojos ni había empuñado una manija del ataúd. ¿Quién lo vio descender a la fosa municipal? Ni el mismo vasco. Era, entonces, una abstracción. Tan cierto (o tan inseguro) como puede ser un dato. Era curiosa (no había ningún adjetivo mejor) la forma como se había evaporado. Con la facilidad de una información. Él, que era indestructible y parecía gozar de una salud de hierro.

Tenía algo en el corazón, dijo el húngaro. Pero no había sido concreto en su diagnóstico. Ese algo podía ser un diástole. Un sístole.

Tenía algo en el corazón, había dicho el húngaro. ¿Pero acaso tenía corazón el Viejo? ¿O se trataba de una presunción clínica basada en la generalidad?

Hacía frío y estaba nublado. Atrás habían quedado las montañas y en medio o dentro de ellas, el Viejo. Eso se podía suponer de los papeles timbrados que el vasco le dio. No llegaban a ser suficientes, sin embargo.

Carlos sentía que en cualquier momento, podría volver a encontrarlo, desmintiendo los datos, los informes, las presunciones.

II

El Viejo. Un hálito de sombras lo rodea. Como siempre. O más aún.

La figura maciza, enfundada en finos trajes de confección. Las mejillas afeitadas al ras, de un leve tono azulado. Olor a Aqua Velva. Poco pelo, untado con lociones que le devolvían un brillo que la calvicie había apagado. Ojos pequeños, azules (¿O eran grises? ¿o verdes? ¿o eran ojos, acaso?). Papada respetable, enbufandando con cuello toruno. Barriga acariciada por corbatas de seda italiana que la lomearon en mejores épocas. Una voz profunda, áspera, sentenciosa. Longines de oro, anillo ídem de sello, dedos morcillosos en manos regordetas. Papel higiénico en el bolsillo trasero del pantalón. Pañuelo que recordaba a Palmolive de Lujo. Piel blanca, bigote cuidado, zapatos impecables.

Un hálito de sombras rodea su figura. Oscura pese a su pulcritud. ¿Cómo explicarlo? ¿A quién convencer que tras ese hombre de lugares comunes, fácil conversador de banalidades, se escondía un tipo hosco, huraño, seco, habitante del amontonamiento y la mugre? ¿O no era así? ¿O la hosquedad estaba reservada para él, a quien siempre reprochó su falta de reconocimiento por haberle dado vida y buena salud?

Trabajo que te debió costar, había respondido Carlos al reclamo.

Fue un junio o quizás un agosto. De lluvia. Elsa había tocado el timbre de la casa del Viejo con tanta ansiedad como miedo. Él la hizo pasar al comedor y le trajo una Coca-Cola. Había hablado del frío, de los precios, de los milicos. Con ese tono que semejaba bailar sobre las cosas que iban nombrando, con agilidad de ballet.

Me siguen, dijo Elsa. Me buscan.

El Viejo la miró como si fuera de vidrio. Necesito que me hagas un lugar, rogó ella. Él siguió en silencio, mirando quién sabe qué a su través. Una noche. Dos a lo sumo, especificó ella. Hasta que consiga salir del país.

Carlos imaginaba la charla entre su hermana y su padre. Sentados a la mesa del comedor, bajo las luces tenues de la araña, el televisor prendido sobre el aparador, dirigido hacia nadie. Elsa estaría en la punta de la silla. El Viejo, encastrado en otra. Rosita en la cocina o en el dormitorio, aguardando los sonidos que anunciaran la ida de Elsa para entonces aparecer - retocándose el vestido o el peinado - a dar la despedida.

El Viejo había suspirado profunda, ruidosamente. O quizás no. Lo único cierto es que se había negado. No puedo, le dijo a Elsa. No tengo lugar

Seguramente su hermana se había sorprendido. Quizás se indignó. Cada uno es dueño de su vida, puntualizó el Viejo. Vos tenés la tuya. Yo la mía. No confundamos ni mezclamos. No tengo lugar.

¿Dijo Elsa que la perseguían los milicos? ¿Contó cómo habían reventado su casa, mientras estaba en el trabajo? ¿Habló de su vida en el trabajo? ¿Habló de su vida en peligro, real, real como la lluvia de ese junio o agosto del setenta y seis en Buenos Aires? Seguro que sí. Cada uno es dueño de su vida, había dicho el Viejo como una sentencia.

No era el caso de Elsa, esa noche. Ella no era dueña de nada que no fuera su miedo. Aún así, el Viejo fue claro: no tengo lugar, *notengolugar*. ¿Ni para tu hija?, preguntó. Ni para mi hija, había respondido. Vos sabrás por qué te buscan. No confundamos ni mezclemos. Yo aquí. Vos en tu lugar.

Posiblemente el Viejo no había mentido. Él nunca tuvo lugar para otro. Fue así nomás y Elsa se lo contó al día siguiente, en el bar del aeropuerto mientras esperaban que saliera el avión a Montevideo, en primera escala hacia España.

"... quiero que sepas que me dolió en el alma negarte cobijo, pero no era conveniente para vos -escribió el Viejo a Elsa años más tarde-. No ibas a tener una cama decente, tendrías que haber dormido en el suelo y eso, hija, yo no lo podía permitir, Además, Rosita se iba a sentir incómoda si no podíamos atenderte como lo merecés... Pero ahora, por suerte, todo ha cambiado desde que ganamos el Mundial de fútbol... Quiero que sepas que podés venir cuando quieras, que podemos recibirte con los brazos abiertos, que mi casa es tuya y el triunfo deportivo es nuestro... Empecemos una nueva etapa como ganadores..."

Elsa había recibido la carta en Barcelona. Así como la abrió la volvió a ensobrar, devolviéndosela. El Viejo la había guardado entre sus papeles.

Sus muchos papeles:

Facturas de compra de elementos indescifrables que ya no existían. Fotos. Avisos de periódicos. Negativos de películas. Diarios. Libros. Escritos ilegibles. Cartas. De amor. De odio. De publicidad. Copias de cartas remitidas. Recibos de servicios de gas. De electricidad. De expensas. Tickets de avión y de estacionamiento. Un menú de a bordo del *Giulio Cesare*. Comprobantes de depósitos bancarios. Tarjetas de visita. Postales de fin de año. Telegramas. Un programa del 8 de agosto de 1952 del cine "Rívoli", donde habían dado *Por quien doblan las campanas*. Boleto capicúa. Planos ruteros. Guías de turismo. Propagandas de loteos. Servilletas de confiterías ya demolidas. Etiquetas.

Entre ese rejunte, el Viejo había dejado la carta que Elsa devolvió, con su sobre adherido con un clip. Es decir que la había vuelto a leer. Se debió reconocer en la grafía y en el sentido de las palabras retornadas imprevistamente del otro lado del mar, y también es seguro que le volvió a doler haber echado a Elsa esa noche de chacales; quedándole tan sólo el consuelo de que así evitó que ella tuviera que dormir en el piso. Que le dolió - a su manera pero dolor al fin - podía reconstruirse repasando los pliegues del papel, abierto y

vuelto a cerrar y vuelto a abrir y a plegar en un ritual que convocaba al olvido. Y que repitió sus excusas era igualmente cierto. No había huellas de lágrimas sobre la carta. Ni Elsa ni el Viejo se habían permitido deslizar una lágrima. Sus ojos estaban secos para el otro. Y ni siquiera uno pensó en el otro para darle alguna culpa, aunque fuese tirando una gota de agua sobre la escritura para que remede un lloro y despierte compasión, o remordimiento, o insultos. Nada. El papel bastaba de sobra al unir a su texto los pliegues y a éstos, su deambular circular. ¡Vaya gente dura!

El Viejo había abrochado el sobre con un clip que traspasó la carta; se aplicó en rehacer los pliegues con sus dedos índice y gordo y la había arrinconado entre sus papeles, dejándola caer sobre ellos para algún día nunca arribado volver a su mejor clasificación. La dejó allí, simplemente, y se dedicó a sorber el café, sentado en la misma silla de entonces - su silla de siempre - enfrentada a una ventana que jamás abría, cubierta con una cortina que fue blanca y ahora es amarilla de tiempo.

Esta hija mía no tiene sentimientos. Es una piedra, le dijo a Rosita y ella asintió en silencio, pese a que él no había esperado respuesta.

Nunca los tuvo. Ni para mí ni para nadie, continuó. Cuando era chica se sentó sobre mi sombrero marrón. Lo aplastó. Miraba el sombrero marrón y se reía. Se lo mostraba a Carlos y se reían. Del sombrero. De mi sombrero, que era decir que se reían también de mí. Como no le daba el coraje para poner el culo sobre mi cabeza, aplastó el sombrero y se reía. Una viborita. ¿Qué sabe ella lo que siente un padre?, preguntó hacia la cortina, hacia Rosita, con un aire entre enfadado y patético. Nada. Nada, sentenció. No sabe nada.

Rosita siguió asintiendo, esta vez en voz alta. No sabe nada, repitió con un suave eco. Nada de nada.

Vos calláte, le ordenó.

¡Un flor de hijo de puta!, gritó Elsa en el aerobar del Jorge Newbery. Carlos le tomó la mano, calmándola. Él estaba de acuerdo, pero en ese momento no era lo importante. Ella se iba. En un ratito se iría su avión, y era un tiempo demasiado precioso para dejarlo ir en la puteada. Estaba demacrada, ojerosa, con un tapado de piel sintética que no valía gran cosa echado sobre los hombros. Flaca, los ojos le saltaban en sus órbitas mientras consumía los últimos minutos en su tierra natal.

Habían pedido otro tostado y se ocuparon de mordisquearlo sin apetito.

Cuidate, pidió Carlos con un dolor que le opacaba la voz. Era terminar el tostado y la espera, y el dolor en la garganta avanzaba más, se tornaba insoportable pero quizás necesario. Se habían abrazado mucho. Se habían casi estrujado, sintiendo los huesos del otro, puntudos, bajo las ropas ajadas por la humedad. Se besaron las mejillas, se miraron

una y mil veces en el aerobar hasta que decidieron ir a la zona de embarque, metidos en sus propios humores, con el temor ahora puesto en el escritorio de Migraciones. Del otro lado, estás a salvo, le había susurrado. Se dieron un último abrazo y Elsa se dirigió con paso que pareció ser firme hasta allí, cédula en mano, para terminar levantando la mano en un saludo de alivio, antes de subirse al micro que la arrimaba al avión.

Levantó la mano y la agitó con blandura, seguramente exhausta de nervios. Él respondió con igual gesto desmadejado, mientras la garganta reventaba en silencio, sacudiéndole el cuerpo.

No la vio ascender al avión, pero observó a la máquina levantar vuelo lentamente, girando sobre la ciudad para enfilarse hacia el río que cruzaría de inmediato.

Deambuló por el aeropuerto y lo sintió desierto; mientras iba reacomodando sus partes. Se acercó al río y contempló el atardecer, oteando el cielo por si descubría el avión. Las aguas pegaban mansas en el paredón, trayendo envases vacíos, ramas, porquerías. El río marrón iba y venía enfriando la tarde y Carlos sentía sus piernas clavadas al borde de la Costanera, entumeciéndose con la humedad que trepaba desde el suelo. Así estuvo hasta que consiguió salir de ahí para hundirse en el asiento de un taxi. Inútil sería acusar entonces a la ciudad de estar vacía. En realidad, era él quien estaba hecho un páramo.

III

El ómnibus entró en la estación terminal bamboleándose entre las dársenas. Sin equipaje que retirar, Carlos se encontró pronto en la calle. Cruzó la plaza de través, con tiempo y oportunidad de oler la garrapiñada friéndose en oscuras pailas de cobre, escuchando los gritos de los vendedores ambulantes y el megáfono con el que los Testigos de Jehová convocaban a su credo militante.

En su espalda, colgaba el bolso. En el bolsillo, el manajo de llaves recogidas entre los despojos del Viejo. Las llaves de su casa, natal para Carlos.

No estaba lejos de ahí. Caminó hacia el departamento del Viejo, entreviéndolo a la distancia (primero fue un sueño, luego una ilusión óptica). Finalmente lo vio, con sus persianas verdes oscurecidas por el polvo, dominando la ochava.

Durante años había pasado ante ellas - desde que Elsa se había ido - mirándolas como si fueran ajenas, adivinando el movimiento del Viejo por los cuartos. Ahora volvía como quien recupera algo perdido o abandonado a la suerte.

La cuadra era la de siempre, vieja y despoblada, marginando un mercado. Veredas rotas. O a lo mejor estaban enteras, pero de tan sumergidas parecían quebradas.

Se detuvo ante la puerta del edificio y desde allí miró hacia lo alto la perpendicularidad de la pared, el filo de los ventanales, los saledizos de los balcones. La puerta de entrada, de hierro verde, daba a un hall recubierto de vidrios que simulaban ónix. Enfrentando a la puerta, un gran espejo reflejaba su imagen en la calle, bolso a la espalda, llaves en mano.

Miró la entrada desde afuera, reconociendo su familiaridad lejana superponiéndose sobre viejas fotos guardadas en la memoria, calzando como un original sobre su copia.

La puerta estaba cerrada. Buscó en el manajo de llaves y eligió una al azar, cualquiera, cubierta con un plástico amarillo. Para su sorpresa, abrió con ella. Se representó al Viejo, colocando el plástico en la oreja de la llave para identificarla hasta con el tacto. Cerrando, olió la casa. Todo el olor de la casa. Indescriptible. Pero único, propio de ese edificio. Igual al que sentía cuando chico, cuando aún no había profanado su olfato con el tabaco. Seguía estando. También el mismo ascensor, la escalera girando sobre su derecha, el damero de mosaicos en el suelo. Ascendió lento al primer piso, hasta el departamento del Viejo y al llegar allí, nuevamente, volvió a tantear la suerte con las llaves, hasta que recorrió los cerrojos. Recuerda que titubeó antes de entrar. Le había prometido a Marcela, la hija de Rosita, que irían juntos apenas arribase a Córdoba. Pero él no podía esperar y la ceremonia de su retorno era demasiado privada para compartirla.

Empujó la puerta y buscó la llave de luz donde sabía que estaba. Seguía estando. Una sola lámpara se encendió, de las cuatro que tenía la araña.

Cerró suavemente y miró en derredor repasando los muebles de siempre, reconociendo el color de la pintura -ahora ajada por los años-, reconstruyendo el brillo que tuvo y perdió, su tersura de melocotón perdida bajo las capas de polvo.

Parado en medio de la salita, se quedó inmóvil escuchando los ruidos hasta identificar un goteo proveniente de la pileta de la cocina. Caía el agua gota a gota sobre una taza con restos de borra en su fondo. Temblaba la gota en el pico de la canilla, para precipitarse luego hacia la superficie inquieta de la taza, produciendo un ruidito pertinaz, como de vidrio. Una y otra vez, con una melodía de fatiga. Avanzó sintiendo crujir el piso. Abrió la ventana del baño, espiando la calle por las rendijas de las persianas como cuando chico, en aquellas interminables tardes de sábado en que el Viejo salía dejándolo encerrado horas y horas. Junto a Elsa, vagaban por el territorio estrecho de las piezas, a excepción del cuarto que el Viejo cerraba con llave, tanto para proteger su intimidad más última de la curiosidad infantil como para evitar que usaran el teléfono llamando a mamá. Había mucha mugre por todos lados, acentuada por la iluminación pobretona de la lámpara y la oscuridad de los muebles.

Escuchó el ruido del ascensor y se tensó, sintiendo que alguien podía arribar y descubrirlo intruso. El aparato se detuvo en el piso y oyó abrirse sus puertas metálicas, que se volvieron a cerrar en un chasquido. Rápidamente, apagó la luz y se quedó quieto en la oscuridad, mirando la entrada. Sintió el raspar de zapatos contra el piso, el tintineo de llaves y una puerta abriéndose. Era el vecino que volvía.

Se aflojó con un suspiro y volvió a encender la luz. Está muerto, recordó. No puede venir. No puede. Valía la pena reiterárselo hasta la saciedad. Está muerto. No puede venir. Los muertos no pueden.

Carecía de otros elementos para contar con una seguridad más consistente. La llave de un panteón, por ejemplo. No la había, como tampoco panteón. Vaya a saber cómo era el sepulcro que el funebrero le había agenciado en el apuro. Más administrativo que real, más burocrático que cierto. Carlos sabía que los papeles tienen poder, pero que éste, con todo, era relativo. ¿Qué si volvía? Emergiendo desde más allá de la muerte oficial, del valle de Punilla, del té del húngaro. Podía volver a reclamar que le devuelva las llaves, los papelitos, los paquetitos, la valija incinerada, los propios recuerdos inclusive, esa sensación de estar recuperando los que quedaron congelados en el pasado. El pasado mismo. Birlándolos de su custodia. Recuperándolos sobre su sangre y sus huesos, a horcajadas del triunfo que daba el tiempo. Un retorno terminaría con la reconquista. ¿Qué si vuelve? No puede. Los muertos no pueden.

Caminaba por el departamento con pasos cada vez menos cautelosos, demarcando su nuevo territorio, las fronteras rescatadas desde el umbral de la tumba.

Era una mísera realidad. Muebles viejos, carcomidos por el tiempo y la desidia, ahítos de papeles y porquerías, en un amontonamiento producido por la negativa a separarse de nada. El acopio de basura invadía el espacio, abarcaba la superficie de la casa quitándole aire y vida. Poca hubo antes. Ninguna ahora.

Se inclinó para recoger una carta dirigida al Viejo. Póstuma. Después de un titubeo, la abrió. Era una intimación de pago de una hipoteca vencida. "De desoír la presente, nos veremos obligados a proceder a la subasta judicial de su propiedad", advertía el Banco acreedor. Rompió la nota.

Con curiosidad hasta infantil, penetró en el dormitorio y fue abriendo placares, huroneando entre trajes, corbatas, talqueras, zapatos y otros ajuares percutidos. Abrió cajones y exploró sus contenidos. Papeles que no vieron el sol en décadas, volvían a la superficie mostrando sus constancias inservibles. Los recorría leyéndolos de apuro, sin retener palabra.

Encontró una libreta universitaria de la carrera de abogacía. En junio de 1951 había rendido Derecho Político. No pudo dejar de sorprenderse. Jamás el Viejo había mencionado sus escauceos con la abogacía. Antes bien, cuando Carlos anunció - tiempo atrás, otro Carlos a otro Viejo, sentados en la oscuridad del Vauxhall - que estudiaría Derecho, el Viejo se enojó muchísimo.

Carrera de inútiles, sentenció. De vagos. Las oficinas públicas están llenas de abogados trabajando por monedas. Trabajaré por ellas entonces, dijo Carlos al bajarse.

El Viejo había estado furioso. A la luz de los años y de esa libreta, la cólera cobraba otro sentido. No fue enojo por su elección de futuro, sino por la propia hecha y abandonada en el pasado. Canalla.

Terminaron mal esa noche. Fue en vísperas de la unión del Viejo con Rosita.

¡Sos un traidor!, lo había acusado con violencia imprevista. Carlos miró sin entender. Dijiste a Rosita que no te doy plata, le reprochó.

¿Y no es cierto?

Esa mujer es una extraña entre nosotros, puntualizó el Viejo. Nada tiene que saber de nuestros asuntos.

¡Pero si nunca nos pasaste un mango!, se defendió Carlos. ¿En qué te traicioné? Ella me preguntó cuánto me dabas y le dije que nada. Esa es la verdad.

Esa mujer es una extraña, insistió el Viejo. No tenés por qué hablar con ella de nuestras cosas.

Continuaba abriendo cajones y placares. Con fruición. Como cuando era niño y en las tardes de encierro desvalijaba los bolsillos de los trajes paternos, guardados bajo cerraduras que él violaba cuidadosamente, para volver a cerrarlas una vez consumados esos hurtos vindicativos, gastando el botín en figuritas.

Ahora no era distinto. Los placares habían seguido cerrados, las llaves continuaron ausentes, ocultas en escondrijos desconocidos. No fue impedimento. Desde la oscura memoria de la niñez, llegó la ganzúa infantil a abrir las puertas clausuradas, dejando al alcance de su manita sus contenidos, que no por míseros eran menos deseados.

IV

Papá. Yo hubiera querido decirlo de otra manera. Las *pes* y las *aes* llenaban la boca, embolsándola con aire frío. Papá. Salía helado. Tal vez ocurría en una soleada tarde de domingo, en la que el Viejo se pegaba a la radio para escuchar el partido. Mussimessi atajando los tiros libres. Corbatta pirueteando a lo gusano por el medio campo. ¡Nadie como Borello!, lamentaba. Eran nombres de otras edades, de otros olores. Hasta el sol debía ser distinto en aquellos inviernos. Papá.

El Viejo no oía. No importaba entonces la calidez que tuviera el llamado. De todas maneras, yo hubiera querido pronunciarlo - hasta en los momentos de rabia - distinto, más cercano, más propio. Era imposible. El Viejo no atendía. Le daba igual. Entonces, él seguía con el frío escurriéndose por la boca y con la palabra.

Está en las leyes de la naturaleza, le reprochaba. El ternero ama al toro. Todo hijo ama a su padre. Pasa que sos un desnaturalizado.

¿Qué era serlo? Carlos no lo sabía y el Viejo no lo aclaraba. Pero sonaba feo. Entonces se defendía: no soy un ternero. Sos algo peor que eso. Ya te enterarás cuando seas grande, dijo señalando un arcano.

Viajando a Córdoba a enterrarlo, colándose en su departamento o conversando con el funebrero o con el húngaro, Carlos había esperado - con alguna parte de sí - que se le revelara ese secreto. Pero nadie hizo un signo, un gesto o una insinuación que trajera la luz. No había claves. Si las hubo, se perdieron.

Miraba el baño desde la sala, con sus ojos actuales, con los de sus cinco años. El Viejo se estaba afeitando, y él contemplaba el paso circular de la brocha por las mejillas, escuchando el tenue rasguído de la guillete sobre la barba. El Viejo estaba en camiseta y la tela se tensaba para contener su abdomen. Papá, ¿Quién es más fuerte? ¿Vos o Superman?

El Viejo lo había mirado con la cara semicubierta por la espuma. Hasta había sonreído. Yo, contestó sin dudar.

Carlos no le creyó. Mirá, invitó sacando bíceps. La piel blanca de su brazo se infló y Carlitos palpó con sus dedos la dureza de esos músculos envueltos en adiposidades indisimulables.

Mentira, protestó. Superman es más fuerte.

Hasta hoy cree que el Viejo no se lo perdonó.

¿Pero en definitiva, qué te hice? ¿Qué daño, qué perjuicio, qué injuria?

“Aún tengo en el hombro un agujero imposible de cerrar, que llevaré por mis días - le escribió a Elsa en esos tiempos -. Por más que intente olvidarlo, sé que está ahí, escondido bajo el saco, el maldito agujero que me hace tambalear en los momentos más

difíciles. Está allí, donde no se posó la mano de mi padre, recordándome esa falta de sostén, la inexistencia de un atrás que apoye hacia adelante y ayude a empujar. La mano del Viejo. Aquella mano regordeta, en donde no se podían adivinar las venas, pero que era pesada como un piano cuando se estrellaba en mi cachete haciéndolo arder como una tea. Ésa nunca estuvo sobre mi hombro, y entonces quedó el agujero como un documento de identidad”.

Se acercó al baño, mirándose en su espejo. Sus ojos recorrieron suavemente todos los contornos, se detuvieron un instante a contabilizar dónde los azulejos habían sido repuestos por otros distintos en algún arreglo no muy reciente.

La bañadera estaba cubierta por rayas de óxido allí donde el gotear de las canillas la habían percutido. En ella el Viejo me bañó una vez, se acordó. Una, en toda mi vida. Lo veía acucillado enjabonándole las orejas, el cuello, tirándole agua en la espalda mientras que con una voz que no era dulce pero quería ser persuasiva, iba contando que al día siguiente verían al Juez, y él - Carlitos - tendría que contar qué tal la había pasado en esas vacaciones con su padre.

Decile cómo estuviste, lo entusiasmaba el Viejo. De las veces que fuimos al cine, del viaje a Miramar, de lo bien que te traté. Así la arpía de tu madre terminará con sus historias. Tenés que decírselo, Carlitos.

Carlitos no sabía qué era un Juez. Tampoco lo supo demasiado al día siguiente, cuando el Viejo lo llevó por largos pasillos entre enormes columnas hasta una habitación llena de libros y alfombras que, tiempo después, supo que estaba en los Tribunales. Allí, un señor pelado preguntó con voz melosa qué tal habían sido sus vacaciones. Carlitos lo había mirado, deteniéndose en el brillo de las luces de la araña sobre la calva, que hacían que el Juez brillara con luz propia, resaltando la luminosidad de su cráneo con el austero azul oscuro de su traje. Qué tal la pasaste, niño, repitió el Juez. Carlos se asombró de ser tratado así. El Juez hablaba como las revistas mejicanas. A su espalda estaba el Viejo, tenso y ansioso. ¡Vamos, Carlitos!, lo animó con voz opaca. Contale al doctor.

El doctor le dirigió una sonrisa estereotipada, para darle valor y animarlo a contestar, así terminaban cuanto antes. Creo que bien, se oyó decir inseguro. ¿Cómo creés? ¿Fueron o no fueron buenas?

El aire se había espesado. Carlitos sentía el ruido de la respiración del Viejo detrás suyo, la incomodidad de su ropa pituca y estrecha, los gomycuer abrazándole los pies repletos de talco. Hizo mucho calor, comentó.

Le ardieron las orejas cuando los hombres largaron risotadas. Siempre lo hace en vacaciones, dijo el Juez. Sí, concordó Carlitos. Pero hizo mucho. Es verdad, concedió Su Señoría. ¿Y qué más? Mi papá dice que es más fuerte que Superman, delató Carlitos con el

alma en un hilo. La bocha del Juez se puso de un tenue color rosado. ¿Pero la pasaste bien, pibe? No sé, titubeó Carlitos. Yo creo que Superman es más fuerte. ¿Te gustaría tener otras vacaciones con tu padre?, preguntó el Juez, impaciente. Quiero volver a mi casa, contestó.

Un silencio pesado se extendió por el despacho de Su Señoría, quien hizo salir a Carlitos de la mano de su secretaria. Este chico es un tarado, alcanzó a oír.

¿Pero qué iba yo a decir entonces?, preguntó Carlos mirándose al espejo.

Si no sabía hasta dónde quería y hasta dónde no. Además, ¿cuál era el sentido de contarle a un viejo pelado y brillante a quien no conocía, lo que era mi gusto o lo que era mi deseo? ¿Hasta adónde aquel Juez lo iba a escuchar realmente?

No pasó mucho tiempo desde aquella entrevista en que lo tuvo que ver nuevamente, con Elsa. ¿La pasaron bien?, preguntó.

Ahora el Viejo no estaba. Había otro tipo con el Juez, igual de pelado, aunque con menos brillo. No, dijeron entonces. Tenemos que hacer la siesta y no nos gusta. Los hombres rieron. Eso no es grave, dijo el otro tipo. Yo a mis hijos también les hago hacer la siesta. Pero nosotros no queremos, no nos gusta. ¿Y qué más? Cuando se va, nos deja encerrados con llave. Eso es por seguridad, dijo el otro. Yo a mis hijos también los dejo bajo llave cuando no estoy en casa. Pero es que nos quedamos solos, protestó Elsa. Con más razón, determinó el otro.

Nos aburrimos, continuó Elsa. No le dieron mayor importancia. Y si no importaba lo que dijeran ¿para qué tanta pregunta? A veces, nos pega, insistía Elsa. Yo, a mis hijos alguna vez les doy un chirlo, dijo el tipo. Era inútil. No tenía sentido hablar con quien parecía ser igual que el Viejo.

¿Para qué tengo que ir a ver a ése?, preguntó Carlitos a su mamá.

Porque tiene que saber cómo la pasan con su padre.

¿Y por qué?

Porque tu padre y yo estamos en juicio desde hace años.

¿Qué es un juicio?

Una discusión. Que la resuelve el Juez.

¿Y qué discuten?

Cosas de tus padres. Temas de grandes, no de chicos. No te interesan.

¿Entonces para qué me llevan?

No podés dejar de ir. Es un Juez el que te llama y hay que obedecerle. Lo que él diga estará bien.

Era difícil entenderlo. Por suerte, en muchos años el Juez no se acordó de él.

La bañera parecía no haber sido vuelta a usar desde aquella vez en que el Viejo lo había bañado para ir ante el Juez, que terminó sentenciado o consintiendo que él era un tarado.

Ahora el baño era más chico que entonces. Estaba igual, sin embargo, pero las dimensiones de su cuerpo y su memoria eran distintas. Registró otros cambios. Por ejemplo, en vez de botón, el inodoro funcionaba ahora a palanquita. Pero la tabla del asiento era la misma, si bien estaba un tanto rajada.

Miró la bombita sobre el espejo y las manchas que opacaban sus esquinas.

Yo tenía razón - musitó -. No era más fuerte que Superman.

V

Puesta la cosa a pensar, se descubre que un placar es una pared con puertas y estantes, mimetizada en la geografía de cualquier cuarto. Pero capaz de contener un mundo.

Ante el del Viejo, Carlos titubeó mientras buscaba aquellos instrumentos con los que practicara sus antiguos hurtos.

Oscuras puertas ante él. Seis en total. Sabía que las valiosas eran sólo tres, las más cercanas a la cabecera de la cama. Ahora no podía ser diferente. Todo se veía demasiado inmóvil, demasiado quieto para suponer que algún movimiento había alterado la conformación interna del placar. El tiempo no había provocado allí ningún otro cambio que no fuera el de la decadencia. Con pasos de gigante borracho, había caminado la casa lastimándola con sus huellas. Pero no movió nada.

Habían pasado años, décadas, gente que estaba muerta o directamente no estaba. Y nada. No se reflejaban en las cosas, inertes como enanos dormidos.

Al contrario. Se habían multiplicado los cachivaches, algunos incorporados de viejos para no desentonar. Los lustres, de oscuros pasaron a oscurísimos. Los terciopelos perdieron espesor, estaban calvos aquí y allá. La mugre había blanqueado al sillón marrón, mientras que el sol se encargó de cuartear los barnices. Pero todo seguía permaneciendo intacto aunque percutido, fiel a sí mismo, guardando una identidad empobrecida con el amontonamiento. Se había esfumado también el sentido de algunas cosas. Carlos miraba la biblioteca de puertas de vidrio en donde el Viejo había pegado contra el chapadur del fondo, un titular de "La Razón" que decía, simplemente, *Córdoba La Heroica*.

¿Cuándo lo fue? ¿Cuando conspiró con Liniers? ¿Cuando se levantó con el Manco Paz? ¿Cuando especuló con Juárez Celman? ¿Cuando ardió con el '69? ¿O cuando el Viejo murió entre sus montañas?

Carlos sabía. Recordaba cuándo el Viejo recortó el diario, allá por el '56. Lonardi se había levantado en armas y después de él, Aramburu y Rojas llegaron al gobierno. Entonces, Córdoba era heroica y el Viejo lo celebraba. Fue la única vez que estuvo fanatizado por algo. Carlitos era demasiado chico y no entendía demasiado, pero sí lo suficiente. Ese mismo verano, el Viejo viajó con él de Miramar a Mar del Plata para ver a Aramburu. Se habían acercado y levantándolo en brazos le pidió ¡Mirálo Carlitos, mirálo! Y Carlitos, obediente, había contemplado al general, que caminaba entre una muchedumbre de veraneantes que lo aplaudía a rabiar, rodeado de custodios. Se asombró que no transpirase, así vestido de traje bajo el sol.

Aquella heroicidad cordobesa había pasado. Quedó enterrada entre el tiempo, los odios y nuevas gestas que no despertaron interés en el Viejo. O por lo menos, su adhesión. Pero había quedado el titular de "La Razón" en el fondo de la biblioteca, dejando que el tiempo se ocupara de confundir a aquellos que leyeran ocasionalmente su texto.

Era allí, precisamente, donde Carlitos comenzaba a jugar a las cajas chinas. Por casualidades del diablo, su llave abría la primera puerta del placar, aquella más cerca de la ventana. Adentro, en una cajonera, se encontraba la que abría las tres puertas cercanas a la cabecera de la cama. Las otras dos también eran abribles, pero carecían de interés.

Cuando el Viejo se iba, en las tardes de sábado que Carlitos debía pasarlas con él, tras una espera táctica, empuñaba la llave de la biblioteca (que sacaba mirando a "Córdoba la Heroica") y comenzaba a revisar las entrañas de los placares, los fondos de los trajes, el interior de los cajones. Matizaba la cacería comiéndose los sugus de menta que el Viejo guardaba en sus bolsillos, mientras rapiñaba las monedas de mayor valor. Las otras las dejaba por razones de estrategia. Alguna vez encontró un billete, que trasladó a sus arcas.

Fue en esas correrías que encontró por primera vez los paquetitos envueltos en bandas elásticas. Descansaban en un cajón y su cantidad lo cautivó con fantasías inútiles. Ninguno guardaba otra cosa que la decepción. Otra vuelta, había hallado profilácticos, que se entretuvo en perforar.

Volvía el Viejo, y lo encontraba en el sillón listado, bostezando de aburrimiento, con el botín de la jornada atado en el pañuelo para que no tintineara.

Ahora repitió aquella tradición. Tomó la llave de la biblioteca (mirando a "Córdoba la Heroica") y comenzó a abrir los placares con parsimonia. Seguían igual. Los mismos trajes, el mismo perramus, los sugus de menta. Repasó la ropa con una sensación de alarma reinstalándosele adentro.

Junto a la cabecera, abrió la última puerta. Allí adentro estaba el cajón que nunca pudo abrir. Entre el manajo traído de Córdoba, no estaba la llave que lo abría. Se puso a buscarla, desplazándose a sobresaltos por la casa, que se iba llenando de crujidos a medida que caminaba entre los cuartos encendiendo luces.

Entró al comedor. Sobre la mesa, cubierta por el hule floreado de siempre y enfrentada a la silla del Viejo, había una cabeza de telgopor asentada sobre un larguísimo cuello. Era lisa, sin ojos, blanca y aparentemente neutra, rodeada de elementos que, por domésticos, no parecían inocentes: unas pastillas rojas en tiras de celofán transparente, un dedal, una tijera y un mazo de cartas españolas. El conjunto se recortaba contra el hule y la cortina.

Carlos se asustó. Contemplando el grupo sobre la mesa, sintió que el corazón le retumbaba, ahogando los ruidos de la calle que se infiltraban con insolencia, el crujir del parquet, y la inmensa gama de sonidos que sabe guardar el silencio cuando es quieto.

Ese conjunto sobre la mesa (porque la cabeza, las pastillas y demás adminículos eran, indudablemente, un conjunto) lo había visto antes. Ayer, para ser precisos, en la funeraria de Zarazaga, cuando repasó el equipaje del Viejo. Entonces había tropezado con una foto de esa naturaleza muerta, guardada en la valijita. La había curioseado sin demasiada atención, y sin entender. Ahora estaba frente al modelo. Imaginó al Viejo colocando cada cosa como quien arma un rompecabezas, pulsando el fotómetro y el telémetro para tener la luz y la distancia apropiadas y disparar la cámara enceguediendo con el resplandor del flash a la cabeza de telgopor.

Carlos se asustó, como cualquiera que encontrara los restos de un rito desconocido, inentendible. Se apuró en su tarea, temeroso que lo sorprendiera algo maligno. Tomó en la cocina un destornillador y se abalanzó hacia el dormitorio a enfrentar aquel cajón cerrado. Metió el filo de la herramienta en su borde y haciendo palanca, presionó hacia arriba hasta que lo abrió, forzando el estante que hacía de tapa. Transpiraba y las manos se le humedecían. Sacó el cajón y desparramó su contenido sobre el cobertor. De una ojeada, clasificó las cosas. Porquería. El eterno amontonamiento de papeles inservibles. Había un cargador de pistola, cromado, con siete tiros. Una caja de balas de 22 y tres del 32. Tenía dos armas, entonces. ¿Dónde estaban? Encontró una declaración jurada ante el Registro Nacional de Armas en 1975. El Viejo había declarado ser poseedor de una Star calibre 22. La 32 es mulera, se dijo. Regresó al placar. Sabía que ahí estaba la caja fuerte. Recordaba cuando vino el carpintero a colocar el estante y los rieles por los que corría el cajón que la disimulaba. Las llaves. Metió la mano al costado de la caja fuerte y moviendo los dedos por su contorno, las encontró. No pudo evitar una sensación de triunfo. Escuchó cómo giraban los cerrojos y la gruesa puerta de acero se abrió ante él. La caja fuerte del Viejo. Sus tesoros. ¿Estarían los topacios que trajo en el '57 de Minas Gerais? ¿O eran amatistas? De todas formas, no estaban. En materia de estuches, sólo había dos cajas de balas del 38 y una de 7,65 mm. Tenía dos más contabilizó Carlos. Cuatro armas. ¿Para qué tantas? ¿Dónde estaban? Miraba las puntas brillosas asomando desde las cajitas. Completas. ¿Para qué quería ese arsenal?

Por un momento, imaginó que aquellas balas habían sido juntadas para él. Le corrió frío. Es demasiado fantasioso. Pero estaban allí y nadie podía explicar el porqué del acopio.

Revolvió el interior de la caja. Había dos pasaportes vencidos a nombre del Viejo. Toda la documentación fotocopiada de los autos que tuvo en su vida. Cuidadosamente

ensobrados, pasaron el forcito, el Opel, el Vauxhall, el DKW, el Peugeot. Había un sobre más y algunas cartas sueltas. Las fue mirando. Viejas cartas de parientes olvidados. Un anónimo amenazando al Viejo, escrito con mayúsculas, antiguo. JUNTARÉ CORAJE PARA REVENTARTE COMO A UN PERRO, QUE ES LO QUE SOS. Le pareció que la mano escritora era femenina. El último sobre estaba cerrado. Sobre su cubierta, el Viejo había escrito con su letra grande y redonda, tres palabras subrayadas: *Mi testamento ológrafo*. Estaba abriéndolo cuando se detuvo. Demasiados ruidos en el edificio. El ascensor chirriaba, se oían puertas abrir y cerrarse con estrépito. No es nada, dijo. Pero no se creyó. Era demasiado. Hacía calor y estaba empapado. En el otro cuarto, acechaba la ciega cabezota blanca, espiándolo desde la altura de su cuello. Y los crujidos, reiterados, ominosos.

Metió el sobre en el bolso y comenzó a guardar frenéticamente las cosas desparramadas sobre la cama. Entre ellas, le llamó la atención un recorte de diario más o menos reciente, antes desapercibido. Un general del proceso decía a la prensa: *...primero mataremos a los subversivos, después a sus cómplices, luego a sus ideólogos, más tarde a los complacientes y finalmente a los tímidos...* En su reverso, había una propaganda de armas en cuotas. ¿Por cuál parte del recorte el Viejo se sintió atraído? ¿Por el precio de los Smith & Wesson o por las declaraciones castrenses?

Cerró la caja fuerte y dejó las llaves donde habían estado. Colocó el cajón en el nicho y con el destornillador volvió a hacer palanca hasta que el cerrojo retornó a su cuna. La única huella de la violación era un raspón en la madera. Cerró el placar y regresó la llave primaria a la biblioteca. Estiró el cubrecamas haciendo desaparecer las arrugas. Apagó luces, cerró ventanas. Volvió a oír el retumbe del goteo de la canilla. En la oscuridad, repasó su itinerario, convenciéndose que todo estaba en su lugar. Dejó el destornillador en la mesada de la cocina y, después de espiar por la mirilla y comprobar que la luz del palier se había apagado, salió. Cerró la puerta con todos los cerrojos, y enjugándose el sudor mientras bajaba por la escalera, se encontró de nuevo en la calle.

Dobló la ochava, caminando a buen paso hasta perderse en la avenida cercana. Sin darse vuelta. Como un ladrón.

VI

Cuando chico, le parecía un juego fastidioso. Bajaban del Vauxhall enfundados en sobretodos. (Se recordaba como una especie de barrilito cónico). Entraban en el edificio y se encontraban con doña Génova fatigando su escobillón sobre los mosaicos. Eternamente flaca, siempre encorvada y de negro, anticipando su viudez como una fija. La puerta entornada de la portería permitía intuir el perfil del esposo - don Domingo - sentado en un banquito en la penumbra, envuelto en una bufanda que la cubría hasta la nariz.

Don Domingo escuchaba la radio y el ruido del escobillón con los ojos fijos en la pared, oscura como su vida o su deseo, extraviado quién sabe cuándo.

Doña Génova dejaba de limpiar, enderezaba el escobillón para colgarse de su extremo, las manos cruzadas sobre el cabo, los hombros casi inexistentes bajo su mañanita. Los miraba entrar y como quien recita saludaba ¿Y ese nene, doctor?

El Viejo se detenía y con una sonrisa lo mostraba. Es mi heredero, doña Génova; y ella dictaminaba que era muy lindo, deseando que Dios le diera salud.

Con el tesón de los ritos, sábado por medio doña Génova se volvía a colgar del escobillón preguntando quién era él, y el Viejo respondía que se trataba de su heredero.

Saludaban a don Domingo con un cabezazo y comenzaban a trepar por la escalera. Primero iba el Viejo, haciendo sonar las llaves. Luego, él, mirando los gruesos zapatos del Viejo a la altura de sus ojos, escalón tras escalón, como si quisieran hundir el mármol con su peso.

A mi muerte, todo lo mío será tuyo, dijo el Viejo cuando preguntó qué era un heredero. Y de Elsa, por supuesto, se apresuró a agregar.

Todo lo mío. Era una promesa tan abstracta y amplia que hasta tenía valor de amenaza. A Carlitos nunca le entusiasmó el regalo augurado. ¿Qué era "todo lo mío"? ¿La panza? ¿La calvicie? ¿Ese aire hosco que sentía envolviendo al Viejo como un aura? De heredarlo: ¿sería él el Viejo revivido?

Curiosamente, Carlos no recordaba que el Viejo lo hubiese presentado alguna vez como a su hijo. Mi heredero, proclamaba. El continuador de una estirpe, el prolongador de una dinastía. Pasa que debe tener una fortuna, avisó la madre. Miserable como es, peso que agarra, lo guarda.

Tíos y tías parecían concordar con esa opinión. Un hombre solo, profesional... ¡imagináte!

Era demasiado chico para imaginar. Pero el tema estaba vigente en el Viejo, que en sus momentos de exasperación o enfrentamiento, con él o con Elsa, solía culminar las discusiones gritando ¡te desheredo!

Quizás fue Elsa la que terminó con ese juego. Tanto tiempo había pasado, que el recuerdo viene arrastrándose entre el fango de los años.

Ellos podían haber tenido entonces ocho y diez, tanto como siete y nueve años.

Estaban pasando el mes de vacaciones con el Viejo, y enero se demoraba en concluir, entre días y noches abrasadores. Elsa y él estaban en el balcón, mirando cómo los ómnibus doblaban de tanto en tanto la ochava. Tenemos que fugarnos, había dicho Elsa, quizás dramáticamente. No queda otra.

Y no quedaba. La posibilidad de volver a la casa materna sólo parecía posible al final de un tiempo inacabable o de la huida.

Midiendo a ojo la distancia que había del balcón a la vereda. Con una sábana atada a la baranda, nos descolgamos fácil, dijo él. Elsa lo miró asombrada. ¿Estás loco? Yo no me animo. Él sí. Estaba leyendo por aquel entonces las aventuras del Conde de Montecristo y a su luz, la cosa no era complicada. Una sábana, susurró. La cortamos en tiras, las atamos unas con otras y la punta en la baranda. Nos deslizamos y chau.

Pasaba que Elsa no sabía del Conde de Montecristo y no le dieron ganas.

Mejor por la puerta. Corremos hasta la avenida y nos tomamos el subte.

Él se ocupó de obtener fondos para financiar el escape, bolsiqueando chirolas de los trajes del Viejo.

Andaban por la casa con aire de conspiradores, midiéndola, controlando cerraduras, horarios, rutinas. El tiempo pareció acelerarse con el tramar de la huida.

¿Y la ropa? Era un problema. Necesitamos dos bolsos, calculó Elsa. Los encontró en el fondo de un placar. El día señalado, los llenamos con la ropa que entre y nos vamos. El viernes.

Viernes, dos de la tarde: el Viejo marcha a su consultorio. Los chicos, a dormir la siesta, ordena. Ellos se dirigen dóciles a sus camas, Adelaida, la empleada, plancha en la cocina. Se escucha al Viejo salir. Ellos espían desde sus camas.

Dos y media: Adelaida deja de planchar, cierra la tabla, apila las camisas sobre la mesada y va a su cuarto a descansar. Carlitos se asoma desde el dormitorio. La casa está en silencio. Se arrastra como un mohicano sobre codos y rodillas hasta la cocina. Silencio, rítmicamente quebrado por la profunda respiración de Adelaida. Es un siseo que apantalla el sopor de la tarde calurosa. Regresa al dormitorio como vino.

Tres: Rápidamente, toman los bolsos y los llenan con sus trastos. Sus corazones hacen demasiado ruido, pero el sueño impide que la correntina escuche. En puntitas de pie se arriman a la puerta. Carlos corre el pasador y abre. Aún recuerda el aire fresco del pasador y abre. Aún recuerda el aire fresco del palier refrescándole la frente. Elsa lo empuja y salen, cerrando suavemente. Como trombas, se lanzan escaleras abajo, casi

atropellando a doña Génova que emergía del sótano. ¡Epa, chicos! ¿Adónde van?, les grita. Elsa gira y a la carrera le cuenta: ¡Nos escapamos, doña Génova! ¡Nos vamos a casa de mamá!

Están ya en la calle, corriendo con los bolsos castigándoles los costados en la disparatada. La avenida está cerca, a unos pocos metros. Doblando la esquina, nos volvemos invisibles. Corren uno junto al otro, resoplando de emoción, las manos en puños conteniendo sudadas monedas para el subte.

Corrían o brincaban. No recuerda. Pero lo cierto es que antes de llegar a la esquina, si haber podido rebasar siquiera la vidriera azul y roja de la ferretería de Battiato, se vieron frenados por los tirones que Adelaida pegó a los tientos de los bolsos, agitada por la carrera que en su persecución se había mandado descalza, tan pronto como doña Génova hizo sonar la alarma.

La correntina blasfemaba en guaraní, gimoteando por el esfuerzo. Ellos, al principio, corcovearon como potros, girando los tres bajo el sol. Sus sombras se juntaban y separaban como en un caleidoscopio. Jadeando los tres, lastimándose los cuellos con el áspero roce de las correas. Casi bailando en ronda, palpitantes. Los redujo de inmediato, y volvieron por la vereda dorada de enero, con los brazos agarrotados entre los dedos de una Adelaida amenazante. Ingresaron en la casa y pudieron ver a doña Génova espiándolos desde el ventanuco de la portería. ¡Alcahueta!, gritó Elsa con rabia.

Adelaida puso llave a la puerta. Y pasador. Y cadena. Se abalanzó al teléfono y llamó al Viejo. Que se te escapaban los gurises, che doctor, avisó. Que te los pude atajar justito.

Vino pronto el Viejo. Llegó como una tormenta, colorado de furia. Ellos estaban en el comedor, sentados en cualquier parte, con los bolsos aún colgándoles de los hombros. Recuerda al Viejo recortándose en el marco de la puerta y sin decir palabra, irse sobre ellos repartiendo cachetadas. Debía estar gritando, pero la sensación es de un silencio pesado y agobiante, quebrado por los llantos e hipidos de Adelaida en la cocina y el chasquido de los golpes en sus mejillas. Las cachetadas las hacían enrojecer y luego, con el nuevo golpe, se blanqueaban allí donde había caído la mano, con circularidad de vodevil.

El Viejo se cansó de golpear. O quizás tuvo miedo al castigo que salía de su mano. O se controló, entendiéndolo suficiente, vaya uno a saber. Resoplaba como un buey, agitándose con el ritmo de la respiración apurada. Sudaba. Ellos estaban como podían, ardientes las mejillas y los ojos borrados por las lágrimas. El Viejo los miró desde su altura, colocándose las manos en la cintura. ¡Basura que son!, acusó. Basura vos, contestó Elsa, suave como arrullo de paloma.

Voló la paloma y su arrullo quedó trunco sobre el sofá, arrastrando su bolso inútil al impulso de un nuevo castañazo. ¡Te desheredo!, anunció el Viejo, tajante.

Entonces Elsa se levantó despacio, y Carlos escuchó cómo la Adelaida se sonaba los mocos en la cocina. Se levantó despacio Elsa, apoyándose primero sobre un costado para después descolgarse el bolso.

Miró al Viejo con bronca. Carlos sentía que era demasiado chiquito. Le hubiera gustado tener una honda, como David el pastor, y con ella tirarle al gigante que se recortaba contra el marco de la puerta, alguna de las monedas que había juntado para el subte. Golpearía la sien del gigante y se derrumbaría en el comedor con estruendo.

Pero no tenía honda, no era pastor y el gigante seguía ahí, girado hacia Elsa que se incorporaba. Ella se sacó lentamente el bolso y dejándolo a un lado, miró al gigante con odio para decirle entre dientes: ¿Sabés lo que podés hacer con tu maldita herencia? ¡Metétela en el ojete!

Lo dijo varias veces. Como para aventar las dudas.

El Viejo abrió ojos grandes como platos. En el ojete, repetía Elsa. Tu herencia en el ojete. En el ojete. Parecía que a cada indicación, el Viejo se iba empequeñeciendo. Retrocedió un paso. Luego otro.

Carlos sentía las mejillas picarle ferozmente. Pero no importaba. El bolsito de Elsa estaba en el piso y ella se iba incorporando, se agrandaba al mismo ritmo en que se iba achicando el Viejo. ¡Metétela en el ojete! Salió el Viejo, cerrando la puerta.

Ellos vivieron el triunfo. ¡Meté/teláen/elojete! ¡Meté/teláen/elojete! bailaron desde la ventana hasta el sofá en un vals salvaje, furibundo, todavía escocidos los ojos por las lágrimas, ardiendo aún las mejillas. Iban saltando tomados de las manos, uno frente al otro, ida y vuelta, hasta que pararon, bañados en sudor, ante la puerta clausurada donde hasta hacía un instante se recortaba el Viejo como un señor de la vida y de la muerte.

A partir de ahí, nunca volvió a hablar de su herencia. Carlos cree recordar que esa noche, o al día siguiente, los llevó de regreso a casa de mamá.

VII

Que nunca más hubiera mencionado la cuestión, no significó que el Viejo la archivara. Sólo se había llamado al silencio. Ellos no pudieron suponerlo, ocupados como estaban en crecer.

La madre era dulce, recuerda con nostalgia. Grabado con marco de oropel, guarda la imagen de sí mismo en la cuna, en casa de los abuelos. Mamá está cerca, sentada al piano que hubo de vender cuando apretó la necesidad. Lo toca y canta como una diosa o una musa, en una lengua extraña que podría ser ruso o ucraniano. Acodado al piano, está su tío. El Viejo, no. En verdad, ya no estaba junto a él, a Elsa y a mamá.

Tal vez por eso la madre canta y toca con regocijo, mientras en el patio el invierno castiga los malvones.

El canto resuena a través del tiempo, pletórico de vocablos ignotos pero dulces, que calientan el cuerpo en la cuna, arropado con el cobertor blanco de ositos de colores.

"I`shumi, I`ludie / Bud neijó / Tchu tidej /

Bulad veja / Badko main / Budde bette / Jzovrej Naim"

Son nada más que sonidos. No sabe si es que alguna vez significaron otra cosa que el canto de su madre antes de dormirse junto al oso Mishka.

Pero vuelven, se reinstalan en él, alentándolo a continuar caminando por la avenida. Se siente cansado, sin afeitarse, mal dormido. El bolso le cuelga en la espalda y le pesan las llaves en la campera.

Se acallan los últimos acordes del piano. Una felpa verde cubre las teclas de marfil. La tapa cae sobre ellas y se apagan las luces, invitando al sueño. Carlitos, en su cuna, abraza al Mishka, le toca el hocico de baquelita con la lengua. En ese momento -hasta hoy lo puede asegurar - era feliz.

Hace mucho tiempo de esto. Pero podría haber sido ayer.

Esa mujer me engañó, contaba el Viejo con voz oscura. Se enredó con el médico que te atendía y arruinó su vida y la mía para siempre.

¿Qué era enredarse? Carlos no lo sabía y tampoco se animaba a preguntarlo. Se imaginó una mujer enroscándose alrededor de un médico, como una serpiente de Esculapio que el Viejo tenía grabada en la empuñadura de su cortapapel de bronce.

¿Podía su madre, que cantaba tan dulce para él en las noches de invierno, enredarse alrededor de un médico? Carlos no terminaba de entenderlo. El Viejo insistía. Pensé en matarlos. Pegarles dos tiros a cada uno (¿con el 22, con el 32, con el 7,65 o con el 38?). Pero no valía la pena.

No los mató. Les perdonó la vida, como quien dice. Y ellos, enredados, nunca supieron del peligro que corrieron. ¿Lo habían corrido, en realidad? Allí estaban los papeles archivados al tuntun en los cajones: *"Informe del 7 de junio de 1951: La señora salió con el bebé a las 15.30, muy compuesta. Tomó el tranvía 12 hasta Mitre y Castelli. Se dirigió a un consultorio ubicado en el segundo piso del edificio Mitre 2348, de dónde salió a las 16.45 para regresar a su casa. No volvió a salir. G."*

Me lo confirmó un detective que puse, contaba el Viejo. Me informó día a día los pasos de esa mujer.

"Informe del 24 de agosto de 1951: La señora se reunió en "Las Violetas" con una mujer joven, morocha. Tomaron té con masas. Antes de irse, la morocha le entregó un libro de un tal Turgenev. No pudo detectarse si dentro del mismo había un mensaje. Volvió a su casa, tras dos horas de reunión, desde las 17.00 a las 19.00. G."

Los papeles habían crujido al abrirlos. Amarillos. Gastados. Carlos los repasó a la carrera, volviéndolos a dejar. Había numerosos informes de "G", todos de idéntica trascendencia.

"A las 19.15 del día 9 de septiembre - narraba G en 1951 - la señora prendió la luz del baño. Permaneció encendida 10 minutos. Se volvió a encender a las 19.30 para apagarse nuevamente a las 19.42. Se ignora si eran señales, aunque es factible suponerlo, ya que en la calle había varios transeúntes (varones) de identidad desconocida, que pudieron haberla receptado."

¡Bravo por G.! Carlos se imaginó al pesquisa, dormitando en el asiento de un coche negro, tal vez un Oldsmobile, tratando de desentrañar el significado secreto de las cosas. ¿Era una señal en clave la luz del baño? ¿Era un aviso de suspensión de una cita? ¿O tal vez era una clara exteriorización de que la señora, exactamente a las 19.15 de aquel 9 de septiembre de 1951, fue a cagar, permaneciendo en tal tarea durante 10 minutos completos?

Esa mujer era una víbora, sentenció el Viejo. Menos mal que me di cuenta. Con el pretexto de llevarte al médico, iba a arrastrarse deshonrando mi apellido.

Carlos escuchaba en silencio, mientras el Viejo lanzaba su perorata haciendo pausas para darle énfasis. *"Una noche se negó al débito conyugal y notó el suscripto que el cuerpo de la mujer olía a semen humano."* Lo había leído hace años, al revolver clandestinamente los papeles del Viejo, en una de sus tantas expediciones por los placares. Allí estaban las copias de los escritos judiciales del divorcio, que jamás pudo terminar de leer. En cuanto comenzó a adentrarse en su lectura, sintió que, de continuar, estaría profanando la historia de sus padres. Dejó la misma inconclusa, como seguramente también lo hizo en su momento el Juez de la calva brillante.

Era un loco, sintetizó su madre. Pegaba por cualquier cosa. Estando embarazada de vos, me dio con el cinto. Tuvo que venir la policía.

Otra vez Carlos en medio de la trama. Desde el seno materno o como causante indirecto y obligado de las visitas al pediatra. Me fajó desde antes de nacer, se dijo llevándose la mano a la mejilla.

Con Elsa había sido distinto. El Viejo esperaba un varón, y cuando nació su hija, suspendió el festejo y se encerró en un mutismo ofendido.

Se puso frenético, contó la madre. No me habló por tres meses. Durante ese tiempo, tampoco se acercó a la beba. Era humillante. Cuando volví a quedar embarazada, ya de vos, me daba trompadas en la panza pidiéndome que aborte porque sentía que era otra chancleta.

Pese a los golpes, había nacido entero y morrudo. Celebré tu nacimiento con una cena a todo trapo, rememoró una vez el Viejo. Fuimos a Vicente López con unos amigos y la corrimos de lujo.

Tanto, que terminaron en la seccional de Policía, borrachos perdidos, por denuncia de una prostituta a quien no le había pagado el servicio. Las actuaciones sumariales también estaban archivadas en copia entre los papeles del Viejo. Para el año '52, la madre lo dejó, volviendo a la casa paterna con sus dos hijos. El juicio duró años.

Esa mujer se llevó hasta los muebles, eh. Aprovechó que yo estaba en Mar del Plata vendiendo, y vació la casa, eh. Lo único que dejó fue un libro que se llamaba *Aprenda a Nadar*, eh, como diciéndome que yo estaba hundido, eh. Paseaba el Viejo por el comedor, hablando más para sí que para él, que lo miraba desde la lejanía del sofá.

Estas cosas tenés que saberlas, decía el Viejo. ¿Te parece bien lo que me hizo?

Carlitos no sabía qué decir. Miraba encogido sobre sus seis o siete años, replegándose sobre su osamenta, incapaz de articular.

Fue ahí que llegó el Viejo hasta él, y tomándolo de la camisa lo sacudió como si quisiera despertarlo. ¿Te parece bien? ¡Contestáme!

Carlos movía lentamente la cabeza, no, no me parece bien.

Entonces el Viejo, aflojando la presión, le alisó los cabellos, volviendo a su deambular enjaulado.

Él, mientras tanto, se enredaba sobre sí como quizás su madre lo hizo o pudo o quiso hacerlo con el pediatra. Miraba la pared, la ventana, sintiendo que el aire se ponía escaso y pesado, mientras se interrogaba sobre cuánto faltaría para regresar a casa y olvidar esa pesadilla.

Te lo cuento porque sos mi amigo, confió el Viejo. Más que nada, tenés que serlo. No lo hay mejor que un padre, ¿sabés?

Carlitos dudaba, pero asentía al fin y al cabo, dándose cuenta que esa amistad era distinta a la que tenía con Manuel, con quien veía el Cisco Kid los sábados a la mañana. Con él no había dudas. Eran amigos, como hermanos. ¿Vamos, Cisco? ¡Vamos, Pancho! Y allá iban galopando, sin preguntarse quién era quién, sabiendo que eran de los dos y de cada uno, sin necesidad de recitarlo.

Ajeno a todo, el Viejo parecía volver. Se servía una copita de vodka para llevarlo después a su casa. No te olvides nunca lo que esa mujer nos hizo, exhortaba. Él se metía en el hueco de la puerta de calle, mirando las luces traseras de su coche perderse en la esquina mientras esperaba que le abrieran.

Tarde se recomponía de tanta hediondez.

Veía a su mamá sirviéndole la cena y se preguntaba qué habría hecho para tener una vida así. El sueño no venía fácil, pese al Mishka, del que no recordaba si aún dormía con él.

En esas noches solía sonar el teléfono rompiendo el silencio. Oía a su madre preguntando inútilmente por el auricular ¿quién es? ¿quién habla?, para volver a colgar con un suspiro, diciendo: es el tipo que llama para joder.

Todos daban por supuesto que era el Viejo, que desde la soledad y el odio llamaba haciendo sonar el teléfono como una sirena, como señal ominosa de su recuerdo, de su presencia amenazante.

Tantas noches sonó en vano quebrando el sueño, que la madre optó por descolgar el tubo antes de acostarse.

Desde su cama, Carlos oía el tono del aparato como un quejido continuo, un aullido anónimo y feroz; que lo hacía encoger bajo las cobijas, tapándose hasta las orejas, ardidadas de escuchar miserias.

VIII

Entró a su casa para encontrarse con la dura jeta de un general que, desde el televisor, consolaba a la audiencia por las muertes sufridas en la guerra de Malvinas. *"Por año, muere más gente en las ciudades a causa de los accidentes de tránsito"*, contabilizó la versión nacional de Von Clausewitz. Con fastidio, sacó el sonido del aparato, quedando el guerrero estadístico gesticulando con enérgicos visajes.

Marta salió presurosa del baño. Algo debió verle en la cara que la hizo contener. *¿Cómo te fue?*, susurró en un beso. Bien, anunció mecánicamente, mientras se desparrama sobre el sofá. Después te cuento.

¿Qué podría contar? Demasiado poco, limitado y cortón. Sólo anécdotas, detalles, alguna sensación no asida del todo.

Se tomó la frente con la mano, restregándose las sienes y los párpados, como si con gestos pudiera borrar lo visto y oído o, mejor aún, hacer desaparecer la historia entre el frotar de los dedos.

A su alrededor, su mujer y los chicos continuaban con sus pulsos, mientras él seguía ausente, metido en el departamento del Viejo, a oscuras, viendo cómo el tiempo iba retrocediendo para relanzarlo en una oleada que lo volvía a llevar adelante/atrás, adelante/atrás; sintiéndose con las raíces cortadas en el instante en que se produjo esa muerte en Villa Giardino. Solo, solo, pese a continuar el ritmo cotidiano; únicamente alterado por aquel viaje fantasmal a las montañas, que comenzaba a ser un recuerdo, un accidente vivido por otro.

El parloteo de la Gallega y los chicos le erizaba los nervios. Los mellizos se sacudían entre sí por la prioridad de tironearle los pantalones.

La Gallega lo seguía con los ojos, queriendo entender en qué estaba, reteniendo su impaciencia a la espera del tiempo que compartirían a solas. Ellos habían sido inventados por Carlos como antídotos contra el odio y el desarraigo. Muerto el Viejo *¿Qué sería de sí mismo?*

Paradójicamente, sintió que la caída del Viejo lo desequilibraba. Con su muerte, había cerrado todos los círculos. Quedan saldadas las cuentas, dijo en un murmullo. Porque pese a todo lo que los había dividido y extrañado, era su Viejo. El que le había dado el pan cotidiano de la bronca, que masticó como un alimento amargo. *¿Quién me nutrirá ahora que salió de escena para refundirse en la tierra?*

Una olita de dolor lo acarició. La dejó venir, instalarse como un sentimiento que rozó el placer. Puedo sentir la muerte de mi padre, se dijo con algo parecido al contento.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al imaginar que todo habría podido ser distinto, que las cosas pudieron haberse dado de otra manera. Le dolió entender que si fueron como fueron, allí terminó la anécdota con una imagen congelada.

Las lágrimas le corrían por las mejillas y sentía su nariz inflamarse con los sollozos. Con cierta vergüenza, se dirigió al dormitorio recogiendo sus trastos para disimular ante la Gallega y los mellizos. Ya vengo.

Se dejó caer sobre la cama, rompiéndose el pecho con el llanto. Con la mirada clavada en el cielorraso, Carlos iba recordando, con algo que quería parecerse a la ternura, pequeños momentos con el Viejo, su risa escasa, algunos gestos. Trataba de conectarse con ellos en un esfuerzo por encontrar lo que de humano hubiera podido tener. También él debió vivir con dolores, recordó, y todo se podía explicar distinto.

Se habían desencontrado por el azar, que es tan esquivo como la misma suerte, que es grela. Sin embargo, eran dos hombres que sentían, cada uno con su propio código, diferentes, pero amaban y es casi seguro - se convenció - que el Viejo me quería. A su manera. Con su mierdosa forma debió quererme y mucho. Lo que pasó es que no se supo expresar. Y yo no estuve para entenderlo. Ahí la cosa cambiaba y la historia podía retocarse con otros matices.

Pero sucedía que no eran dos hombres desencontrados aunque iguales. Él era anterior, preexistente, y puso los colores a nuestros días, como yo con los mellizos.

Allí volvió todo a pudrirse, renaciendo esa antigua sensación de desagrado, la extrañeza ante aquél que lo había convocado a su entierro por imperio de los lazos de sangre y porque era el único que estuvo en condiciones de ocuparse; el que no tuvo la excusa de la distancia o del trabajo y debió ir del río a la montaña para rescatar su cuerpo y darle sepultura.

Debo hacerle una lápida, se dijo. Un lindo bloque de mármol donde estuviera tallado su nombre y los años de nacimiento y muerte. *Aquí yace el Viejo Strumer*, diría. Una lápida bien grande. Y pesada. Para evitar que salga y asegurarse que no pudiera emerger del purgatorio o del infierno a joderlo como había sido su costumbre y pareció ser su cometido. Sonrió como si mordiera.

Tanteó la campera y extrajo el testamento. Hombre previsor, pensó. Abrió el sobre y sacó unas hojas de papel forense, de las que usaban los abogados. Pudo advertir que los años no habían vuelto las letras más picudas. El Viejo había escrito con sus cursivas redondeadas, cuidadosas, con la tinta violeta de siempre.

Se acomodó un almohadón tras la cabeza y comenzó a leer en silencio. Decía el Viejo.

"Buenos Aires, 18 de diciembre de 1979. Yo, Vladimiro Strumer, nacido el 24 de agosto de 1911 en la localidad de Dniepropetrovsk, Ucrania, hijo legítimo de Ivan Strumer o Strumerenko y de Sofía Mañko, argentino naturalizado, de estado civil divorciado según sentencia dictada por el Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Civil número 4, Secretaría número 8 que quedara firme y consentida y que declaró el divorcio del suscripto de su cónyuge en primeras nupcias Natalia Donetz de Strumer, por culpa de ambos, en uso de mis facultades mentales, doy mi testamento ológrafo, cuyo fiel cumplimiento encomiendo al albacea que designo, según el siguiente tenor que es fiel expresión de mi libre y definitiva voluntad:

"*Primero*: Lego la totalidad de mi patrimonio a doña *Rosa Elena Vignola*, quien fuera mi noble y leal compañera en los últimos años de mi vida."

"*Segundo*: Expresamente desheredo a mis hijos Elsa Silvia y Carlos Ignacio Strumer, quienes con su crueldad manifiesta y ausencia de los más primarios y elementales instintos de sangre han convertido mi vejez en un infierno de soledad. Ambos constituyen una muestra más del extravío al que ha llegado la juventud de nuestra Patria."

"Así, Elsa Silvia Strumer unió su vida con un notorio jefe terrorista y, después de acompañarlo en sus tropelías y desmanes, optó por huir al exterior para evitar la acción de las fuerzas morales de nuestro país."

"Por su parte, mi hijo Carlos Ignacio Strumer se tornó un terrorista, amigo y abogado de éstos, enemigo de su patria y de su padre, a quien repudió para no ser repudiado."

"Estos malos hijos - alimentados por el odio sistemático que su madre les inculcara - han estado durante años aguardando mi muerte para repartirse el botín de mis despojos. Por eso, Carlos Ignacio Strumer pudo decir en 1976, ante la señora Marcela Susana Vignola de Leiva (hija de mi compañera Rosa Elena Vignola) y ante el marido de aquella, Adolfo Leiva (ambos con domicilio en Avenida Rivadavia 3753, 6to. piso, Departamento A, Capital Federal) que "*lo único que me interesa de mi padre es su plata*", monstruosa y fría intención que reiteró años más tarde en un encuentro casual que tuvo con mi compañera Rosa E. Vignola, a quien pidió "*avisame cuando reviente el viejo para pasar a cobrar*". Mi hija, Elsa Silvia Strumer, después de años de desafecto me privó del legítimo derecho de conocer a mis nietos, para lo que escapó de manos de la justicia hacia España, tras cubrirme de escarnio mediante calumnias infamantes en mi contra."

"Por tales gravísimos motivos - todos comprobables, ya que existen numerosos testigos imparciales que podrán dar fe de lo antedicho (entre los que desde ya menciono a los anteriormente identificados Marcela Susana Vignola de Leiva y Rosa Elena Vignola) - es que desheredo a este par de buitres que engendrara para mi propia vergüenza."

"*Tercero*: Si a mi muerte hubiera fallecido la heredera que instituyo - doña Rosa Elena Vignola - quiero que mis bienes pasen como herencia o donación al *Hospital Central Militar Cirujano Mayor Cosme Argerich*, con cargo de ser utilizados en solventar el costo de curaciones y/o equipamientos médicos necesarios para el tratamiento de heridos y/o invalidados durante la guerra contra la subversión."

"*Cuarto*: Designo a mi camarada y amigo Slobodan Reij albacea de mi sucesorio, encomendándole el fiel y estricto cumplimiento de este testamento."

"*Quinto*: Maldigo a todo aquel que, por cualquier medio, se oponga a mi última voluntad. Caiga sobre su cabeza el condigno castigo que merece una actitud tan despiadada. Olvídense su diestra y péguesele su lengua al paladar. No lo reconozca su padre. Lo odien sus iguales."

"*Sexto*: Encomiendo a quien resulte en definitiva mi heredero por aplicación de las voluntades exteriorizadas en los Puntos *Primero* y *Tercero* que, una vez entrado en la posesión de mis bienes, aplique el equivalente al diez por ciento del valor de los mismos a la construcción y colocación de un túmulo sobre mi tumba, en el cual deberá estar grabado o tallado en forma imborrable este testamento, a más de mis datos filiatorios. Si así no lo hiciere, quedará automáticamente revocado el legado recibido; el que pasará a manos de mi albacea en carácter de donación. El detalle de mis bienes y su documentación se encontrarán, al momento de la apertura de éste, guardados en la Caja de Seguridad nro. 385, de mi titularidad, en el Banco de la Nación, Casa Central."

"En lugar y fecha arriba indicados, doy y firmo esta fiel y completa expresión de mi última voluntad (firmado) VLADIMIRO STRUMER."

Carlos exhaló aire en forma contenida, mientras repasaba la firma del Viejo. Volvió a leer deteniéndose en cada frase.

Se sentía temblar, sacudido por la furia y el odio, que le atenacearon el brazo y la mano hasta ajar el papel. Agitó el testamento en el aire, buscando en el cielorraso la cara del Viejo. ¡Hijo de puta!, gritó a la hermética superficie del techo. ¿Desde cuando soy terrorista, amigo y abogado de terroristas? ¿Cuándo me encontré con tus testigos imparciales? ¿Para qué tantos camelos? ¿Qué hice para tanto odio?

Caminó por el costado de la cama, mascullando insultos al vacío, mientras estrujaba las hojas manuscritas.

Algo debió escuchar la Gallega, que entró preocupada. ¿Qué te pasa? La miró sin verla. ¿Qué me pasa?, aulló. ¿Quieres saberlo? - carcajeó sacudiendo el testamento bajo sus narices-. ¡Mirá! Leé la última voluntad del hijo de puta de mi Viejo! ¡Enteráte quién soy! Ella tomó los papeles y empezó a leerlos mientras él enloquecía, helado de espanto.

Marta dejó el testamento sobre la mesita de luz, se acercó y lo hizo sentar, colocando su cabeza sobre la falda y, sin decir palabra, le peinó los cabellos con sus dedos, una y otra vez, le acarició la nuca mientras susurraba buenobueno y él se estremecía en sollozos, sacudido de rabia entre sus piernas.

Así se quedaron hasta que la oscuridad entró por la ventana y los tapó.

IX

Marcela Susana Vignola. Adolfo Leiva. Nombres de tiempos anteriores. Lejanos, lejanísimos. De la época en que el Viejo se juntó con Rosita y apareció la hija de ella, del brazo de su novio.

Alguien los había presentado y se descubrieron contemporáneos, adolescentes de jean y testigos de la unión de sus padres. Una rara situación.

¿Y qué vendríamos a ser?, preguntó Marcela con tono burlón.

Marcianos, afirmó Carlos seriamente.

No, aparte - rió ella-. Me refiero entre nosotros. Porque hermanastros no somos.

Cierto, concordó Carlos. Digamos que somos hermanastrastros.

Hicieron buenas migas. El hecho de que sus padres compartieran techo y cama con continuidad, dio un marco para relacionarse. Adolfo participaba en calidad de novio. A veces era molesto tenerlo allí, haciendo acotaciones o chistes sobre cualquier cosa. Era más bien un acoplado, pero nadie le dio posibilidad de elegir otro camino.

La situación no dejaba de tener su encanto. Formalmente unidos en una especie de parentesco putativo y fantasmal; tenía la ventaja de justificar el andar caminando por Corrientes durante las noches, hacia cualquier parte. Con Adolfo, y a veces -pocas- sin él.

Marcela ya tenía esa mirada seductora, a la que unía una voz mimosa, ronroneante. Jugaba con el cuerpo, con el propio y el ajeno. Carlos se electrizaba al sentir sus roces.

También influía el morbo. Acostarse con la hija de la mujer de su padre, así dicho, tenía demasiados costados atractivos. Implicaba la reproducción tardía del juego del doctor con una prima inexistente, el sueño del menjunje dentro de lo que podía ser una familia, así fuere ficticia.

Marcela jugó como si esa promiscuidad existiera. Confesándole su estado virginal, por nombrar algo. O sus miedos y ganas de tener relaciones. Por supuesto, se apresuraba a aclarar, con Adolfo. Él ponía cara de comprender. La aconsejaba con tono fraterno, mientras espiaba bajo su minifalda las profundidades intuidas en cada cruce de piernas. Cruzadas para él, quería creer.

Sobre tanta confianza, fueron a bailar al Muni para los carnavales. Iban los tres, Marcela en el medio. Ni que fueran Jules et Jim.

Adolfo se quedó junto al mostrador, sorbiendo una coca-cola, mientras él se lanzaba hacia la pista descubierta llevándola del brazo hacia sus bordes más oscuros ("adentro no, que hace mucho calor"), para enseñarle la cadencia de la cumbia.

Ella reía gozosa, siguiéndolo. Confiada a la mano del hermanastro tan gentil que la sacó a bailar en vez de dedicarse a otra. Él vigilaba el espacio. Era importante cómo se giraba en el baile, hacia dónde se dirigía el desplazamiento. Siempre hacia lo oscuro, buscando los árboles, como la Negra Justiniana, que iba “a ocultar sus amores agitando sus caderas”. Marcela agitaba las suyas. Alzando los brazos siguiendo el ritmo, estiraba su remera de forma que viera que sólo tenía esa prenda sobre el cuero y sus tetitas, todavía en estado colegial, sueltas bajo el algodón. Y entonces Carlos transpiraba mirando el giro de Marcela que acampanó su minifalda y a esos pechos bajo la remera.

Después de los Wawancó, pusieron a Trini López, y cuando el ambiente estaba caldeado, el discjockey eligió a los italianos para aderezar la cosa. Vinieron Gigliola Cinquetti y Luigi Tenco, y dejaron de bailar suelto para unirse al borde de la pista, allí donde unos paraísos marcaban su límite y el comienzo de lo posible.

Bailaron apretándose, la remera contra la camisa abierta de él, que en cada giro espiaba hacia la barra hasta ubicar a Adolfo bebiendo su gaseosa con los ojos perdidos.

Se le ocurrió que quizás también esperaba que ellos se perdieran en la espesura, para tentar suerte por su cuenta. Le hubiera encantado que así fuera. Mejor que eso: que pegara la hebra con una mina, linda, la más prometedora del bailongo. Que esa morocha insinuante le hablara con caricias, con suficiente estímulo para decidirlo a comerse la pajita, el vaso parafinado de coca-cola y, después, se extraviara entre los recovecos del Muni (que eran muchos, infinitos, insondables) dejándolos a la deriva.

Pero Adolfo no se movía, limitándose a sostener el mostrador con el cuerpo.

Los altoparlantes transmitían ahora a Edí Gormé mientras la iluminación iba disminuyendo. Carlos se incendiaba con Marcela apretándose contra ese bulto que le había nacido entre las piernas. Fraternalmente, empezó a pasárselo sobre la mini.

Y cuando la Gormé estaba quejándose que “nosotros, que nos queremos tanto, debemos separarnos, no me preguntes más”, Marcela decidió actuar la letra y ahí nomás, le dio un rápido beso en los labios y desprendiéndose del abrazo, avisó que volvía con Adolfo. Debe estar intranquilo, justificó.

A él le pareció que se reía. Que sus ojos brillaban y creyó que de burla ante el bulto apuntando a sus partes de mujer. Tuvo vergüenza y fastidio.

Quedáte, pidió. Terminemos la pieza. Pero no fue posible. Una enorme urgencia se había apoderado de ella, que ya no bailaba sino que, estirando su remera, repetía que quería volver con Adolfo.

La dejó ir.

En medio de la pista, tirando hacia lo oscuro, se llevó los dedos hasta sus labios queriendo tocar el beso recibido. Fue tan rápido, tan fugaz, que bien pudo ser fantasía.

A su alrededor, la muchedumbre se bamboleaba, apoyando sus cabezas sobre los hombros de la pareja, estrechándose en el vaivén, y él sentía que cualquier movimiento delataría al bulto nacido con el baile y que - rebelde - se negaba a desaparecer.

A solas, con la única compañía de su irreverente protuberancia, Carlos vio cómo Marcela llegaba a rescatar a Adolfo, colgándose de su brazo mientras hacía gestos en su dirección para que los siguiera.

No lo hizo. No era capaz de integrar fraternalmente un trío cuando todo lo empujaba hacia la oscuridad, haciéndole añorar un abrazo, un beso, una caricia, el levantar de la remera o el perderse dentro de una minifalda.

Sintió que había estado idiota, calentándose con quien era mujer prohibida. Le dio bronca haberlo hecho, rabia por la cara lisa de Adolfo y por Marcela misma, que lo dejó levitando sobre la pista, solo y hambriento; para regresar junto a su novio virgen de novia ídem y, desde ese territorio seguro y respetuoso, invitarlo a seguir jugando a los hermanastrastritos.

Perdiéndose entre las sombras cómplices de los paraísos, deshizo a solas el sueño del incesto postizo.

Esa fue la última vez que se vieron y tocaron.

Quebrado el ensueño y asustados, dejaron de encontrarse.

Habían pasado muchos años desde entonces. Carlos había olvidado su forma de bailar, a su novio, a ella misma. Supo en algún momento que se había casado, por supuesto que con Adolfo. Más adelante, se enteró por el Viejo que había tenido una hija.

Hasta que llegó el policía a su puerta, trayéndole la noticia de su muerte y la encomienda del entierro. Ahí volvió el universo que rodeó al Viejo a hacerse presente. Y en él, Marcela. Regresando del brazo de Adolfo hasta el borde de la pista en donde lo había extraviado, para indicarle con un gesto que viniera.

Leyó los nombres de la pareja en el testamento, y le causó gracia que el Viejo los mencionara integrando una cohorte de testigos imparciales.

No le extrañó tanto por Adolfo. Pero sintió que Marcela lo había traicionado como aquella noche, cuando le dio un fugaz beso en la boca.

El del Iscariote.

X

Había rastreado la guía buscando su teléfono, no bien se repuso de la noticia. Necesitaba saber cómo eran las cosas, antes de salir para Villa Giardino a ocuparse de un entierro que quizás no le correspondía. Halló su número y dirección en el primer intento.

Atendió ella, y no pareció asombrarse. En cuanto lo escuchó, pidió con cariñosa urgencia: Carlos, tengo que verte.

Se encontraron esa misma tarde.

Se reconocieron pese a los años. Marcela, seguía teniendo el aire gatuno que le era característico, la boca gruesa de sonrisa pícara. Se mantenía delgada, y aparentemente la maternidad no le había percutido los pechos.

Era volver al pasado. Carlos la veía y se preguntaba sobre la circularidad de algunos caminos.

Marcela pareció tratar de convencerlo de que eran dos huérfanos a la deriva. No lo consiguió, pero le dio información.

Mamá murió hace menos de un mes. Estaba muy enferma. Tenía cáncer, anunció en un susurro. Fue espantoso. Lo más terrible fue que tu papá la dejó un mes antes, absolutamente sola en esa casa.

No lo pudo creer.

En serio. Vino un día y dijo que tenía un pasaje a Europa, de esos baratos. Que si no viajaba, vencía. Entonces se fue. Mamá murió a los pocos días, cuando él se hallaba visitando a tu hermana. Cuando volvió, ya la habíamos enterrado. Lo primero que hizo fue pedirnos que devolviéramos las llaves. Se las di. ¿Para qué las quería?

Carlos no lo terminaba de aceptar. Pero... ¿Cómo la pudo dejar?

Ellos eran así, justificó Marcela encogiéndose de hombros. Peleaban a matarse, se perdonaban, se volvían a enojar... Mamá lo animó a irse... "No te vendrá mal el viaje, Vladi", decía. En el fondo, se querían. Eran demasiado iguales ¿sabés?

Él no lo sabía. No lo iba a saber nunca. Lo que era evidente, es que sólo quedaba él para encargarse del Viejo. Debía ir a Villa Giardino cuanto antes.

Cuando vuelvas, llámame, pidió Marcela acariciándole la mano.

Estaba revolviendo el fondo del pocillo de café cuando llegó Adolfo. Ahora usaba barba y había perdido el aire bohemio que tenía de adolescente.

Tengo un negocio de ropa, contó. Vendemos pilchas en la estación Constitución. Salditos para provincianos, rió.

Adolfo quería hablar. Del Viejo, no de él. Carlos se estaba hartando. Vas a tener mucha guita, le prometía con tono de comerciante. No lo creo, decía Carlos entre molesto y esperanzado. El Viejo fue pura facha. No, te equivocás, hay plata. Tiene que haberla, insistió. Decía que tenía una caja de seguridad en el Banco de la Nación. ¿Para qué la tendría sino para guardar un canuto? Allí debe haber de todo, sonreía goloso. Dólares, oro, cualquier cosa. Carlos escuchaba.

Yo veía de cuando en cuando a tu viejo, avisó Adolfo. Nunca cambió.

Le consoló saberlo. Se encontraba en el umbral del viaje y después de tantos años, hacía bien que le recordaran que el Viejo siguió igual.

Cuando vuelvas, anticipó Adolfo, podremos recuperar las joyas de Rosita.

¿Qué joyas?, quiso saber.

¡Oh, nada importante!, exclamó Marcela. Una gargantilla de oro, un collar de perlas, unos anillos, quizás unos aros. Pavadas que debieron quedar en la casa.

Está bien, dijo Carlos. Apenas llegue, vamos al departamento... Además, no quisiera ir solo.

Ella sonrió, aprobando.

Por eso, estaba ahora esperando a Marcela en la esquina, armado de las llaves y con el bolso que llevara a Villa Giardino vuelto a colgar de su espalda. No había querido vaciarlo. Como si recién arribara, dijo a la Gallega. Prometí a Marcela que iría con ella al departamento. No quiero que sospeche que ya estuve.

No debió aguardar demasiado. Vino en taxi y, para su sorpresa, sola. ¿Dónde está Adolfo?, quiso saber. Quedó en el negocio, no pudo venir, explicó Marcela con una sonrisa.

Enfrentaron la puerta de entrada y, con un profundo respiro, ingresaron después de trajinar con las llaves. Me parece mentira volver, dijo Carlos mientras prendía las luces. Volvió a buscarla. Marcela estaba en el dormitorio, mirando fijamente un televisor color. Era de mamá, contó. Ella veía mucha tele desde la cama.

Pasaron al comedor. Marcela miró la cabeza de telgopor, las pastillas, el dedal, la tijera y las cartas y comenzó a temblar. La interrogó con los ojos. Eran cosas de ella, dijo Marcela agarrándose de los hombros como si tuviera frío. Las píldoras eran sus remedios. La cabeza era el molde donde colgaba su peluca. La quimioterapia la había dejado calva. Usaba una peluca negra, de pelos largos, tupidos, como bailarina árabe. Le cubrían casi toda la cara y los hombros, y si no fuera por lo patético del caso, hubiera sido ridículo, señaló.

Fueron a la cocina y por el escritorio. Busquemos las joyas, propuso Carlos por decir algo. Ella asintió. Comenzaron por abrir los cajones del escritorio, revolviéndolos. Carlos optó por dejarla hacer. Quieto, la miraba moverse recordando las frases del Viejo en su

testamento. Veía el perfil de Marcela, totalmente vestida de negro. La ropa resaltaba su pelo rubio, contrastando con la piel. La recordó cambiando de colores bajo la iluminación carnavalera, su pelo agitándose al compás de la música.

Las manitas de Marcela se movían rápidas por los cajones, descartando lo inútil, lo superfluo, lo no valioso. Con algo de frenesí. Impacientes. Aquí no están, dictaminó.

Llegaron al dormitorio. Fijate vos, pidió Carlos. Yo no lo banco.

No, tenés que venir; sola no me animo.

Entraron. Había tantos muebles que casi no podían moverse. Ella levantó una punta de la colcha, verificando que la cama estaba hecha.

Me da miedo este lugar, dijo.

Carlos quiso darle ánimo y le presionó los hombros. Ella estaba dándole la espalda y se volvió a mirarlo, levantando el rostro.

Era una cara entre pícara y dulce y tal vez por eso, Carlos siguió apretándole los hombros, mientras bajaba la cabeza hacia ella, que se recostó contra su cuerpo, como si estuviera cansada o desfalleciente.

Sintió los omóplatos de ella contra su pecho, las pequeñas nalgas apoyándose en sus muslos con una delicadeza tan casual como sabia, que tuvo el efecto de producirle una incontenible erección, que lo llevó - casi sin darse cuenta, podría jurarlo - a bajar las manos a sus senos, atrayéndola hasta sentir su geografía incrustándose en la suya.

Parecía tan sorprendida como él, pero no huyó a la presión. Carlos la hizo girar como le había enseñado en aquellos carnavales, para devolver el beso que le diera hacía tantísimo y que quedara sin respuesta.

Ella recibió su lengua con avidez, mientras se recorrían, hurgando bajo las ropas las pieles. Marcela se tenía que alzar en puntas de pie, colgándose de su cuello; y así cayeron sobre la cama, como bajo paraísos al costado de una pista de baile.

A manotones y entre caricias se fueron arrancando la ropa, separando la colcha y la frazada hasta dejar la sábana tan desnuda como ellos mismos. Tenían los dientes ávidos y los sexos urgentes. Fue así como entró en ella con violencia, sintiendo sus jugos mientras le apretaba las nalgas como si las quisiera arrancar.

Con un gritito, Marcela lo tragó entero, enganchándolo con sus talones y allí se fueron, confundidos en el aullido, como lo hicieron cada uno de sus padres sobre esa misma sábana que los acogió, reconociéndolos en el parentesco putativo que reafirmaban abotonándose como perros.

Carlos se dejó caer sobre ella, agarrándole los pelos, lamiéndole los ojos de gata (más que nunca lo eran) palpando los pezones con los dedos, sintiendo su miembro descansar glorioso dentro de ella.

Se volcó sobre un costado y así yacieron, a la luz mortecina del velador.

Marcela le recorría el pecho con sus manitas, se ensortijaba los dedos con sus vellos. Parecés un osito, acusó.

Busquemos las joyas, propuso él. Así te puedo ver mejor.

Fue abriendo los placares mientras le miraba sus pechos, redondos, duros, de pezones pequeños. Son chiquititos, dijo acariciándolos.

Demasiado, lamentó ella mientras revisaba a la ligera.

Pero toda vos sos chiquita, bromeó él.

No creas, se rió. Tengo una boca desproporcionada.

Ella parecía entregada al juego, pero sus ojos recorrían el interior de los placares con urgencia y exactitud. En una bolsa plástica encontraron la peluca de Rosita. Ella la alzó con melancolía. Pobre mamá, dijo antes de dejarla caer en el piso.

La veía decepcionada. ¿Busca las joyas o el testamento?, se preguntó Carlos.

No hay más que revisar, concluyó ella.

Te equivocás, señaló Carlos. Está el embute, la caja fuerte.

Marcela se reavivó. Se irguió, como esponjeándose de un placer anticipado. ¿Dónde está?

Carlos le mostró el mecanismo que descubría la caja fuerte. Parado tras ella, le mordisqueaba las orejas y el cuello, acariciaba sus nalgas con la punta del glande mientras le recorría sus caderas con las manos.

Volvamos a la cama, susurró.

No, dijo Marcela. Antes la caja. Se paraba en puntas de pie, tanteando la puertita de acero.

No, ahora. Después la caja, pidió Carlos recogiendo la peluca del piso para colocársela sobre su casco rubio.

Ella se vio en el espejo del placar, y se rió, un poco impresionada. Me la voy a sacar, anunció. No, te la voy a meter, prometió él, tirándola en la cama.

Ella lo rechazó con un toque de violencia. La caja, dijo en tono seco, incorporándose. El timbre de voz le resultaba conocido. Con uno igual, había anunciado que regresaba con Adolfo desde la pista. Pero ya no era un carnaval, a pesar de que la peluca la convertía en un personaje de gignol. Y el juego, hoy, era pesado. Mucho más pesado.

Carlos la dejó hacer. La miró desde la cama, las espaldas cubiertas por la peluca que le llegaba hasta la cintura.

Marcela introducía sus manos en el hueco, tratando de abrir la caja, olvidada de lo que no fuera su objetivo.

Buscá, buscá, rió Carlos. ¡La vas a abrir si sos bruja!

No tenemos las llaves, se desconsoló Marcela.

Le falta ponerse a llorar, disfrutó Carlos. ¡Pobre Marcela! ¡Tanto trabajo, tanta concesión para nada! Dan ganas de pegarle. Reventarla a golpes, perra de mierda.

Yo sé cómo, anunció.

Bueno, dale.

Ahora no, después sí.

Ella lo escrutó con dudas. Debe estar sopesando las probabilidades, especuló. Tenía que reconocer que no alcanzaba la rabia para ocultar el goce. Ahora tengo el mazo y reparto los naipes, se dijo. Y si no te puedo golpear, juro que buscaré la revancha más completa. A tanta zorrería. A la de ahora, y a aquella lejana del Muni. Ya lo verás, prometía encendiéndose.

¿Seguro?, inquirió Marcela. No me digas después que no podés.

Por lo que más quiero, te aseguro que después la abro.

Por tus hijos, exigió.

Te lo juro por mis hijos.

Entonces cambió. Se le iluminó el rostro y se arrojó sobre él riéndose, asombrándolo con su capacidad de mudar tan rápidamente de ánimo. En un impulso, tentó sacarse la peluca. Dejátela, pidió Carlos.

La tomó de las caderas y se la incrustó, viendo como su cara desaparecía bajo la peluca. Tenía pelos gruesos como crines. Carlos la sintió vibrando mientras mordía la peluca, queriendo cortarla, romperla, destrozarla. En esas ganas giró sobre sí, la dio vuelta y montándose sobre sus nalgas, aprovechando la lubricación y la fuerza de su bronca, se la introdujo por atrás, lentamente, hasta que entró por completo. La sentía sacudirse abajo suyo, la veía como un espectador, bajosuyo/lejosuyo, y el placer lo asaltó por oleadas al comprobar que no se le podía escapar.

Mauillaba Marcela ¡Ay, Carlos! ¡Ay, Carlos! con un tono que fue creciendo hasta desparramarse, para caer de improviso, exhausta y satisfecha; sosteniendo la grupa alzada hacia él, que empezó un vaivén continuo y furioso sobre el traste de Marcela Susana Vignola de Leiva, testigo imparcial del Viejo, y como tal, mencionada en su testamento, a quien atribuía haberlo encontrado casualmente para escuchar sus blasfemias.

Bombeaba entonces, como si fueran puñetazos.

XI

Había que pensar en cosas prácticas. Por ejemplo: buscar el recibo de la Obra Social y mandárselo a Zarazaga. Llamar a Elsa. Ocuparse de las expensas del departamento, limpiarlo, ir ordenando o, más simplemente, tirar lo inútil. Cambiar las bombitas quemadas. Averiguar de la hipoteca. Iniciar los trámites sucesorios.

Demasiado para él solo. Todavía no había podido preguntarse si quería hacerlo o si estaba dispuesto. No tenía lugar para tanto. Desde Giardino le había caído encima el cuerpo muerto del Viejo, y sentía que, sencillamente, cargaba con él.

Ante la inmensidad del trabajo, sentía que era de titanes. Se empequeñecía frente a esos placares repletos de cachivaches.

Llamó a Elsa. Escuchó su voz, acoplándose a ruidos y silencios, con una cierta resonancia. A veces, sus frases se superponían a las de ella, que llegaban retrasadas, rebotando contra el satélite antes de cruzar el océano. Murió el Viejo, contó. Hubo un silencio del otro lado. Elsa estaba pensando acaso, digiriendo la noticia. ¿Y vos cómo estás?, preguntó curiosa. Dentro de todo, creo que bien, ya te voy a contar por carta. Anduvo por aquí hace unos días, anunció Elsa. Me enteré. ¿Cómo está Rosita?, se interesó ella. Muerta antes que él. Me dijo que no viajó porque se había fracturado una pierna. Mentiras, murió. Estaba muy enferma. Cáncer. ¡Y bué!, esto se terminó, comentó ella con un dejo hispano. ¿Te podrás ocupar de todo? No sé, confesó Carlos. No sé si puedo, si debo ni si conviene. Lamento no poder ayudarte, se solidarizó ella. En lo que a mí, lo que hagas estará bien. ¿Cómo están los chicos? ¿Y Marta?

Le hubiera venido bien que Elsa estuviera aquí para encarar esto de a dos. Miró el departamento, y con un suspiro comenzó a ordenarse mentalmente. *Primero*: Conseguir alguien que limpie. *Después*, sacar la ropa, los papeles y los libros. *Luego*, los muebles. Así contado parecía simple. Encargó a la Gallega que contratase una mujer. Mejor dos, sugirió ella. Que limpien la cocina, por lo menos. Lo demás puede esperar.

Al día siguiente, le dejó las llaves. Que hagan lo posible, advirtió. No se maten.

Elegió ir al estudio caminando. Pese a las señales cotidianas, tenía la sensación de que algo había cambiado. Él ya no está, se dijo por enésima vez, con unción de un padrenuestro.

No pudo dejar de sonreír. ¿Estará en el cielo el padre mío?, se preguntó con sorna. ¿Hará turismo entre las nubes, curará las caries de los ángeles, seducirá a las niñas del limbo? ¿O andará por las callejuelas del Purgatorio, con aire de sacristán, mirando las

vidrieras de reajo, sin alcancía pero con antojo? ¿Calculando el costo de mantenimiento de las calderas del infierno?

Ensoñado, no pudo evitar el sopapo. El cigarrillo voló hasta rodar por la vereda, mientras él, confuso y aturdido, contemplaba la cara de su agresor a centímetros de la suya. ¿No me oyó? - gritaba empujándolo - ¡Contra la pared, las manos en alto!

Carlos se encontró levantando los brazos junto a otros desprevenidos que también andaban por la calle hasta que los topó esa encerrona.

Un camión verde oliva taponaba la esquina, en tanto que parejas de uniformados en cada ochava, con fusiles y ametralladoras, cubrían los ángulos de tiro o fuga.

Los soldados miraban con indiferencia, mientras dos iban atrapando caminantes. Había también hombres de paisano igualmente armados. Parecían más temibles, quizás porque era difícil identificarlos. Charlaban entre sí, con las armas en sus antebrazos.

Les hicieron apoyar las manos contra la pared, como sosteniéndola. Un suboficial los fue palpando uno a uno, acompañado de otro que los encañonaba durante el cacheo. Sintió las manos del hombre deslizándose por sus costados, palparle la cintura y la espalda, recorrerle las piernas como si las aplaudiera.

¡Documentos!, ordenó el que parecía mandar.

Todos sacaron carteras, papeles, cédulas. El tipo los miraba con rabia. Comparaba las fotos de los documentos con las caras de sus portadores. Según le gustara o no, lo señalaba o se los devolvía y con un golpecito en el hombro del afortunado, lo hacía salir de la fila y continuar su camino. Los señalados, en cambio, eran subidos al camión. Hubo uno que protestó. Me esperan urgente en el hospital, dijo. No pueden hacerme esto. El que mandaba lo atrapó del pulóver, sacudiéndolo. ¡Podemos esto y mucho más!, gritó. ¡Al camión! Se miraron un segundo, tal vez menos. Algo debió sentir el hombre, ya que dando un giro, trepó al vehículo en silencio.

En la vereda de enfrente había gente mirándolos, quietísima. Silenciosa. ¡Esto lo hacemos por la seguridad de todos! -gritó el mandón-. ¡Estamos en guerra, entiéndanlo! ¡Y al que no le guste, que se las aguante o se atenga a las consecuencias!

La gente escuchó sin decir palabra, y desde algún rincón pareció amagarse un aplauso. Carlos sentía dolerle los hombros. Intuía que al resto de la fila les debía pasar otro tanto. Pero creía que era mejor seguir acariciando el tramo de pared que le había tocado en suerte y esperar su turno.

¡Aquí tenemos al distraído!, se regocijó el mandón mientras tomaba su documento. ¿En qué ibas soñando, huevón?

En nada, se disculpó Carlos. Cosas. ¿Qué cosas?, preguntó el hombre. Era robusto, un poco más bajo que él. Usaba un casco cubierto por una red. En la chaqueta del

uniforme, a la altura del corazón, tenía cosida una tira de género con tres estrellas de plata.

Vengo de enterrar a mi Viejo en Córdoba, explicó. Dormí mal.

El otro aflojó la dureza de sus ojos. Observó el documento y lo contrastó con la cara de Carlos. Strumer, leyó en voz alta. ¿A qué te dedicás, Strumer?

Soy abogado, contestó. Eso pareció hacer dudar al capitán.

¿Y qué haces, Strumer?, inquirió. ¿Sos penalista? ¿Firmás habeas corpus?

No, me dedico al derecho comercial.

Bien, Strumer -dijo devolviéndole la cédula-. Tomátelas, Strumer. Y que no te vuelva a encontrar distraído en otro control. Andate.

Lo empujó al medio de la vereda y les hizo un gesto a los soldados. En el camión, los sospechosos se iban mirando con desamparo. Murmuraban entre ellos y entre dientes cosas inaudibles, mientras veían cómo el capitán seguía capturando compañeros de incertidumbre.

Carlos guardó sus documentos y, sorteando el camión, continuó su camino, rebasando la hilera de detenidos y el amontonamiento de curiosos. Pasó junto a dos tipos de civil que, recostados contra un Falcon, con escopetas en las manos, comentaban el último partido. Los miró fugazmente, temeroso que advirtieran su inspección.

Había caminado poco más de una cuadra, y la ciudad parecía la de siempre. Como si no existiera el capitán, su camión y sus cazadores. Se acarició la mejilla golpeada.

Entonces se acordó. En el bolsillo del saco estaba el testamento del Viejo. No quiso pensar qué hubiera sucedido de habérselo encontrado.

Apuró el paso, como quien escapa.

XII

Recién se sintió seguro cuando llegó a su oficina, en el décimo piso de un viejo edificio en la zona de Tribunales.

Entró como una tromba, cerró y apoyándose en la puerta aguardó unos segundos hasta reconocer ese ámbito cotidiano. Entró en su despacho. Se dejó caer en el sillón y colocó el testamento arriba del escritorio, justo sobre las fotos que, bajo el vidrio, le recordaban a la Gallega y a los mellizos. Sin sacarse el saco, empujó hacia sí la mesita con la máquina de escribir y empezó a copiar el documento.

Era sentirse el Viejo. Revivir así cada sensación que tuvo cuando lo redactó. Miraba cubrirse la hoja al ritmo del tipeado y se lo imaginó sentado a la mesa del comedor, enfrentando el televisor siempre encendido, inclinado sobre la Remington Noisseless rumiando cada oración.

Expresamente desheredo a mis hijos Elsa Silvia y Carlos Ignacio Strumer, quienes con su crueldad manifiesta y ausencia de los más elementales instintos de sangre han convertido mi vejez en un infierno..., dictaba el Viejo y transcribía Carlos.

Lo veía buscar cada palabra. *Crueldad manifiesta, elementales instintos de sangre*, eran términos caros a él. Siempre había apostado a los instintos primarios para reivindicar su paternidad. Eran su bandera, la única fuente de derechos a la que podía recurrir sin dudas. Con ellos no había funcionado.

Vladimiro Strumer estaba de humor oscuro. Sentía los años sobre sí y no era de los que ignoraban su significado. Miró el papel tras sus lentes -una blanca planicie similar a la nada- y recortándose en ella, las siluetas borrosas de sus hijos ensombreciendo la página. Ellos estaban incluso en la ausencia. Iban a seguir estando cuando él no. El pensamiento lo indignaba y dolía. ¿Irían a ganarle esos malditos? ¿Gozarían de sus pertenencias, disfrutarían de los logros de su trabajo? Lo que es más: ¿tenían derecho a sobrevivirlo?

Cuando yo me acabe, acabará el mundo. Por lo menos, para mí, sintió necesario aclarar, sabedor que su poder había disminuido en esos años, precisamente con su paso. Ahí aparecerían ellos. Era injusto. Demasiado terrible.

Vladimiro Strumer quedó un momento en suspenso, y tuvo tiempo de escuchar una sirena policial horadando la noche. Eso le dio una idea. Si era imposible evitar que lo presente se esfumara, era factible que lo desaparecido se extraviara con él.

La idea lo hizo sonreír. Hay quien se encargará de ellos, murmuró.

Sentía que ante él, estaba el Juez. Habría de morir entonces, pero viviría a través de un papel. Es decir, más presente que nunca. Vivo, renacido, en una palabra. Rió feliz, imaginando la escena, que tendría contornos casi míticos.

Lástima que el Juez no usara peluca ni toga negra. Con seguridad, sería del tipo de los que conociera alguna vez. Abogados designados por amistades militares, descendientes de antiguos patricios que rifaron sus estancias o de modernos inmigrantes que las adquirieron para rifar su origen; cristianos cursillistas o merecedores de serlo. Cualquiera que tocara en suerte, debía seducirlo desde la tumba.

El Viejo Strumer imaginó al Juez leyendo sus líneas póstumas y sentía que éstas debían ser contundentes para cautivarlo.

Reía el Viejo. Ya verían ellos. Sobre todo, Carlos. ¡Qué sucesorio le iba a regalar! Se representó la cara del Juez mirando a Carlos. Usted es un monstruo, le diría. Peor, un subversivo. Carlos intentaría defenderse, sabiéndose perdido. Querrá decir cualquier cosa, pero no podrá. Su Señoría dará un golpe seco con su martillo sobre la mesa, y dos guardias envolverán la cabeza de Carlos con una capucha ciega, haciéndolo desaparecer.

El Viejo Strumer tipea: *...ambos constituyen una muestra más del extravío al que ha llegado la juventud de nuestra Patria...* El Juez inclinará la cabeza asintiendo, ya que cualquiera fuese su origen, no será joven al intervenir en el caso. Eso lo tornará mi aliado sin que se dé cuenta. Tendrá sus propios *ellos*, que serán para él cabal prueba del extravío de la juventud. ¿Qué podrá decir entonces Carlos? Señor Juez: el único extravío de juventud es haberla perdido.

Será inútil.

Sigamos, se animó el Viejo. Algunos ejemplos de desvíos, a ver. ¿Drogas? ¿Sexo? ¿Bisexo? No, demasiado banal. Carece de tragedia. Se requiere mucha pimienta. Empecemos... *Así, Elsa Silvia Strumer unió su vida a un notorio jefe terrorista; y después de acompañarlo en sus tropelías y desmanes optó por huir al exterior.* Aquí se detuvo. No hay nada más horrible que escribir el nombre de los propios hijos en una denuncia, dijo. Titubeó un instante. Ellos o yo, recordó, volviéndose a concentrar. *...optó por huir al exterior...* Le falta remate, criticó. Necesito más. Algo dedicado a ese Juez amigo de militares que leerá esta composición. *...para evitar la acción de las fuerzas armadas de nuestro país.* Leyó la frase. No estaba mal. Pero le faltaba o sobraba algo. Tachó entonces *armadas* y en su reemplazo colocó *morales*. *...para evitar la acción de las fuerzas morales de nuestro país.* ¡Así era otra cosa! Sabría el Juez quién escribió este testamento, daría por sentada la cantidad de códigos comunes entre ambos. Una auténtica comunión de ideas y principios.

Ahora le tocaba a Carlos. ¿Qué podría decir de él? *Terrorista, amigo y abogado de éstos...* Era un buen mote. Que pruebe lo contrario, vamos. Toda actividad oculta se prueba en forma clandestina. Aunque no tenga valor en Tribunales, otro juzgado secreto lo condenará, ejecutando su sentencia en silencio ...*enemigo de su Patria y de su Padre...* Un renegado. ¡Todo un Strumerenko casándose con una gallega! Renegando de un legado milenario. Un ortodoxo uniéndose a una católica. Para peor, ambos ateos. Quien reniega de su origen, reniega de su patria, y en consecuencia, de su padre y de todo.

Carlos le dolía. Él me repudió. Ya se había alzado cuando se negó a bautizar sus mellizos. El juez miraba al Viejo asombrado. ¿Cómo es que lo repudió? ¡Oh, una farsa, señor! Una astuta maniobra. Se me adelantó. Usted sabe cómo son estos tipos.

Algo vio en el Juez que lo llevó a desconfiar. Tal vez demasiado blando. En una de esas, le tocaba uno que no era amigo de militares, ni cursillista. ¿Cómo me aseguro que esto llegue adónde tiene que llegar?, se preguntó el viejo. Quizás cuando yo muera, Rosita no esté. Enferma, tiene más chance. ¿Quién se hará cargo? ¿Marcela? ¿Adolfo? Unos flanes. Son capaces de negociarlo por monedas.

Si a mi muerte hubiere fallecido la heredera que instituyo -doña Rosa Elena Vignola- quiero que mis bienes pasen como herencia o donación al Hospital Central Militar "Cirujano Mayor Cosme Argerich", con cargo de ser utilizados en solventar el costo de curaciones y/o equipamientos médicos..., redactó. Solucionado lo del Juez. Impedido todo negocio. Vendrían los abogados del ejército a meter sus narices en el expediente. Leerían, fotocopiarían, contarían a sus superiores. ¿Sabe coronel, que hay una pareja de subversivos deschavados post-mortem por su propio padre? ¡Interesante, no? Habría que avisar a los muchachos.

Pero hacía falta algo más. Rosita podría sobrevivirlo. Y ser blanda. *Designo a mi camarada y amigo Slobodan Reij albacea de mi sucesorio, encomendándole el fiel y estricto cumplimiento de este testamento*, añadió.

El bueno de Reij. "Slobodan, con *be* de boludo", solía indicar al presentarse. ¡Gran croata, Reij! ¡Merecía haber nacido en Ucrania! El es duro y peleador. No de balde fue guerrillero ustacha en su tierra. No transigirá.

Continuó avanzando en el texto. Todo tendría más sentido si juego con el misterio, se dijo. Un enigma que sea espuela de la ambición. Nadie hará nada si el premio es escaso o no existe. ¿Pelearía alguien por nada? ¿Por una casa hipotecada? ¿Por un chalet colgado en las montañas? ¿Por deudas? ¿Alguien se interesaría un segundo? Un viejo delirante, dirán. Armar escándalo por nada. No. Cuentas de vidrio. Espejuelos. La promesa del oro de Atahualpa. La plata del Rey Blanco. Los moverá a todos. ...*el detalle de mis bienes y su documentación se encontrarán, al momento de la apertura de éste, guardados en la Caja*

de Seguridad N° 358, de mi titularidad, en el Banco de La Nación, Casa Central. Eso es. Pasen, maten y vean.

Lo releyó, encontrándolo bastante adecuado. Mañana lo manuscibo y completo, prometió. Hay que poner algunas cositas más. Pero el proyecto, en líneas generales, era satisfactorio. No fallará, se dijo dejando los lentes sobre el mantel.

Ahora Carlos terminaba de transcribir la versión definitiva en su máquina, ardido de bronca, sintiendo que las palabras también podían golpear.

Retiró la hoja del carro, y la dobló encerrándola en un sobre. Tomó el original y con la frialdad de quien comete un crimen, le prendió fuego.

Miraba al testamento ennegrecerse en el cenicero, como quien culmina una misión. *Maldigo a todo aquel que, por cualquier medio, se oponga a mi última voluntad. Caiga sobre su cabeza el condigno castigo que merece una actitud tan despiadada. Olvídense su diestra y péguesele su lengua al paladar. No lo reconozca su padre. Lo odien sus iguales,* alcanzó a leer antes que el fuego lo borre.

Sintió alivio cuando tiró las cenizas en el papelerero. Con la tranquilidad de haber destruido una prueba de cargo, fue a preparar un mate.

Le temblaban las manos, y no le interesó evitarlo.

XIII

Esa tarde mandó carta a Elsa, con una copia del testamento.

Debés tenerlo y saber qué dejó, cómo, a quién. El por qué es obvio, decía en unas líneas apretadas. También es parte de tu historia.

Trabajó hasta las cinco, en que decidió volver al departamento para una nueva correría. Las mujeres que consiguió la Gallega habían limpiado la cocina. Además, arramblaron con la mantelería, las sábanas y las frazadas.

Caminaba por los cuartos sin poder sentarse en lugar alguno. Se le mancharon las manos de mugre. Aun así, nada lo indujo a irse. Esa casa lo fascinaba. Quizás por haber sido concebido en ella, o por haber vuelto después de años a horcajadas de una muerte.

Sentía que el Viejo no habría querido que estuviera recorriendo las piezas, hurgando entre sus cosas; y entonces le parecía estar violando el deseo paterno, forzándolo con su presencia.

Esa era también una sensación de triunfo. Una victoria miserable, que no por eso dejaba de ser valiosa.

Desde infinidad de fotos, el Viejo Strumer podía ver a su hijo revolviendo papeles, ropas y trastos. Treinta y seis fotos hechas cuadros, contabilizó a la hora de tirarlas.

Menos a una que separó de su marco, despegando el paspartú que la rodeaba. Se la echó al bolsillo, sin saber por qué. Pero era del Viejo. Su cara mirando la cámara con los ojos muy abiertos, bien peinado, el bigote prolijo. Quiso conservarla. Algún día querré recordar su rostro, pensó. No puedo tirar todo indiscriminadamente.

Sin embargo, no pudo consigo y de un puñetazo volteó un florero, que cayó partiéndose con estruendo.

Como si cerrara un círculo.

Había sido de chico cuando escuchaba los puñetazos del Viejo sobre la puerta de casa, ante la negativa - suya y de Elsa - a salir con él los domingos. La puerta vibraba con los golpes, y Carlos temía que cediera bajo sus puños y quedara el camino expedito hacia ellos.

Se había vuelto un ritual que practicaban resignados. El Viejo aparecía a eso de las diez de la mañana tocando el timbre y aguardaba.

Entonces, Elsa y él abrían la puerta - sólo una hendija, suficiente para verse - y decían con un hilo de voz: no queremos salir; cerrando inmediatamente con los pasadores.

Tan pronto terminaban de asegurar la puerta, y como si lo hubiera estado esperando, el Viejo comenzaba a aporrearla gritando. ¡Entréguenme a mis hijos!

Un día, el ritual terminó tan bruscamente como había empezado. El Viejo arribó con dos testigos, con la idea de que éstos pudieran narrar los hechos al Juez. Carlos los conocía. Uno era su tío político, buen tipo. El otro, Slobi Reij, corredor de textiles, sospechado de un pasado turbio. Se los veía incómodos.

El Viejo tocó el timbre y como siempre, abrieron la puerta un poquitito para hacerles saber a los de afuera la persistencia de su negativa. ¡Salgan y díganmelo en la cara!, desafió el Viejo.

Y Elsa abrió la puerta.

Quedaron todos mirándose con sorpresa, sin saber qué hacer. Elsa buscaba a Carlos con los ojos y él fue acercándose despacito hasta colocarse junto a ella, apoyados uno en el otro.

No queremos salir, dijo Elsa bien alto. No queremos, ratificó Carlitos.

Recuerda que la voz le falló y brotó un ronquido que solo significó por la manera de mover su cabeza.

Se quedaron mudos en la puerta, sabiendo que adentro de la casa estaban su madre y los abuelos, temerosos de lo que podía suceder.

Fue romper las reglas de juego. El tío político tomó al Viejo de un brazo y dijo: Vamos, no los podés obligar.

¡Traidores!, aulló él. Nadie supo si el grito obedecía a la negativa reiterada o a la ruptura de las costumbres.

Carlos lo miró, con el corazón latiéndole en el cuello. El Viejo estaba vestido con su eterno traje marrón, con chaleco y corbata. Sus labios desaparecían bajo el bigote, mientras los ojos brillaban del enojo.

Todos allí, inmóviles y desorientados. Entonces salió el abuelo, y encarándolo dijo: Andáte hombre, ¿no ves que los chicos no quieren?

El Viejo no contestó. Se abalanzó sobre el abuelo a puñetazos, mientras los testigos pugnaban por separarlos, más bienintencionados que eficaces. Se escuchó el chasquido de los anteojos del abuelo cayendo al suelo, sembrándolo de cristalitos.

Allí apareció la abuela, en una carga de cosacos o del Tres de Fierro, empuñando su palo de amasar como un ariete contra el bajo vientre del Viejo, que soltó al abuelo para recular arrollando a sus testigos, que trastabillaron en un paso de sainete, mientras la abuela - haciendo fintas y molinetes con su palo - le sacudía la osamenta al grito de: ¡Cobarde!, ¡golpear a un anciano! ¡Yo te voy a dar!

Y le dio. ¡Caramba si le dio! Como era previsible, el Viejo mandó tocar retirada.

Quedó el abuelo en medio del pasillo, enceguecido por la falta de sus lentes y goteando sangre por nariz y nudillos.

La cuestión terminó con la aparición de la policía, traída por la denuncia que el Viejo hiciera contra la abuela.

Fueron hasta la Seccional con un agente, acompañados de lejos por algunos curiosos que daban una escolta timorata.

Hoy, imaginó al Viejo golpeando la puerta del departamento para atraer la atención del vecindario y alertarlo del expolio de que era objeto a manos de su propio hijo.

Nadie respondía a sus llamados, pero el silencio, sólo quebrado por los crujidos del piso y de los muebles, se hacía insoportable. Encendió el televisor - el mismo que Marcela reivindicara de propiedad de Rosita - y apareció la imagen del sátrapa que los militares habían colocado como Presidente. Estos están siempre por tele, gruñó.

Parecía un anciano bondadoso que miraba al mundo tras anchos anteojos de montura de oro, buscando un reflejo a toda la piedad que rezumaba su generosa estampa. *Vengo sin piedras en las manos*, confesó el abuelo general con voz persuasiva. *Convoco a mis compatriotas a dejar caer las que pudieran tener en las suyas...*

El general tenía una mirada límpida. Podría decirse que inocente. Como la del Viejo, que también tenía ojos celestes. Parecen de pollo, había comparado Elsa hacía años, para recibir un tortazo por la metáfora.

Mirando las fotos, Carlos escrutaba el rostro multiplicado del Viejo.

Como si rezara, se dirigió a ellas en un murmullo:

Decime papá. ¿Vos alguna vez me quisiste?

XIV

Fue apilando los trajes sobre la cama. Cada uno significaba una época de la que el Viejo se enorgullecía. Todos comprados en el exterior, en ocasión de los tres o cuatro viajes que había hecho. El azul era inglés. Un auténtico casimir, ponderó el viejo, sin que él hubiera llegado a entender su importancia. El marrón era de cuando estuvo en Pennsylvania. Asombroso lo que había durado

Los fue colocando adentro del impermeable adquirido en Bruselas. Después de dudar un poco, incorporó las camisas, la ropa interior, pulóveres y pañuelos. Los ató con cinturones, arrimando los bultos hacia la puerta.

En bolsas de polietileno juntó jabones, talqueras, colonias y cepillos de ropa, rellenándolas con infinitas corbatas que parecían serpientes amontonadas.

Continuó con los libros, que revisó uno por uno, por si valía la pena conservarlos. Pero eran técnicos o destartalados. Las pilas fueron ocupando la sala, invadiendo los espacios. La sensación era que siempre había más cosas en los placares.

Estuvo atareado unas dos horas, para terminar hastiado y sucio, sintiendo que el trabajo resultaba cansador e inacabable. Optó por irse.

En la puerta se encontró con la actual portera, que lo saludó con extrañeza y desconfianza. ¿Usted es el hijo del doctor Strumer? Se animó a presentarse. A medida que hablaba, se iba distendiendo. Pobre su padre, decía la señora. ¿Qué hará con el departamento?

En principio, vaciarlo, confesó él. Está tan repleto de cosas que es imposible moverse cómodo en él. Después lo haré pintar y habrá que venderlo.

Sí, concordó ella. Así no sirve para nada.

Quedaron un instante en silencio y ella aprovechó para entregarle unas cuentas. Supongo que usted se hace cargo, insinuó. Eran facturas de luz, de gas, de teléfono. Otra citación del acreedor hipotecario. Tomó los papeles y los guardó en el bolsillo.

Yo me hago cargo de los gastos, declaró tendiéndole un billete, que la mujer hizo desaparecer rápidamente por algún lado.

Estaba yéndose cuando se le ocurrió la idea. A propósito, dijo volviendo sobre sus pasos. Arriba hay un montón de cosas que no me sirven, pero que quizás usted sepa a quién sí. ¿Le molestaría ocuparse?

La portera lo miró con aire de gula. ¿Cosas? Repitió, ¿Qué cosas?

De todo, anticipó él. Ropa, tarros de pintura, libros.

Ella iba asintiendo a cada ítem. Sí, sí, yo me encargo, descuide.

Bueno, el sábado vengo, selecciono lo que no sirve y se lo dejo para que lo vaya sacando, avisó Carlos.

El sábado, se conformó la mujer. Avisare a mi marido, así no lo entretenemos.

Invasado de una prisa inesperada, retornó a la oficina. Ya era el anochecer. Llamó a la Gallega diciéndole que tardaría.

Luchó con el teléfono hasta comunicarse con España. Allí debía ser medianoche.

Elsa atendió con voz de sueño. Perdoname si te desperté, se disculpó, pero ando con el tema del Viejo.

No es nada -lo excusó ella-. ¿Qué pasa?

Habría que iniciar el trámite sucesorio, anunció. ¿Querés que me encargue?

Vos sos mi abogado, recordó ella. Hacé y deshacé como quieras. Lo que tenés que evaluar, es si vale la pena. ¿Dejó mucho?

En principio, un balde de mierda. ¿No te llegó mi carta?

Todavía no.

Esperá a leerla y te darás cuenta de lo que hablo, rió con dureza. Además de eso - a la vista por lo menos - están el departamento y el chalet. Y las deudas, que parecen ser bastantes. Hay una hipoteca sobre la casa.

¿Es por mucho? Se interesó Elsa.

Buscó la carta del Banco y tomó la calculadora. ¿Te lo digo en pesos o en dólares?

En dólares.

Hizo conversiones rápidamente. Unos doce mil, más o menos, avisó.

¿Cuánto valdrá el departamento?, preguntó ella.

Y unos diez u once mil...

Ella rió. ¡Ay, Carlitos! ¿qué negocio me ofrecés? ¿Para qué querés trabajar? ¿Para sus acreedores? ¿Cuánto valdrá el chalet, a ver?

Ni idea, pero no mucho.

¿Entonces? No hagas nada, dejá todo como está y que el diablo se lo lleve.

No puedo, suspiró Carlos. Creo que hay que hacerla aunque no quede un mango. Por mi tranquilidad, ¿entendés?

Lo que quieras, majo, bostezó Elsa. Lo que hagas estará bien. Pero creo que es al pedo. Yo lo olvidaría.

No vas a poder, prometió Carlos. Esperá mi carta y entenderás mejor.

Estás muy misterioso, se quejó ella. ¿Qué hay en tu carta?

Va copia de su testamento. Ya verás.

Puso un papel forense en la máquina y comenzó a redactar *que vengo en legal forma a iniciar juicio sucesorio intestado de don VLADIMIRO STRUMER, padre del*

suscripto. Conforme lo acredito con las partidas de nacimiento que agrego, el causante tuvo dos hijos, ELSA SILVIA y el abajo firmante, quien es también apoderado general de su hermana. En el carácter acreditado, solicito ser tenido por presentado, parte y constituido el domicilio.

Le resultó extraña la confección de esa pieza. Avanzaba con dificultad, interrumpiéndose a cada paso. Finalmente paró. Prendió un cigarrillo y giró con el sillón hacia la ventana.

Ya era de noche. Se veían las esperables lucecitas titilando en cada departamento, en cada cubículo, mientras el ruido iba amenguando. De tanto en tanto, se escuchaba la sirena de un patrullero perdiéndose por una calle.

Los lobos siguen activos, dijo dando una pitada. Tengo que encontrar la llave de la caja de seguridad. ¿Dónde estarán las pistolas del Viejo?, saltaba de una cosa a la otra, acordándose de Zarazaga, a bordo de su coche, a los tumbos por el camino de piedra, y el bamboleo le trajo a la memoria el de Marcela sobre él y de él sobre ella.

Hija de puta, murmuró. La peluca de la muerta la mataba también, dándole un aire absurdo. Debieron hacerle la vida imposible al Viejo, se dijo. Inventando encuentros conmigo que ratificaban la voracidad que me atribuían. Lo debían acicatear en el odio. ¿Quién habría comenzado el juego? ¿Acaso Rosita, deseosa de asegurarse alguna recompensa? ¿O habrá sido Adolfo, o Marcela, o todos juntos? Decidió que fue Rosita. Los otros debieron ayudarla. De lo contrario, el Viejo no los hubiera ofrecido como testigos.

Se imaginó a Adolfo y Marcela ante el cadáver de Rosita, viendo esfumarse el acceso a la mítica fortuna del Viejo. Siguen rondando, sin embargo. ¿Qué los mueve? ¿Contabilizar las pérdidas? ¿Curiosidad perversa?

Recordaba la cara de Adolfo, acariciándose el bigote ralo y diciendo: Aquí hay guita, Carlos. Oro, dólares, de todo. En la caja de seguridad. Hay que buscarla, encontrarla y abrirla.

Él lo miró.

Adolfo se fue exaltando. ¿Te imaginás lo que debe haber dejado? ¿Sin necesidad de mantener mujer ni hijos, acumulando para él? Debe ser un paquete, créeme.

Carlos no dijo nada.

Siempre dejó entender que había juntado mucho, se entusiasmó Adolfo. Deslizaba indirectas ¿sabés? Cada vez que peleaba con Rosita por dinero, le decía: Mirá, ya vas a tener cuando me muera, no te preocupes.

Él ahuyentó la cuestión con un golpe de cabeza. En medio de tanta mugre, musitó, sólo me resta juntarla. Eso es lo concreto.

Volvió el Viejo ante él. En su estudio que nunca pisó, se le instaló delante, absorto en sus pensamientos.

Quiso destruirme, se dijo. Tuvo que repetirlo para entender su significado. No quiso que lo sobreviviera.

Cuando nacieron los mellizos, el viejo estaba satisfecho. El apellido tiene asegurada su continuidad, comentó. Tenían menos de una semana, cuando apareció para conocerlos. Les traía de regalo un conjunto de hilo y un osito anaranjado. Miró a sus flamantes nietos en sus cunas, les contó los dedos, se interesó por su alimentación, para preguntar a renglón seguido: ¿Cuándo los bautizan? ¿Será en la iglesia ortodoxa?

No lo vamos a bautizar, anunció Carlos.

El Viejo aspiró hondo. La católica debe querer un bautismo católico ¿no?

No es así. No queremos.

Vos sos bautizado, recordó el Viejo.

Nadie me lo pregunto, sonrió él. Que se bauticen ellos cuando sepan su significado. No son cosas. Son personas. Quiero criarlos como tales.

No le contestó, pero nunca más tocó el tema ni se preocupó por volver a sus nietos.

Ido el Viejo, la Gallega recogió los regalos. Los estudió atentamente, para concluir que: 1) El osito de goma era usado, ya que era evidente que le faltaba, por rotura, un mango y 2) el conjunto de hilo no iba a ser útil en invierno a ninguno de los chicos. Con seguridad, son sobras de la nieta de Rosita, comentó.

A Carlos le dolió. Miraba los regalos del Viejo y se sentía arder de humillación.

Continúa la tradición que desarrolló conmigo, se dijo, cuando sólo me regalaba cosas usadas. Como si yo fuera un sumidero. Sin un parpadeo, tendía el paquete como quien entrega un diamante de la corona, haciéndome saber que se trataba de algo suyo y por eso, muy importante. Yo lo recibía con aire solemne, con cara de comprender la magnitud de su gesto y la trascendencia del legado. Nunca tuve huevos para decirle que no me gustaba, que quería otra cosa, pensada exclusivamente para mí, nueva, flamante. Lo que hacía más terrible el regalo, ya que a la decepción, unía la humillación del miedo.

Cuando me dio el reloj, recordó, lo miré como idiota. El sabía que el domingo anterior, mamá me había regalado uno. Un Movado, de cuadrante beige. Fue entonces que recordó tener otro que me vendría óptimo. ¿Y para qué quiero dos?, pregunté. ¿Qué dos?, dijo el Viejo. Usarás sólo el que yo te traiga.

Era de cuadrante blanco y números dorados. Es más lindo ¿no?, dispuso. Y yo hociqué, asintiendo. Es lindo, coincidí. Más lindo que el que te regaló tu madre ¿no?, siguió el Viejo. No sé, dudé entonces. Yo tenía miedo de opinar. No se trataba de la belleza de

cada máquina sino de cómo cada una venía a mí. Entonces, usarás éste hasta que lo sepas, concluyó poniéndomelo en la muñeca.

Muñequita de mis nueve años. Los dos relojes bailaban en ella. Pero chiquita y frágil como era, se había constituido el campo de la batalla secreta que el Viejo había decidido librar contra mi madre.

Manecilla contra manecilla, segundero contra segundero, cada reloj pedía de mí una adhesión a través de su uso. Aquel que fuera elegido, determinaría el triunfo de un padre sobre otro, sería un claro señalamiento de la preferencia del afecto.

Cuando el Viejo me devolvió a casa, recordó Carlos, me saqué su reloj. Recién con él en el bolsillo, toqué el timbre. ¿Para qué lo aceptaste?, preguntó mamá. Yo le dije, balbuceé, pero insistió. Habrías tenido que ponerte firme y rechazarlo, indicó mamá.

Ponerte firme. Ponerme firme. Pasé la semana diciéndomelo entre dientes. Cuando el Viejo vino al domingo siguiente a buscarnos (era un período de tregua, en el que se cumplía el régimen de visitas) salí con la muñeca desnuda. ¿Y el reloj que te regalé?, inquirió. Metí la mano en el bolsillo de mis pantalones cortos y lo saqué. Aquí está. Ponétele ya, ordenó.

Me vino sangre a las mejillas. Firme. Ponerse firme. Los ojos del Viejo estaban fijos sobre mí. Ponétele, repitió. La mirada se me nubló y el Viejo se convirtió en una nebulosa amenazante. Sentí mi brazo extenderse hacia él, ofreciendo el reloj. No lo quiero, me escuché decir. Ya tengo uno. Ponétele, insistió. Sentí que me flaqueaba el alma. Las piernas me temblaron, pero seguí extendiendo el reloj, que palpitaba como un corazón tictaqueante, diciendo con un hilito de voz que no lo quería.

Entonces la mano del Viejo se estrelló contra mi mejilla con precisión cronométrica, mientras que su otra mano me sujetó de la camisa para evitar que me cayera lastimándome involuntariamente.

Me solfeó la jeta a conciencia, con dedicación profesional. Los rubíes del reloj o las lágrimas de mis ojos sacaban chispitas que se apagaron al tocar el suelo.

Finalmente, me soltó. Goterones de sudor cubrían su perilla. Salvo el restallar de los sopapos, no hubo otro ruido interfiriendo. Elsa resoplaba a mi lado, pero se mantuvo quieta. Y yo, ... que me caía. Las rodillas chocando una contra otra, con la cara ardiente por el castigo y los ojos húmedos enfocando la figura del Viejo. Se encontraba con los brazos a sus costados, mirándome ¡Sos un traidor!, apostrofó como si gargajeara. Permanecí silencioso. ¡Sos una basura!, repitió empujándome contra la pared. ¡Y vos también, mosquita muerta!, gritó a Elsa. Quedamos los dos, uno junto al otro, mientras él bufaba de rabia. ¡Te lo ponés o te reviento!, advirtió. Yo tragué saliva. ¡Vamos!, apuró. Con gestos cansinos, coloqué el reloj sobre mi muñeca y sorbiendo los mocos y la amargura

de la derrota, lo abroché apretando hasta hacerme daño. ¡Ahora, salgamos!, ordenó el Viejo, tomándonos de la mano.

Nos arrastró al sol a pasar juntos el domingo; del que volví para terminar partiendo su reloj a martillazos. Cada golpe hacía brincar la máquina y me recordaba sus bofetadas y mi impotencia. Y también, ¿por qué no? Mi traición. No sé si a él o a todos.

Salió de su abstracción con un escalofrío.

Miró la imagen del Viejo ante su escritorio, sentado con actitud ausente. Casi lo escuchó dictando el testamento que incinerara.

Yo te conozco, dijo a la imagen. Te temí tanto que llegué a adivinar cada una de tus reacciones. Vos sabés también de mí y de mi prisa en crecer para enfrentarte. La intuiste antes que yo. Y como nos parecemos, debiste prever que encontraría tu testamento, destruyéndolo. Si soy la encarnación de lo diabólico, pensaste la posibilidad de que me anticipara a todos, frustrando tu última trampa.

La imagen bajó la cabeza, contemplando sus pulgares. Carlos veía la papada del Viejo volcándose sobre el pecho, aplastando el nudo de su corbata mientras el bigote escondía la dureza de la boca.

Alguna alternativa preparaste, dedicada especialmente, afirmó Carlos, convencido.

XV

El Viejo se sirvió una respetable copa de vodka, cortó un limón en gajos y se arrimó a su silla, donde se dejó caer.

Se sacó los zapatos y estirando las piernas, sintió un alivio inmenso. Chupó el limón, bebió un largo trago de vodka, echando hacia atrás cabeza y copa, como había aprendido en Ucrania, mirando a su padre beber con sus vecinos, todos enfundados en caftanes oscuros.

Sintió alcohol por las comisuras, y chasqueó la lengua contra el paladar, mientras el ardor del vodka le recorría la garganta hacia el sur.

Miró a su alrededor achicando los ojos. La casa estaba en penumbra, con restos de olor a sebo, segura rémora de los velones encendidos cuando el velatorio de Rosita. Ella había muerto y él estuvo ausente, a miles de kilómetros, del otro lado del mar

Ella quiso que me fuera, dijo. Incluso me animó a hacerlo. Si no, me hubiera quedado.

Había sido así y fue una suerte. Ser testigo de su muerte hubiera sido un trance amargo. Así fue mejor, pese a todo. Además, ¿qué de haberse quedado? Ella no reconocía a nadie en los últimos días, vividos a morfina. Y que moría era una certeza.

De todos modos, dolía el vacío. Apenas entró a la casa, lo espantó el silencio. La hija de Rosi había retirado hasta el último alfiler de su madre, dejando a pagar las facturas de médicos y entierro.

¡Cretina!, apostrofó. No fue capaz de gastar un centavo en su madre.

Pero todos ellos son así, se dijo vaciando la copa. Los traés desde la nada, los parás en el mundo con un nombre, una tradición, una historia y se cagan en eso. Y si te encuentran en su camino - y siempre te encuentran - también te cagan a vos. ¿O no es así, eh?

La fría imagen de su hija en Barcelona le volvió por un instante. Ella lo había mirado con ojos extraños. Lejanos y hasta asombrados. Como preguntándole a qué venía. Se esfumó Elsa y apareció el otro, con esa sonrisa estúpida en la cara.

Se incorporó para encender la estufa. Se frotó las manos y llenó nuevamente la copa.

Vamos llegando despacito al final, Vlad, comentó con tristeza. Están perdidas las ilusiones, esfumada la posibilidad de un milagro que trueque soledad por compañía. Me he quedado solo, lamentó. Huérfano, sin hijos, sin nietos y ahora, viudo sin papeles.

Deambuló por los cuartos. Miró la cama y extrañó la magra silueta de Rosi, consumida por el cáncer, esperando pacientemente su fin ante el televisor. Sabía que estaba condenada. ¡Pobre mujer!

Había sido una buena compañera, tenía que reconocerlo. Lo había acompañado como una sombra. Postergando deseos en función de caprichos. Fue la única que lo entendió. Dolía haberle fallado. Quiso que me fuera, repitió.

Sin embargo, cuando advirtió que claudicaba, le había entrado una urgencia incontenible. La muerte de Rosi marcaba también el final de un juego. No sabe de cuál. Pero que terminó, terminó.

Había preparado sus mejores galas para viajar. Retiró el dinero y compró travellers checks. Antes de ir al aeropuerto, la animó: cuando vuelva, estarás bien, Rosi. Te traeré una full-processor, y me prepararás tortas. Verás que sí. Ella lo había saludado con una sonrisa atontada. Cada vez le costaba más recuperarse de los remedios. Vivía medio dopada, pero aún así, agitó la mano en un adiós.

Cruzó el océano como quien va a buscar algo perdido. Que no encontró. Como tampoco a Elsa, que lo recibió con la calidez de un iceberg. Metí la pata con vos, había reconocido. Pero fue un instante nada más. Tenés que perdonarme ¿sabés?

Elsa no sabía. Lo miró como a un aparecido.

Son cosas que pasan, dijo el Viejo, por decir algo.

Elsa ofreció café, preguntó por Rosi y siguió con sus tareas. Entraba y salía de su casa, y él esperó pacientemente algo que no vino. Era un mueble más. Elsa servía la comida, se sentaba a su frente y comía en silencio. Nunca respondió a ninguna pregunta. Jamás siguió una conversación. Sos durísima, reprochó. ¿Te das cuenta que soy tu padre?

Elsa terminó de masticar su bocado. Me doy cuenta, contestó. A veces me asombra lo caradura que sos. ¿Necesitás de mí, no es cierto? Calor humano, una sonrisa ¿no?

Él asintió. Eso justamente.

No tengo nada para vos, papá, lamentó ella. Ni siquiera bronca. Todo murió la noche en que me cerraste la puerta en la cara. Allí necesité algo más que calor y sonrisas. Un poco de solidaridad, sólo eso. Pero cerraste la puerta y dijiste que no mezcláramos. Me vacié de vos, papá. No te puedo ofrecer nada, salvo una silla, una comida, ese tipo de cosas. Lo demás, no existe.

Se enojó al escucharla. Soy tu padre, ¿te das cuenta? No podés hablar así. Es monstruoso.

Todo lo nuestro lo es, se resignó Elsa. Vos serás mi padre, pero yo soy tu hija y me dejaste en la calle, a merced de ellos.

Fue un mal momento, hija, insistió. Te juro que no volverá a suceder jamás.

De eso estoy segura. Yo me encargaré de que así sea, prometió Elsa. Pero no me pidas inventar lo que no existe.

Se fue dando un portazo. ¡Te arrepentirás de tu crueldad!, advirtió. Ella estaba parada en su living, con los brazos sobre el pecho. Siempre me lamento de mi historia con vos, dijo.

Se había sentido espantosamente solo en Europa. Caminó sus ciudades como un extraño que era.

Tendría que haberme quedado con Rosi, se dijo. Con ella muriéndose, era imposible abrir el horizonte.

No debí hacerle caso, se reprochó volviendo a su asiento. Tendría que haberme quedado a esperar. Haciéndonos compañía, dándonos cuenta de que el tiempo se iba acabando. Mirándolo irse. Ahora es fácil comprender. Antes, imposible. Estaba el miedo. Rosi moría y estar aquí, sabiéndolo, era un suplicio. Y con ella, terminaba también una parte mía que nadie podía reemplazar.

Creyó que podía salvarse. Si ponía kilómetros entre el lecho de Rosi y él, todo cambiaría. Desaparecería el dolor, la enfermedad y la tristeza. Otras caras y paisajes ocuparían su lugar. Inyectando savia nueva. O una fantasía. O un renacer.

Pero fue inútil. Todo estaba demasiado instalado dentro suyo como para dejarlo lejos tan fácil. Una utopía. La enfermedad y la muerte de Rosi también le pertenecían de alguna manera, y la novedad lo sobresaltó. Adiós fantasías, nada de renaceres. Y Europa está carísima.

Tendría que haberme quedado, repitió. Pero por dentro, él se había ido antes que Rosi le diera luz verde. Ella supo lo que pasó. Comprendía o adivinaba. En cualquiera de los casos, pareció aceptarlo.

El asunto era cómo seguir. Andando. Levantándose todos los días para ver la casa vacía. Escuchando sus propios ruidos. No era bueno el panorama. Ahora que estoy lleno de años, no tengo a nadie. Antes estaba Rosi. Y antes que ella, hubo otras cosas. Mujer e hijos. Estaba mi fuerza y mi potencia. Sosteniéndome. Alentándome. Y el tiempo, que parecía tan inacabable como mi empuje.

No has tenido suerte, Vladimir, se dijo. Hemos arado en el mar y así estamos. Solos. Nunca creímos que llegarían estos días que se anticipan infiernos. No tendríamos que habernos ido. Debimos haber permanecido hasta el fin. Hubiera sido más fácil ahora. Yo podría mirarte mejor, Rosi. Acordarme de vos con más libertad, sin remordimiento. ¿Por qué te hice caso, Rosi? ¿Por qué me fui? ¿Por qué quisiste que me fuera, eh? Me privaste de estar junto a vos, en un momento tan importante de tu vida. Ahí siento que perdimos, Rosi. No tuvimos suerte, Vladimir. Concebimos hijos y fue peor que eyacular en la tierra.

Esta tierra. Es degenerada, Vladimir. Nada crece bien en ella. Por eso enfermó Rosi y también por eso estamos así. Cansados, Vlad. Sin la posibilidad de orgullecernos de un pasado y sin esperanza de un futuro. Negados por nuestra descendencia. Maldita, como todo esto.

No debí hacerte caso, Rosi. Tendría que haberme quedado hasta enterrarte. Quizás así me hubiera adueñado un poquito de esta tierra puta. Ahora es tarde y no estás.

Encontró la cabeza de telgopor que sostenía la peluca y la llevó al comedor, colocándola sobre la mesa. Llenó una vez más su copa y brindó a la salud de Rosi, presentando su copa. ¡Jarashó!, exclamó haciendo chasquear la lengua. Halló sus tijeras, sus cartas, sus pastillas, que puso alrededor de la cabeza. Es lo que ha quedado de vos, Rosi, lamentó. Lo que Marcela dejó por no serle valioso.

Son malos tiempos ¿sabés? Nada queda quieto ni firme. Se acabaron las ideas y las ambiciones. Aquéllas que nos trajeron hasta estas costas, creídos que podíamos burlar y dar vuelta a la suerte. No debí hacerte caso, Rosi querida. Tendría que haberme quedado con vos, esperando el final. Ahora es tarde y descubro mi soledad y el vacío de esta casa. Me pregunto en qué he pasado entretenido estos años. No encuentro respuesta. Lo que pude querer, se pudrió. Lo que ambicioné, no se dio. Lo que respeté, resultó corrompido. Lo que ignoré, terminó desconociéndome.

Aquí tendría que estar Carlos. Tendría que haberse llamado Pedro. Como El Grande. Pero fui débil y no insistí, conformándome porque de última, también era nombre de emperador. Pero un Hauburgo o un Austria no es igual a un Zar. Además, yo lo quería Pedro. Con Pedro hubiera sido distinto. Estaría a mi lado, para cuidarme. Con cariño. Con respeto. Sobre todo con respeto.

En cambio, Carlos. Un flojo. No parece de los nuestros, padre. Un juligan. Me acuerdo la última vez que lo vi. Llegaba de despedir a Elsa y me encontró en la puerta de su casa. Ni me dejó hablar. ¡Cómo me pudo insultar así! ¡A mi casa no entrás!, gritó, y unos vecinos miraron sorprendidos. Tuve vergüenza ajena. Dejame que te explique, pedí. Pero fue imposible. Parecía desatado.

Hablás como abogado de Elsa, dije entonces. ¡Qué te ofende lo que pudo pasar entre ella y yo! ¡Hablame por vos, no por tu hermana!

Eso lo frenó un instante. Quedó repitiendo bajito ¿por mí? ¿por mí?, asombrado. Sí, por vos, pedí.

Y estalló. No te quiero ver más, dijo suavemente. Hablábamos junto al cordón. De lejos, debía parecer una charla banal. ¿Entendés lo que te digo?, insistió. Te estuve soportando toda mi vida, Viejo. Esperando un gesto, una señal que nunca vino. Ahora estoy decidido: no espero nada de vos. Se terminó.

¿Un gesto? ¿Qué gesto? Algo que demuestre que yo, que nosotros te importamos, dijo. ¿Y no lo he demostrado? me enojé. ¿Cuántos años peleé contra tu madre? ¿Y el regalo de casamiento que te hice? ¿Y el dinero que te mandaba a la colimba? ¿Te parece que fue nada? La salud que tenés ¿quién te la dio? Pasa que sos un tipo ingrato, un desagradecido. Una porquería de tipo.

Andáte, dijo. No voy a discutir con vos. En realidad, no puedo.

Yo le avisé: Si me voy, no vuelvo, Carlos.

Es lo que quiero, dijo el mantequita poniéndose a llorar. Me resultás demasiado terrible... ¡Je! ¡Lloraba la basura! Un Strumerenko llorando, ¡habráse visto!

Me indignó verlo tan blando, sentado sobre el capot de un coche estacionado, con las manos en los bolsillos y lágrimas corriéndole por la cara. ¡Sé hombre alguna vez!, grité dándole un cachetazo. Creo que mi error fue tratarlo como cuando era chico. Reaccionó mal. Pegó un brinco y se vino encima mío, agarrándome del traje y estrujándolo con fuerza. ¡No me toqués que te mato! Lástima que no hubo testigos de esa amenaza. Vos me matás así, reproché desasiéndome. Sos indigno de mí, Carlos.

Huyó. Se metió en su casa sin decir mu, como un perro apaleado. Pedro hubiera sido distinto. Con Pedro yo también habría sido diferente.

Debo reconocer que soy ingenuo. Siempre lo fui. Quizás por eso todo no salió como yo quería. Debí haber sido más duro, Rosi. Más cruel, si se quiere. No tan permisivo. De haber sido así, no habría pasado lo que sucedió. ¿Qué fue lo que pasó? ¡Contestáme Rosi!, gritó a la cabeza del telgopor. ¿Qué fue lo que me hizo pensar que nada podía ser tan feroz como resultó? Por algo será que esta tierra es como es, Rosi. Por algo o por nada, pero no merecí engendrar un par de bichos. Tampoco merezco que te hayas ido, Rosi. Es de una crueldad supina todo esto.

Rosi: nunca lo he hecho en estos años. Era innecesario. Pero debo expresarlo aunque ya no estés. Yo te quiero, te necesito. No debí hacerte caso, ni irme a Europa. Tendría que haberme quedado y quizás no te hubieras muerto. En una de esas, te habrías dado cuenta de lo mucho que me importabas. Y no hubieras muerto, Rosi. Yo perdono tu muerte, y podría arriesgar que la comprendo. Pero la suerte me ha sido injusta. Yo merecía otra cosa. Hasta otra vida. Otro futuro. Así como suena. ¡Ridículo, no? Hablar de futuro cuando lo hemos consumido. Pero de eso se trata, justamente, Rosi. Que han pasado los años y el futuro mismo y no dije que te quiero. ¿Qué valor tiene ahora? ¿Cambiará tu decisión saberlo? La enfermedad también es egoísta, me doy cuenta. Te vuelca hacia adentro. Te aleja de los demás, de todos nosotros, de mí. Has dejado a tu Vladimir a la intemperie, Rosi. Aun así, él te perdona porque te quiere. Sí, te ama. Como a tus tijeras, a tus naipes, a tus pildoritas.

Acarició la suave calva de la cabeza de telgopor. Recorrió el fino perfil de la nariz, las cuencas vacías, su cuello de cisne.

Yo te extraño, Rosi. De alguna manera, fuiste cruel al alejarme. No debí permitirlo. Pero como te quiero, fui blando, Rosi. Hasta con vos he sido débil. De ser tan fuerte ¿eh? Son errores gruesos.

Tomó su cámara y fotografió la cabeza y los demás adminículos. Un último recuerdo, Rosi, murmuró como mendigando. Dame esta imagen de lo que quedó de vos. Lo que me dejaste, lo que nadie se llevó. A mí me resulta suficiente, Rosi.

Trastabillando, se acostó en la cama vestido. Le pareció enorme.

Saldría para Villa Giardino. No tenía alternativa.

XVI

Retomar la rutina era un trabajo pesado. Había que reconstruir el deambular por los tribunales, el trato con los clientes, los conocidos y los amigos, de forma de articular la muerte del Viejo con la cotidianeidad, haciendo que no chocaran entre sí.

Los primeros días de orfandad, anunció Carlos con un dejo de burla.

Insólitamente, el Viejo adquiría un protagonismo que antes careció. Presente en las divagaciones, en las charlas. ¿En qué consistía su duelo? No llegaba a darse cuenta. Recibía los pésames y condolencias con asombro.

Creía encontrar un tono de sorpresa en esos acercamientos. No imaginé que su padre vivía, confesó un cliente habitual. Carlos lo miró a través del escritorio. Vivía, sí.

Bermúdez lo observaba con aire compungido. Debió doler su muerte ¿no? Él hizo un gesto neutro, que el otro interpretó confirmatorio. No quiero joderlo con los recuerdos, tordo, pero a veces hace bien descargar.

Él asintió. Le obsequió una sonrisa. La muerte del padre siempre conmueve, dijo. Bermúdez cruzó el espacio que los separaba sobre el escritorio y le aferró el antebrazo.

¡Ánimo, mi viejo!

Carlos palmeó la mano que lo aprisionaba.

Defendía a Bermúdez en una causa por estafa y lo conocía en sus virtudes y canalladas. Sabía que, técnicamente hablando, era un delincuente que había defraudado a su amante. Sin embargo, no le importó. Se quedaba con el afecto del apretón.

La tarde se iba achicando a través del ventanal, iluminada por una entreluz, mitad solar, mitad eléctrica y los dos permanecían estáticos, en silencio, anudados con manos y brazos.

¡Lindo cuadro componemos!, pensó risueñamente Carlos. El estafador consolando a su defensor.

Sin embargo, se sentía acompañado por ese ladrón de confianzas.

¿Sabe qué es lo que más me confunde?, arriesgó tras una profunda aspiración. El otro lo interrogó con la mirada.

No sé qué siento, confesó Carlos, tirándose contra el respaldo de su sillón.

Encendieron cigarrillos y se quedaron mirando cómo las columnas de humo ascendían hacia el cielorraso.

¿Duele mucho?, apostó Bermúdez en un susurro respetuoso. Él respondió con un gruñido.

¿Todavía tiene a su viejo?

No, murió hace unos ocho años.

¿Cómo se llevaba con él?

Bermúdez lo atravesó con una mirada que se fue perdiendo tras la cortina o los recuerdos. ¡Qué se yo! Supongo que bien. Mi viejo, se ensoñó, era contador ¿sabe? Llevaba libros de algunos negocios, vivía bien. Era conocido en el pueblo, en el barrio. Se metió con los Leones. ¿Sabe de algo más zozco que ser un León? Es como pertenecer a un club de gastronomía sin cocinero. Pero en Junín lucía. Somos de ahí, donde el viejo era un personaje. Parte de las fuerzas vivas, rió. Estaba poco en casa y cuando eso ocurría, era un plomazo. Se creía importante. Buen tipo. Inofensivo, servicial. Pero muy estirado. ¡Si viera los despelotes en los que estoy metido, se muere de nuevo! Nunca terminé de conocerlo. Pero me dolió su muerte. La sentí.

Claro, concordó Carlos por decir algo.

Por eso me imagino cómo se siente.

No, no se lo imagina, aseguró Carlos. Rotundo.

El otro lo miró con sorpresa. ¿Y por qué no?

Hacía años que no lo veía, Bermúdez. Mi Viejo y yo estábamos distanciados.

Bermúdez silbó. Ahora entiendo un poco más. ¿Por qué se habían peleado?

Ya no tiene importancia, contestó Carlos, sacudiendo la pregunta con un ademán. Lo cierto es que no nos tratábamos. Durante estos años, supuse que en algún momento habría lugar para una charla que permitiera a cada uno decirle al otro lo que pensaba. Pero murió de improviso y cada uno se quedó con el rollo en el buche. Por eso no sé qué siento. A veces, sospecho que me duele más por mí que por él. Eso me jode.

Volvieron al silencio.

Tan extraño es esto, dijo Carlos quebrándolo, que me resultan raros los pésames. Me da la impresión que tendrían que dárselos a otro. Como no puedo andar haciendo aclaraciones, pongo cara de circunstancias, doy las gracias y aguanto que me soben un rato. Pero sólo estoy dejando el rostro. Yo me fui a cualquier parte. Cuando vuelvo, todo ha pasado, y siento que es como un chiste malo.

¿Por qué me cuenta esto, jefe?

No sé. Supongo que cayó justo. No me banco este show y necesité contárselo a alguien. Discúlpeme si lo cargué con un paquete.

No, si no me pesa. Me sorprende, más bien. ¿Sabe qué sucede?, sonrió. Hasta ahora, era yo el que venía con historias raras. Usted siempre estaba en regla, legal. Y de pronto, se descuelga con un bollo.

Quizás por eso se lo conté, apostó Carlos. A quien nunca tuvo una historia extraña, no hubiera podido decirle nada. Y en realidad, no conté demasiado.

Eso es cierto, dijo Bermúdez, levantándose. Pero resultó suficiente.

Por lo menos, para hacer un recreo, rió Carlos.

Lo acompañó hasta la puerta, despidiéndolo con un apretón de manos. Antes de salir, Bermúdez preguntó: ¿Le quedaron muchas cosas pendientes con él, tordo?

Negó con la cabeza. La muerte cancela las cuentas, dijo. El otro le dio la razón y se fue. Carlos lo escuchó subiendo al ascensor, y volvió a su despacho preguntándose qué quiso decir.

¿Cierra la muerte todas las cuentas? ¿Podría decir él, honestamente, que a partir de ahora, lo pasado pisado?

Sacudió la cabeza negando. Demasiados saldos pendientes entre los dos. No son fáciles de compensar.

Algo debe haber detrás de esto, que sólo me animo a balbucear el conflicto ante un estafador, dijo dejándose caer en un sillón.

Repasó a quién podía contarle la historia, incluyendo sus fantasías o sus trampas. A nadie, a muy pocos, resolvió. No es simple sentarse ante un tipo y decirle a bocajarro: murió mi Viejo, al que no veía hace años. Lo enterré donde murió y ni siquiera vi su cuerpo. Sé que ya no existe porque tengo un papel que lo dice. Encontré su testamento y como me desheredaba invocando fábulas que me costarían la vida, lo quemé. Por eso no sé lo que siento, y estoy tironeando entre el odio, la culpa y el dolor; tanto como por la sospecha que, detrás de ese dolor, puede existir también una sensación de goce, un regodeo por el odio y el dolor mismo.

¿Quién puede recibir un relato así y sostenerse? ¿O sostenerme? ... La Gallega, porque sabe quién soy y conoce los hechos. Una. ¿Quién más? ¿Podría alguna vez contarle esta historia a mis hijos? Quedó un instante suspendido en la duda. No sé, respondió. Por ahora, no los incluyo en la cuenta. ¿Quién más? La Vieja. No. Ya tuvo bastante... Elsa tampoco. Está lejos. Entonces..., el Kaiser. Dos.

Él podría escuchar y acompañarlo, se animó. Por algo eran iguales o, mejor que eso, compinches en andanzas y malandanzas. La comprensión era una moneda que siempre se recibía del otro y se tenían confianza ciega. Nos hemos absuelto de nuestros pecados de antemano, murmuró Carlos. Quizás porque los intuimos abundantes.

XVII

El Kaiser escuchó inmutable mientras sorbían un té en su estudio. De cuando en cuando interrumpía para una aclaración o un comentario.

Carlos largó su parrafada como si las cosas le hubieran ocurrido a otro. Le sonaron ajenas las palabras, los contenidos. Le faltaba la emoción, toda. Pero sabía que lo que transitaba bajo el relato era entendido.

¿No es raro que un tipo limpie una pileta de natación en invierno?, preguntó el Kaiser.

Carlos se detuvo en la idea. Sí, asintió. Es rarísimo. Hacía tres grados bajo cero. Pero estaba en el Viejo hacer esas cosas.

Veamos, propuso el Kaiser. Llega de Europa. A Elsa le dice que fue solo, porque Rosita estaba enferma de gripe o se había quebrado una pierna. Cualquiera cosa, bah. Vuelve y la encuentra muerta. La casa vacía. Lo único que queda de su mujer es la peluca y unas chucherías. Viaja a Córdoba, para alquilar su chalet. Llega un sábado a la mañana, trabaja como una mula limpiando una pileta que nadie iba a usar - es decir, que se seguiría ensuciando - y a la noche muere. Es antinatural, concluyó. No tiene lógica.

No la tendrá, pero fue así, se encrespó Carlos. Llegó de Europa y fue directo a su casa. Desconocía que ella había muerto. Marcela no le avisó. Le había comprado una batidora multiproceso en el free-shop de Barajas. La encontré intacta, embalada como se la dieron. Estuvo aquí unos días antes de irse a Córdoba. Los suficientes para sacarle fotos a una cabeza de telgopor, a tijeras y pastillas, y mandarlas revelar...

Unos días. ¿Cuántos, Carlos? ¿Uno, tres, cuatro?

Eso no sé. Debieron ser pocos, sin embargo. No creo que sea importante.

Podría serlo, dijo el Kaiser. ¿Te imaginás lo que debió ser ese departamento? Tu Viejo a solas con sus recuerdos, sabiendo que había huido de Rosita para no mancarle su agonía. Le tiene que haber dado culpa. Y, además, ustedes. Se tuvo que acordar de cuando negó la casa a Elsa, de cuando te distanciaste. Se debió sentir como el culo.

De haber sido así, seguro que se sintió mal, coincidió Carlos. Resta saber si era capaz de sentir remordimientos por algo.

En una de éstas, recortó las propagandas de armas de los diarios en la fantasía de pegarse un tiro, arriesgó el Kaiser.

No era de los que se suicidan, negó Carlos. Más bien, creo que lo de las armas tenía que ver más conmigo, con sus ganas de matarme.

Esa es tu fantasía, enfatizó el Kaiser acercándose a la ventana. Yo no estaría tan seguro. Tomó el borde de la cortina con dos dedos y los deslizó hasta emproljar el pliegue. Somos abogados, recordó. Es decir, casi humanos. Sabemos que existen nexos de casualidad en la conducta de la gente. Los vemos a diario ¿no?

Permaneció pensativo. Creo que tu Viejo se mató porque quería morir. A propósito, dictaminó. Sabía que lo que estaba haciendo lo mandaba al hoyo.

Carlos lo miró atónito. ¿Se mató? ¿El Viejo, matarse? Se recostó sobre el brazal de uno de los descangallados sillones del Kaiser y jugó con la posibilidad.

Pensó un poco, sugirió el Kaiser con tono persuasivo. ¿Qué sentido tenía limpiar una pileta de natación en pleno invierno? Ninguno. La única justificación co-he-ren-te de ese trabajo, es el deseo de matarse. Pudo haber sido implícito. No cambia las cosas. Lo que importa es el resultado buscado. Yo creo que tuvo esa intención. Se debía sentir para la mierda.

Pero en ese caso ¿qué papel juega el testamento?

A ver tu versión, pidió el otro.

Yo creo, titubeó. ¡Oh, es demasiado terrible!

Largálo, hombre, que sólo es una creencia, lo animó.

Mirá, dijo Carlos, creo que el Viejo me odiaba. Tengo la idea de que esas armas, las propagandas, las balas, eran un acopio que me tenían como destinatario. Lisa y llanamente, soñó con liquidarme. No pudo. No le dio el cuero o el tiempo. Pero quedaron sus ganas. Y por eso el testamento. Que es una denuncia policial. Parapolicial, mejor dicho. Que es también, una manera de acabar conmigo. Si se mató, pensó que le seguiría pronto.

El Kaiser rumió la posibilidad. El testamento no es actual, recordó. Lo escribió años atrás y seguramente influenciado. Para eso, le debieron hacer el coco. Captación de herencia, le dicen. Bueno, que se hubiera querido matar no significa que te quisiera mejor. Pero coincidamos en que el testamento era anterior a la enfermedad de Rosita, o por lo menos a su muerte, ya que no tiene sentido designar heredero a un fiambre.

Entonces, son cosas distintas, alejadas entre sí, continuó. La muerte de tu Viejo, por un lado. La encontró como resultado de su huida. De ser cierto, se mató por remordimientos ante el fantasma de su mujer. Por otro lado, antes, mucho antes, había planeado tu desaparición para cuando muriera. Ahí sí, ¿ves? Escribe un testamento, lo infla, lo adereza y lo guarda como un reaseguro contra Elsa y vos. Con ese testamento, leído por quien ya sabés, tendrías grandes posibilidades de ser boleta. ¡Lo que son las cosas! Estoy seguro de que ni se acordó de él cuando decidió matarse. Caso contrario, hubiera designado a otro heredero, al haber muerto Rosita.

Se acordaba, aseguró Carlos. Lo que pasa es que no le interesó cambiarlo. Así servía igual para sus fines. Es más, creo que de haber sido otra nuestra relación, no se hubiera matado o muerto. Seguiría vivo ¿entendés?

¿Estás diciendo que murió por tu culpa? ¿Por vos? se asombró el Kaiser. ¡Estás chiflado, nene! Estoy convencido de que a tu Viejo le importabas un reverendo sorete y después de haber testado, no se preocupó más de vos.

Es otra posibilidad, especuló Carlos. Pero te cuento la que siento más probable.

Porque estás delirado, sentenció el Kaiser.

Tomó la copia del testamento y releyó para sí.

Es nulo de pies a cabeza, dijo por encima de los lentes. Con esto no deshereda a nadie. Es decir: a pesar de este papel, cualquier juez los declarará a ustedes herederos, por más que Leiva y Vignola rebuznen lo que quieran, ¿sabías, no?

Claro que lo sé, exclamó Carlos. Pero el problema no es ése. Lo que me preocupa y ofende es su carácter extrajudicial, por decirlo de alguna forma. Él se aseguró que llegue al conocimiento de los milicos. Incluso en un juicio que terminara declarando la nulidad de todo, el Hospital Militar sería parte interesada. Kaiser, - dijo serio - aquí la cuestión es de hecho, no de derecho.

Eso es cierto, reconoció el otro. Menos mal que lo pudiste encontrar. Pero deberás tener cuidado, concluyo tirando el papel sobre el escritorio.

¿Por qué? ¿Se te ocurre algo en especial?

¡Ajá!, asintió el Kaiser, golpeando el cristal de la ventana con los dedos. La gente suele ser repetitiva. Tu Viejo debió dejar copia del testamento. Y creo suponer donde puede estar.

¿Una copia?, se espantó Carlos. Ya hubiera aparecido ¿no te parece? Alguien habría venido con ese ejemplar. Para negociar, para chantajear, qué se yo.

No, dijo el Kaiser. Tu Viejo no debió confiar a nadie una cosa así. Si los quiso joder, lo pensó en detalle. Si alguien tuviera una copia, podrías negociar con él. Vos lo dijiste. Máxime si supo que ese testamento no valía un belín. No. Debió asegurarse que no podrías negociar y que nadie podría chantajearte. Toda extorsión supone un arreglo. Oscuro, clandestino, pero arreglo al fin y al cabo. Que era lo que no quería. Sobre todo, sabiéndote boga. La copia debe estar allí donde nadie te puede hacer víctima de un chantaje ni participe de una transa. Tiene que estar en un lugar que asegurase que tendrías que vértelas "con las fuerzas morales de nuestro país", ¿entendés? Si esa copia existe - y me juego las bolas que sí - ¿sabés dónde está?

Carlos lo miró, y al verlo se dio cuenta. ¡La caja!, gritó. ¡Debe estar en la caja de seguridad! ¡En el Banco!

El Kaiser asintió con satisfacción intelectual. ¡Elemental, Watson! Sólo podrás abrirla con una orden judicial. Hasta entonces, es intocable. Y sacada a la luz, es inocultable. ¡Pavada de quilombo te espera, hermanito!

Carlos plegó la copia y guardándola en el bolsillo, preguntó: ¿Vos qué harías?

El Kaiser suspiró fuerte. ¿Hay mucha plata en juego?

Creo que nada, aventuró Carlos. El departamento tiene una hipoteca tan grande que no la cubre. El chalet no vale gran cosa. Y no hay nada más. Salvo que en esa maldita caja encuentre valores. Supongo que eso es todo.

Entonces, no sé qué haría. Dejar las cosas así no es prudente, aunque sería un camino. Que pase el tiempo también tiene sus riesgos. Lamentablemente, no lo sé - confesó -. Para tanto no me da la cabeza. Esa copia puede estar o no. Yo la puedo fantasear, pero llevo hasta allí.

Que no es poco, lo animó Carlos, despidiéndose con un abrazo.

Muchas veces no es suficiente, contestó el Kaiser.

XVIII

El sábado fue al departamento, a desgano. Imaginaba el olor a encierro de las piezas y el rastro helado del tabaco que quemó en sus estadas anteriores.

Y la luz. O su falta.

Resaltando en sombras los recuerdos, ocultando los fantasmas.

Y la luz.

Entrando a raudales por las ventanas que abría no bien llegaba. Violando con su contundencia esos ámbitos siempre extraños; encontrando las heridas de los empapelados, las calvicies de las alfombras y felpudos, los rayones de los muebles.

La luz desvestía lo que la penumbra insinuaba, con lo que nada se volvía mejor. Perdida la posibilidad que habita el misterio, surgía la mugre. Era un inventario deprimente.

Pero tenía que retornar. La portera lo estaría esperando para vaciar la casa. La ansiedad de ella lo empujaba.

Cuando llegó al edificio, comprobó que era aguardado. Creíamos que no vendría temprano, lo saludaron.

Lo prometido es deuda, sonrió.

Abrió la puerta, sintiendo sobre su hombro la mirada de la mujer curioseando el interior. Los fardos de ropa se esparcían por la sala, interrumpiendo el paso. Más allá, columnatas de papeles, libros y revistas, se apoyaban malamente contra las paredes en equilibrio precario. Sin hablar demasiado, comenzaron a sacar los bultos al palier. Deje todo aquí, que con mi marido después lo retiraremos, organizó la encargada.

Así lo hicieron. Pronto quedó el espacio posible totalmente cubierto. La portera lo despejó con ayuda del ascensor, que al bajar parecía hundirse en las entrañas de la tierra, llevándose los pertrechos del Viejo, despersonalizándolos con el cambio de altura.

El departamento no mejoraba. Como un arcón inagotable, seguía largando sus contenidos. Descolgó los cuadros y tampoco cambió el entorno. Más bien, se deprimió. Cada cuadro dejaba sobre la pared la huella de su perímetro, limitando un retazo de pintura más clara, un viejo clavo y la impronta del gancho o del alambre que había estado sosteniéndolo. Como enmarcando ausencias, que se multiplicaban en un espejo azul y percutido.

Los placares vomitaban sus bagajes adentro de grandes bolsas negras de polietileno, de las usadas para los residuos consorciales. Trapos amarillos y perfumados pasaban a convivir con jabones nuevos, negativos de películas y frasquitos sospechosos. Corbatas con

cepillos, botones con caramelos, revistas con remedios. Múltiples objetos desconocidos, algunos de respetables dimensiones o de peso llamativo. Focos de fotografía, repuestos de coches inexistentes, latas de pintura seca.

Carlos intentó registrar el valor, utilidad o destino de aquello que se iba. Tarea de titanes que estaban de franco.

Un dominó incompleto se fue con viejos discos de los "Mackee Max". Álbumes de pesadas placas de 78 rpm se encimaron sobre colecciones impares de "Mecánica Popular" y "Life en Español". Ollas, platos y tenedores. Maderas. Clavos. Bulones. Papeles. Grandes, medianos y pequeños. Sueltos o encuadernados. Ahí se fueron.

El trabajo se presentaba interminable. Carlos quería parar, pero los porteros lo animaron: ¡Vamos, dele! ¡No afloje, que falta poco!

Mentira. Era un tiempo inmensurable el que restaba. Podría ser equivalente al que se había necesitado para juntar todo eso. Una vida, por ejemplo. Dedicada a vaciar la casa del Viejo. A desocuparla para otras cosas, que en su momento también serían sacadas, con tanta velocidad como éstas.

Los porteros trajinaron febrilmente. Se abalanzaban sobre los bultos, transpirados por el esfuerzo de ir y volver con el ascensor, en un sube y baja sin fin.

Como hormigas, iban y venían sin hablar, brillantes los ojos, los labios resecos que remojaban de tanto en tanto con sus lenguas. Se los veía excitados, adueñándose de informes masas y volúmenes de desconocido valor, con la codicia y el morbo de saber su procedencia funeraria.

Para un pobre todo viene bien, dijo la encargada en un respiro. Él asintió con un gesto, mientras se sentaba en un taburete. Encendiendo un cigarrillo, optó por mirar a su alrededor en silencio.

El vaciamiento levantaba polvareda. Los rayos de luz filtrados desde las ventanas permitían ver partículas de polvo suspendidas en el aire. De cuando en cuando, la luz les arrancaba algún resplandor dorado, metálico. Más pequeño que una gotita. Brillaba un segundo y descendía lentamente sobre los cachivaches. El humo de su cigarrillo se entrometía en esas columnas etéreas, para hacerlas bambolear entre sus volteretas enruladas.

Incorporándose, abrió otro placar y dejó que sus cosas salieran. Primero fueron botellas de bebidas. Ginebra, Peppermint, Bitter, Fernet, Vermouth, Vodka. Algunas mediadas, otras llenas. Luego apareció una cajita de madera cerrada con llave. Trató de abrirla y le resultó imposible. Buscó un destornillador y un martillo y con ellos, golpeó hasta destrozarla. De sus restos, rescató una llave plana, que imaginó de la caja de seguridad. La guardó en su bolsillo y siguió hurgando en los estantes.

Encontró un viejo Libro de Actas del consorcio, tres biblioratos de comprobantes de gastos y una carpeta de correspondencia. Estaba hojeándola cuando un papel atrajo su atención. Era un texto en copia carbónica, pero con firma original del Viejo. Acercándolo, se dio cuenta que era un borrador del testamento, de fecha anterior, 1978. Con parsimonia, lo guardó junto a la llave; mientras repasaba los restantes papeles más cuidadosamente.

Es decir que el tema venía de antes, pensó. Desde el '78, el Viejo había comenzado a tejer su tela. Los cambios que había entre éste y el definitivo, según pudo comprobar a ojo, eran sólo de estilo. El último era más dramático. Pero el significado era idéntico y posiblemente igual sucedió con la intención.

Se inquietó. El papel era una copia carbónica. ¿Dónde estaba su original? Miró las pilas de papeles embolsadas que iban desapareciendo por el ascensor, y se le ocurrió que todas contenían transcripciones del testamento. Se acordó del Kaiser y de su premonición y sintió que la amenaza iba más allá todavía. Alguien puede tener una copia de esta turrada, se dijo.

¿Adolfo? ¿Marcela? Los descartó. Me la hubieran traído, con gestos de pesar, con una solidaridad trucha, sabedores que era el resto de un beneficio esfumado. Quizás con ganas de bolichear.

¿Slobi Reij, el albacea? Menos todavía. No lo veía depositario de ningún documento. Quedaban entonces, dos posibilidades. Rosita era una. Estaba muerta. Otra: el cesto de papeles. El Viejo podría haberlo destruido cuando escribió el último. Podría ser.

Se representó la escena. El Viejo, con aire faunescos, redactando ese primer testamento mientras Rosita, aún sana, trasteaba por la casa. Desde el televisor, la voz pastosa de Gómez Fuentes estaría dando las noticias del día. El ministro de Economía era reportado por enésima vez, y con su modulada expresión de egresado de Eton explicaba los beneficios de su plan económico. *Que no es el mío*, decía con humildad, *sino de las Fuerzas Armadas*. Y el Viejo, presionando el papel para que salga legible la copia carbónica, escribía su anteúltima voluntad.

Gómez Fuentes seguiría su programa, recordando quizás el combate de Margarita Belén. *Para que en este país de amnésicos no cunda el olvido*, diría mirando ceñudamente a cámara, intentando taladrar con sus ojos las pantallas y sacudir tanta desmemoria, *...de las fuerzas morales de nuestro país...*, escribía el Viejo. La pantalla mostraría en aquel momento la augusta imagen del general Presidente diciendo que *los vencedores no dan explicaciones*. El Viejo Strumer puso entonces que sus hijos *constituyen una muestra más del extravío al que ha llegado la juventud*. Y cuando el periodista leyera los resultados de los partidos de fútbol jugados por la Selección Nacional (*Mentalizada en el triunfo y*

cumplimentando el anhelo colectivo), el Viejo dispondría la donación de sus bienes al Hospital Militar.

Habría leído el texto a Rosita, que debió aplaudir con entusiasmo. Lo firmó ante ella, y para ratificar su decisión indoblegable, suscribió también la copia carbónica. Rosita debió besarlo, y se fundieron en un abrazo, excitados por el acto purificadorio realizado. Quizás terminaron abotonándose sobre el sofá del comedor al imperio de la prisa, mientras desde el televisor se proyectaba un display celeste enfatizando que *Los argentinos somos derechos y humanos*.

Volviendo de tanta ilusión de gloria, Carlos decidió que debía irse. Mire que quedan cosas, avisó la portera. Otro día seguimos, dijo levantándose. Fue allí que el encargado notó la existencia del banquito donde había estado sentado. ¿Le sirve?, preguntó.

Cuando llegó a la planta baja, vio un increíble montón de cachivaches embolsados; aguardando la selección de los porteros. El conjunto impresionaba por su magnitud y deprimía por su marchita heterogeneidad.

Esto es parte del legado, se dijo al salir. Lo más parecido a una pirámide inservible. Y como tal, viene con maldición incluida.

XIX

El Kaiser puso la botella pico abajo. La gota se deslizó por la curva de la embocadura, arribó sin accidentes al gollete y terminó zambulléndose en el vaso. El Kaiser agitó el envase con desilusión y, dejándolo sobre el mantel, murmuró: Esto se acabó, hermanito. Quedó mirándolo con una mezcla de somnolencia y de interés alcoholizado.

La velada se estaba prolongando demasiado. Marta ya se había retirado entre indisimulados bostezos. Los mellizos dormían hacía rato.

Tendría que irme ¿no?, preguntó el Kaiser en voz baja.

Carlos se encogió de hombros. Da igual, mi viejo, es tardísimo, pero si querés, quedáte.

¿Tenés más vino?

Debe quedar en algún lado, pronosticó Carlos yendo a la cocina. Hurgó entre placares y alacenas, corrió ollas y tarros y finalmente, reapareció con un Vasco Viejo.

Entonces, me quedo, concedió el Kaiser.

Se acomodaron en los sillones junto al balcón, dejando abierto el ventanal para que entre el aire de la noche y los despeje, limpiando también el pesado tufo a tabaco que flotaba en la habitación. Llenaron los vasos, bajaron las luces, y en una semipenumbra que quería ser cálida pese al invierno, se quedaron mirando la calle, vacía y mal iluminada, desparramándose a sus pies.

¡Qué largo se hace este invierno!, susurró el Kaiser. ¿A vos, no?

No sé, contestó Carlos. A mí se me hace más bien frío.

Sos un imbécil, sentenció el otro.

Habían cenado juntos. Cosa rara en el Kaiser, estuvo jugando con los chicos, ayudándolos a comer. Después sintonizaron la radio en FM para tener música.

Fue entonces que la emisora entró en cadena con Radio Nacional, y durante un rato, escucharon en estéreo un denominado *Documento Final de las Fuerzas Armadas*, que pretendía ser la explicación de los militares sobre los desaparecidos. Como estatuas, oían las palabras moduladas con voz contrita y solemne por un locutor, diciendo que "la Fuerzas Armadas asumen la responsabilidad histórica que les compete frente a la Nación ... en la adopción de las decisiones que materializaron el ataque frontal, decisivo y victorioso contra la subversión y el terrorismo ... Los procedimientos empleados fueron inéditos y ... en ese marco apocalíptico se cometieron errores que pudieron traspasar a veces los límites del respeto a los derechos fundamentales. Tales errores, de haber existido, quedan sujetos al juicio de Dios y a la comprensión de los hombres ... En consecuencia, debe quedar

definitivamente claro que quienes figuran en nóminas de desaparecidos y que no se encuentran exiliados o en la clandestinidad, a los efectos jurídicos y administrativos se consideran muertos, aun cuando no pueda precisarse la causa y oportunidad del eventual suceso ni la ubicación de sus sepulturas...”

El Kaiser se había incorporado de un salto, y a grandes trancos llegó hasta la radio, apagándola con violencia. Se quedaron todos sorprendidos, mirándose en medio de un silencio que dolía. ¿Querían seguir escuchando?, preguntó con tono de disculpa.

No, dijo Marta. Dejá. Los chicos tienen que irse a dormir. Mejor así.

Habían estado bebiendo. Las luces de la habitación acentuaban la blancura de la cara del Kaiser, sus ojos empañados por el vino o por los recuerdos, que lo movían a beber una y otra vez. Hasta que quedaron solos. Dos hombres en silencio, acompañándose en un tránsito sin rumbo.

El Kaiser retornó de donde estuvo ensoñado, prendiendo su enésimo cigarrillo. ¿Los escuchaste? La brasa temblaba acompañando las palabras.

¿Qué cosa, a quién?, se sorprendió Carlos.

A ésos, dijo el Kaiser señalando la radio. A los milicos... ¡Nunca vi tanta canallada! ¡Jamás imaginé tamaña perversión! Sacó el humo con fuerza, mientras amasaba el vaso con sus manos huesudas.

Yo nunca estuve en política, confió con una sonrisa triste. Nunca me interesó. Pero esto me saca de quicio. Me envenena.

La súbita ronquera y el ruidoso sonar de mocos hizo que lo mirara con atención. Un pañuelo que podía ser blanco brillaba en la penumbra sobre los ojos del Kaiser.

Es curioso, murmuró éste. Hace años que nos conocemos ¿no? ¿Cuántos serán, Carlos? Si sumamos los de la facultad a los de profesión, son un montón. Y, sin embargo, hay cosas que nunca te conté.

Salió al balcón, acodándose en la baranda. Soplaban un vientecito frío y el cielo se veía estrellado. Carlos se ubicó a su lado.

Cuando me recibí, conocí una mina, contó el Kaiser. Era de la Facultad. Ayudante en la cátedra de Navegación. Se llama, se llamaba Liliana. Casada con un jetón de la Juventud Peronista. Un error que no se animaba enmendar. Me metí con ella hasta el cogote. Anduvimos cerca de un año. ¡Dichoso '75! En vez de quedarme en el estudio, esperando que cayera un cliente, o rascándome los huevos, me rajaba dos o tres veces por semana para juntarme con ella. A escondidas. Teníamos que cuidarnos del marido, de los amigos, de los conocidos. De todo el mundo. ¡Tan luego yo, un solitario! ¿Raro, no? Pero era la pura verdad. Esa mujer que no era mía ni soñaba serlo, me hizo sentir lo que ninguna otra. Un día, una tarde mejor dicho, estábamos en un hotel. Ella se peinaba, ya

para irnos. Entonces me dijo que tenía un atraso de dos meses. Lloró la pobre. De emoción. No sabía si era mío o del quía. La cuestión no le afligía demasiado, ya que cualquiera de las posibilidades le era grata. Yo soñé que ese chico era mío. Saqué cuentas como una comadrona y resultaba posible. Ella tampoco lo desmintió. Y esa duda resultó suficiente confirmación de mi paternidad. Compartida o no, pero paternidad al fin. Andaba sobre nubes... Fue la última vez que la vi, dijo con voz oscura.

¿Te largó?

¡No!, gritó el Kaiser. Fue víctima de esos métodos que estos hijos de puta llaman inéditos... "un eventual error quizás cometido en un marco apocalíptico..." ¿No los oíste?

La chuparon. Cayeron por su casa de madrugada. Reventaron la puerta a patadas y la sacaron con su pareja, encapuchados. De paso, robaron hasta las paredes. Lo que no pudieron llevarse, lo destrozaron, y como quien no quiere la cosa, ahorcaron al gato. Me enteré tarde. No vino a la cita que teníamos hecha. A los diez o quince días, cuando ya andaba loquísimo, me encontré en la calle con un amigo de ella. ¿Y Liliana?, le pregunté. El tipo tenía un terror fenomenal. Me miraba como si yo fuera un poseído. No quería hablar. Soy amigo, expliqué. Contame qué pasó, dónde está. ¿De qué Liliana me hablás? De Liliana Moreno. ¡Ah!, exclamó el punto. No sé nada. Pero me dio la dirección de la madre. Preguntá allí. Ella sabrá.

Hacía frío, pero el Kaiser transpiraba. Dio unas pitadas nerviosas y tiró el pucho a la calle.

Fui a casa de la madre. Soy amigo de Liliana, de la Facultad, dije. La mujer me miró de arriba abajo. Nunca me habló de vos, advirtió. Puede ser. Pero aún así, quisiera saber qué le pasa. Tengo que verla, señora, pedí. Ahí me volvió a mirar, y algo debió verme que la ablandó y largándose a llorar, exclamó: La secuestraron, hijo. A ella y al marido. No sabemos nada de ellos. Nadie sabe, gritaba la mujer desesperada. Nadie quiere saber nada. Yo estaba de piedra, escuchando los detalles. ¿Para qué te los repito? Se la habían llevado y con ella también a mi hijo o a mi medio hijo, y nadie sabía adónde ni para qué. Fui a ver a mi tío. Él podrá hacer algo, me dije. Recién lo habían ascendido y estrenaba un sol de general en sus hombreras. Le conté la historia. De pé a pá. ¿Y qué carajo querés?, preguntó. Que la busques y la encuentres, pedí. Tenés que hacer algo. Tenés que salvarla. Eso no puedo, pero veré qué averiguo, me prometió.

Le rompí las bolas todos los días. Lo iba a ver al Comando. Lo llamé infinidad de veces por teléfono. Estoy averiguando, decía. Tené paciencia. Así pasaron los días que se hicieron semanas. El tío prácticamente se esfumó. Vino Navidad y yo sabía que nos veríamos. En cuanto me vio, me llamó aparte. Olvidáte de esa mina, dijo. No puedo, tío. Tenés que poder. Tomalo como una orden o como un ruego, pidió. Esa tipa es

contaminante. Si te conectan con ella, sos boleta. ¿Está muerta?, pregunté. ¿Ustedes la mataron? No te lo puedo decir, no estoy autorizado.

¿Te das cuenta, Carlos? No estoy autorizado, me dijo.

Pero Liliana apareció. Ocho meses después del secuestro, lo sorprendió el Kaiser tras una pausa. El 12 de mayo de 1977 hacia las dos de la mañana, un coche paró en Campichuelo y Díaz Vélez. En esa época, allí había un monumento al policía caído en la lucha contra la subversión o algo así. Sacaron a una mina del coche. La sacaron viva, Carlos. La tiraron al pie del monumento y ahí nomás la ametrallaron y se fueron. Al día siguiente, los diarios informaron que en un enfrentamiento entre guerrilleros y soldados, había muerto en combate la subversiva Liliana Moreno... Me volví loco.

Anduve por el barrio, preguntando a los vecinos cómo había sido la cosa. Nadie había visto ni oído nada. La gente me miraba con desconfianza. Tanto, que me rajé por miedo a que me delaten. ¡Lo que son las cosas! Me metí en el Parque Centenario, que está justo enfrente del lugar donde había pasado todo. Andaba dando vueltas, cuando un croto se acerca y me pide un faso. Se lo doy. Me pide fuego. Se lo doy. Le enciendo el cigarrillo y le pregunto: ¿Vio lo de ayer? ¿Qué cosa? Lo de la piba que mataron. El tipo me miró. ¿De la cana?, pregunto resignado. No, viejo. Era una amiga de la facultad. Entonces me contó.

Lo había visto desde el principio. Todavía estoy temblando, jefe, decía. Tengo miedo de que me hayan junado. Le di unos mangos y lo dejé. Seguí averiguando. Mejor dicho, quise averiguar, pero no tenía por dónde. Tenemos un pacto de sangre que no voy a violar por tu calentura, dijo mi tío. Así que tomátelas y calláte la boca, no sea que vos también pierdas...

Volví a lo de la madre. La vieja estaba destrozada. Liliana, según la autopsia, había tenido un parto reciente. Esto significa que la tuvieron guardada hasta que dio a luz y después la mataron. Del bebé, ni noticias. Se dice que los regalaban a los milicos que no podían tener hijos. De donde resulta que no sólo mataron a mi mina, sino que también me robaron al hijo. Y encima, me tuve que comer todo esto en silencio porque se trataba de un caso contaminante. Y como el nuestro era un amor en orsay, tampoco podía blanquearlo...

Hubieras podido, dijo Carlos apretándole un hombro. Sabés que conmigo no cambiaba la cosa.

Puede ser que con vos no, reconoció el otro. Pero cuando al comienzo de esta pesadilla hablé con algunos, terminaron dándome el mismo consejo que mi tío. Que la olvide, que sino, yo podía perder.

Eso fue terrible, recordó el Kaiser. Descubrí que la gente de mi mismo rebaño terminó coincidiendo con los consejos del lobo. Me di cuenta que ellos habían actuado a

pedido o con el consentimiento de muchos. Y ahora, ahí los tenés. Se remiten al juicio de Dios y a la comprensión de los hombres. Es decir, nos cagan una vez más. Y somos tan cerdos que lo preferimos si es el precio de olvidar nuestra complicidad en la matanza.

No te apresurés, aconsejó Carlos. No sabés qué puede pasar.

Hablo con la sabiduría del borracho, dijo el Kaiser. Acordate, hermano, que lo que te anuncio va a suceder. Indefectiblemente. Porque estamos podridos. Hasta el tuétano. Estamos putrefactos, repitió sollozando. No creas que soy mejor por decirlo, hipó. Cuando mataron a Liliana, le conté a su vieja lo que hubo entre nosotros. Me pareció que lo suponía ya. En ese entonces, ver a esa vieja me hacía bien. Nos juntábamos en su cocina a recordar. Me mostraba fotos de Lili, de cuando era una beba, de su primera comunión, del casorio, de cuando fue a Bariloche en viaje de egresadas. Mirándolas, llorábamos juntos. Era un alivio. Cada vez que la nombrábamos, vivía. Sabíamos que era mentira. La vieja la había visto, cortado el cuerpo a balazos y por la autopsia. Pero no importaba. Hablando de ella, volvía a estar viva, tomando mate con nosotros en la cocina. Hasta que una noche fui a su casa. Estaba por estacionar, cuando vi que habían pintado el frente con aerosol. *Aquí vive la madre de una terrorista*, decía la pintada. Me pareció que había un tipo en la esquina marcando la casa. Y tuve miedo, Carlos. Miedo que me identifiquen. Que me relacionaran con ella. Que me contamine, como dijo el hijo de puta de mi tío. Miedo a perder. Entonces, en vez de estacionar y ver a la vieja para acompañarla en su miedo o para ofrecerme a tapar la infamia que le habían escrito en la puerta, preferí salir a los pedos para perderme en la primera esquina. Cagado de miedo.

Nunca volví a verla -confesó con voz queda-. La vergüenza que sentí por esa huida me lo impidió. Con lo que me condené a una soledad más espantosa.

Por eso digo que soy como todos, gritó, alzando los brazos y abriéndolos para abarcar la ciudad. ¡Canalla como todos los que habitamos este suelo, invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia! ¡Culpable y satisfecho de mi condición! ¡Que nadie ose remover los osarios sobre los que se asienta nuestra hidalguía, Carlitos porque se encontrará - ¿cómo decía tu Viejo? - con las fuerzas morales de la nación!

Lo metió adentro del living, tanto por compasión como por prudencia. Vas a despertar al barrio, advirtió.

Jamás despertaremos, hermano, gimió el Kaiser. ¿No te das cuenta que siempre preferiremos seguir en babia?

Entonces lo abrazó fuerte. Le hizo apoyar la cabeza en su hombro y se la acarició. Quedáte tranquilo, por favor, rogó. No te revuelques en el horror.

El Kaiser quedó un momento recostado en el abrazo y comenzó a sacudirse como quien necesita sacarse una piedra pegada al pecho. Abría la boca, se tomaba el esternón

mientras le iba saliendo un gemido profundo y ascendente que lo hizo doblarse hasta terminar en un largo llanto.

Después, tras sonarse los mocos, se recostó en el sillón y, tendiéndole la copa, pidió más vino.

XX

Marta estaba inquieta. Desde que Carlos había insinuado la posible existencia de un ejemplar del testamento en la caja de seguridad, los días habían perdido el ritmo de antaño para adquirir uno nuevo, indefinido y desasosegado.

Repasaba los detalles, las probabilidades. Tenía miedo. Mirando a los mellizos, sentía que lo que había podido hacer y sobrevivir corría peligro.

¿Y si dejás todo como está?, arriesgó.

Carlos la miró desde el otro lado de la mesa, levantando la cabeza del plato. Su vieja costumbre de tomar la sopa inclinándose repetía un ritual antiguo, quizás infantil.

¿Qué es dejar todo como está?, preguntó.

Eso. No hacer nada. No abrir la caja, olvidarnos del departamento.

No puedo, suspiró él. Sabés que no puedo. Lo acentuó con un gesto. Si el testamento está en la caja, tengo que sacarlo de allí. Si no, será el Banco el que lo haga cuando venza el alquiler.

Podés pagarlo y dejar las cosas así.

Es absurdo. No voy a pagar un alquiler para evitar que aparezca un papel que no sé si existe. Sería pasarme la vida preocupado por impedir la vuelta de un fantasma, o continuar al Viejo. No me ataré a su locura.

Pero sabés qué sucederá si aparece.

La verdad es que no lo sé. Supongo que se armará despelote. Tendré que litigar para que se declare que es nulo. Probar las mentiras del Viejo. Insólito ¿no te parece? Tendrá que venir Marcela a testimoniar. También su esposo. Un quilombo.

No me interesa tanto la cosa judicial como las consecuencias de otro tipo, dijo la Gallega. Vos sabés que ese testamento es una denuncia de mala leche. Tengo miedo.

Probaré que es falsa, respondió encogiéndose de hombros.

¿Y te darán tiempo? ¿Realmente, creés que si trasciende y se enteran los milicos, tendrás tiempo de probar nada?

No estamos en el '76, recordó él. Además, no tengo alternativa... Porque voy a pelear, Gallega. No voy a andar escondiéndome de un muerto ni de un papel y menos, escurrir el bulto a mi pasado. El Viejo, aunque me pese, también esparte de mi propia historia.

Marta trajo la carne y la ensalada. Él la miraba ir y venir de la cocina a la mesa, sus piernas color mate, sus manos que sabía suaves, de dedos finos, sirviendo la comida (el pan de todos los días, dánslo hoy). Repasaba la blusa, el contorno conocido de sus pechos

que habían dado de mamar a sus hijos, que había cubierto con sus labios, recogiendo el alimento de su amor. Ella cortó el bife en trozos prolijos y parejos que iba masticando pensativa. Tengo miedo, contó. Me asusta lo que puede venir.

Yo también, confió él. Pero no puedo hacer otra cosa. Es una cita que tengo con el Viejo.

Si aparece ¿qué pensás hacer?

Él sonrió con amargura. Voy a pelearlo.

¿Pero cómo?

Le pediré al Kaiser que tome el caso. Yo no podría. Haría cagadas.

No me preocupan los juicios, insistió ella. Tengo miedo a otra cosa.

Indefinible, desconocida, como son las que aterran. Cualquier desastre puede ocurrir. Cualquier consecuencia puede cambiar el sentido de los días y las noches. Sobre todo, de las noches. Ya no serán para el amor ni para el sueño. Sólo para el temor. Un viejo huésped se anuncia, reinstalándose en la casa, cuando ha pasado poco tiempo desde que pudimos acostumbrarnos a dormir, sabiendo que en las calles ya no aullan las sirenas ni el silencio habita con la muerte, viajando a bordo de coches verdes, tripulados por demonios de anteojos oscuros. Vuelve el miedo, entonces. No como una sensación de lo posible por un juego de equívocos. Ahora tiene causa y nombre. Vive en todas partes. Hay un papel que tiene tu nombre. Tan poca cosa ¿no? Una pluma, un bolígrafo escribiéndolo hace años o hace siglos, y unas manos abren el papel, unos ojos lo leen, unas lenguas transmiten el hallazgo por los canales del odio y es suficiente. Un aceitado mecanismo se pondrá en marcha entre las sombras, dispuesto a romper carnes y huesos. Entonces, ¿de qué pruebas hablamos? ¿De qué pelea? Si basta un dedo que te señale para que se descargue el infierno.

La Gallega volvió para escuchar a Carlos. Ningún juez medianamente cuerdo podría tomar en serio ese testamento, decía él.

Esas son cosas de abogados. Complicadas o no, resultan una ficción. ¿Acaso Elsa buscó la protección de un juez? Simplemente se fue lo más rápido que pudo, sabiendo que ninguno la iba a proteger. ¿Qué juez tuvo Liliana? ¿Qué Tribunal buscó pruebas, estudió expedientes, compulsó doctrinas y jurisprudencias en relación a tanta gente que fue esfumada, como quien dice? ¿Cuántos inocentes pasaron a lo anónimo porque hubo un papel o un dedo que los señalaron? ¿Desde cuándo nuestro miedo fue por los jueces?

El problema no son los jueces, se oyó decir.

Él resopló con impotencia. Lo que tiene que venir, vendrá. No nos adelantemos. Además, aquí no estamos hablando de cualquier papel ni de cualquier miedo. Es un papel

escrito por el Viejo. Es su dedo el que me señala. No puedo escapar. No voy a esquivarlo, porque esa es mi verdadera herencia.

Esas son palabras, protestó ella mientras lavaban los platos.

Vos sabés cuál es la fuerza del Verbo, bromeó él.

Igual me asusta. No lo puedo impedir. Una cosa me queda clara, sin embargo. Lo miró. Y es que a vos te importa heredarlo. Te va la vida y las ganas en eso. Sabrás el porqué de ese deseo, apostó. Lo único que pido ese que te cuides. Que nos cuidemos.

Antes de acostarse, Carlos entró en la pieza de los mellizos. Miró a los chicos dormir con placidez, ajenos a cualquier cosa. Tapó a Hernán con suavidad y acomodó el osito de Ariel, que había caído al piso.

Contempló sus manitos sobre las almohadas, los mofletes distendidos en el descanso. Les acarició las cabecitas. Ariel estaba transpirado. Mis hijos, se dijo casi incrédulo.

El Viejo nunca miró así. ¿Me habrá visto dormir alguna vez? ¿Habrá velado mi sueño, tapado o levantado mi osito, sacudido por la ternura?

Besó a los chicos sintiendo que besaba la frente de Carlitos, asido al Mishka.

Salió en puntitas y apagó la luz del baño.

La Gallega ya estaba en la cama. Se introdujo buscando sus brazos, que lo recibieron como a un chico.

XXI

Bermúdez lo estaba esperando. Notó al hombre eufórico. Está usted eléctrico, comentó abriendo la puerta.

El gordo emitía pequeñas carcajadas de regocijo. Creo que lo tengo, jefe, anunció. Me tiene que decir si sirve, para que me ponga en marcha y lo consiga.

¿De qué se trata?, preguntó Carlos instalándose en el sillón.

De las pruebas de mi relación con la Barone.

Carlos no pudo menos que sonreír. Desde que escuchó por primera vez la historia, la mujer carecía de nombre. Era la Barone. La Barona, la baronesa. La tigra. Una devoradora de hombres.

...que me dio la guita es cierto, había contado entonces Bermúdez. Fui yo quien se la pidió, porque estaba sin un peso. Pero fue un préstamo, jefe. Ella lo sabía. Si hasta los intereses convenimos. Lo que pasó es que la largué y para peor, no le pude devolver la plata. Después me olvidé. O no quise, qué se yo. Y va esa turra y me acusa de estafa.

La Barone había ocultado en su denuncia que se conocían íntimamente. Para hacer creíble su relato, contó que como andaba con problemas de tiempo y de dinero, Bermúdez - una lejana relación comercial - ofreció contactarla con un señor que le podía descontar un certificado de depósito sin vencer. Así lo hicieron. El gordo cobró el dinero y no se lo entregó.

Cuando me llamó el juez, relató Bermúdez, fui tranquilo. Creí que no hacía falta un boga para aclarar las cosas, de tan simples que eran. ¡Para qué! ¿Usted cobró el dinero? Sí, doctor, dije al juez. En dólares. ¿Usted le entregó el dinero a la señora Barone en ese momento? No, doctor. Me lo había prestado. Se lo devolví más tarde. El juez había sonreído, jefe, y yo empecé a transpirar. ¿Cuánto era? Quince mil dólares cobramos. ¿Y la señora Barone se los prestó así nomás, de palabra? Sí, doctor. ¿Contra nada? Le firmé un pagaré, doctor. ¿Y contra un pagaré le prestó quince mil dólares? ¿Contra un papelito? Sí, doctor. Éramos muy amigos, ¿sabe?

Parecía no saberlo. Ella dice otra cosa, puntualizó. Es que después nos peleamos, doctor. Dejamos de andar, digo, de ser amigos. Entiendo, dijo el juez. Y yo seguía transpirando, jefe, maldiciendo no haberlo llevado. Por lo menos, le hubiera preguntado qué tenía que decir. Yo había pensado que la cosa era sencilla, ya que a la Barone la conocían por allí. Quien más o quien menos, había andado con ella. Pero el juez no lo sabía. O se hizo el otario. En una de esas, salían, vaya uno a saber ¿no?

Carlos rió al escucharlo. Olvídese. Además, no era el juez quien le preguntaba.

¿No? ¿Y quien era?

El secretario. O un oficial del juzgado.

Bueno, da lo mismo.

Lo importante es probar la relación. Si no lo logramos, se pondrá difícil.

Pues se pondrá nomás, anticipó Bermúdez. ¿Cómo pruebo una relación así, que si bien era conocida por algunos, era secreta?

No sé, dijo Carlos. Necesitaremos testigos. ¿Nunca se sacó una foto con ella? ¿Alguna cartita de amor? ¡Algo!

¿Fotos? Pero jefe, yo salía para acostarme, no para sacarme fotos. ¡Fotos!, rió. Hubiera estado bueno. ¡No sabe qué par tiene! Bermúdez se colocó las manos en cuenco a respetable distancia de su pecho.

Me doy una idea, lo tranquilizó Carlos mientras insistía. ¿Alguna notita? ¿No habrá por ahí una del tipo "te espero mañana a las 10 bañadito"?

Bermúdez negó con desaliento. No, tordo. Si es más bruta que un arado. Para escribir, tendría que volver al colegio.

¿Y de dónde un ladrillo así sacó quince mil dólares?

Del ex marido. Cuando la levanté, se estaba separando. Había un departamento en común. En cuanto se vendió, se repartieron la guita.

¿Hay testigos? ¿Quiénes sabían que andaba con ella?

Hay dos o tres tipos, dijo Bermúdez. Pero no creo que sirvan, jefe. Ellos también se la cogieron y usted sabe, habiendo hecho negocio con ella no van a declarar en su contra. ¡Sería una turrada!

Ya veo, concluyó Carlos con un suspiro. Entonces, estamos complicados.

Quedaron en silencio. ¿Eso es todo?, lo quebró Bermúdez cuando se le volvió insoportable.

Por ahora sí, aclaró Carlos. Salvo que me traiga pruebas de su relación.

¿Truchas?

Que se sostengan, eludió.

No será fácil, pero algo conseguiré.

Ese fue el principio del caso. Habían conversado los detalles, pactado honorarios y estipulado los plazos de pago.

¿Por qué le metió la denuncia?

Es un apriete, jefe. Apenas lo hizo, me avisó. Ahora sí vas a pagar, gordito. Cuando me dictaron la preventiva, fui a ver al abogado de la Barone. Termínela doctor, pedí. No joda, arreglemos. Entonces me hizo una cuenta que entre pitos, flautas y trombones se iba

a treinta mil dólares. ¿Y por qué tanto?, pregunté. Porque te tengo en la canasta, me explicó el otro. Lo mandé a la mierda y aquí estoy. Por culpa de esos atorrantes.

Ahora volvía contento como perro con dos colas. Ya la tengo, jefe. ¿Qué cosa? La prueba, jefe. Si sirve se la traigo. ¿Pero la tiene o no la tiene? La tengo y no. Verá: cuando mi hermano se casó con la Luisa - bueno, se juntó ¿sabe?- hizo una fiesta, a la que invitó a unos amigos y parientes. Entre los que fueron, estuvo la Barone. Lo recordé el otro día. Tiene que estar en las fotos que se sacaron. ¿Pero estarán fotografiados juntos? No, jefe. Si yo estaba de novio y por eso lo nuestro tenía que ser tapado.

Carlos lo miró con duda. Para saber si sirven, tendría que verlas. Tráigalas.

Usted hará que sirvan, tordo. Estoy seguro, se despidió Bermúdez. En un par de días se las consigo. ¿Tenemos tiempo, no?

Tenemos, concedió Carlos. Pero debo armar la defensa. Sigo necesitando más pruebas. Testigos, Bermúdez.

Los tendrá, dijo el otro con un guiño. Si aparecieron fotos, también aparecerán quienes habrán visto lo que se necesite. Dispuestos a contarlo a quién quiera.

Sonó el teléfono, y Bermúdez aprovechó para irse. Lo saludó con un gesto, mientras tomaba la llamada. Era Adolfo

¿Cómo está Marcela?, le preguntó Carlos. Bien. Te llamo para saber si pasó algo. Nada. ¿Aparecieron las joyas? Todavía no. En la casa no están. ¿Tenés alguna idea en especial?, quiso saber el otro. Si las tenía el Viejo, pueden estar en la caja de seguridad. ¿Y cuándo la abris? Cuando lo ordene el juez. ¿Vas a abrirla vos? Sí, exclamó Carlos. Supongo que te resultará duro tratándose de tu viejo. ¿No querés que mi abogado se encargue? Como gauchada, ¿sabés? Creo que te aliviará, ofreció. No, gracias, declinó Carlos. Lo tengo que hacer aunque no me guste.

Se quedó mirando el auricular entre divertido y rabioso. ¡Como gauchada!, repitió. Este hijo de puta debe creer que me chupo el dedo.

No pudo menos que imaginárselos, entre sorprendidos y ansiosos.

Él, por su parte, no tenía apuro en empujar el expediente. El tiempo podía desgranarse, que nada turbaría el ritmo de los trámites. Primero un papelito. Al tiempo, otro. Pensó que era una ventaja. Si hay alguien emboscado, saltará de impaciencia. No aguantará que pasen los días y las semanas. Querrá tomar contacto y entonces veremos su juego.

Un emboscado sin rostro. Armado con una copia del testamento o sabiendo de su existencia. No, con una copia. Llegará hasta mí y la extenderá sobre la mesa. Una fotocopia. Tengo esto, dirá con tono de burla.

¿Y qué haré entonces?, se interrogaba Carlos. ¿Podré mirarle la cara sin alterarme? ¿Me enojaré o tendré miedo? ¿Preguntaré qué es eso que arrojó sobre el escritorio? ¿Me tiraré a su cogote y le destrozaré la risita a golpes? ¿O pediré discreción y dirá su precio?

Volvió a la imagen del emboscado. El hombre tirará una fotocopia sobre el escritorio. ¿Sabe qué es esto?

Él no moverá un músculo que delatase un conocimiento anterior. Tomará el papel, leyéndolo por encima. A medida que pasaran los renglones, pondrá cara de asco profundo.

El otro susurrará que es copia del testamento.

Tengo un original, doctor. Quizás le interese.

Él lo mirará oblicuamente. ¿De dónde supone eso? Le devuelvo esa basura. Puede llevársela.

El otro titubeará sorprendido. ¿No quiere tenerla y pensarlo despacio?

No, no quiero. Llévesela.

Se levantará de su asiento, dando por terminada la entrevista. El emboscado también.

Muy bien, doctor Strumer. Me la llevo. ¿Quiere saber qué haré con su original?

Para nada. Ya dije que no me interesa.

Igual le cuento.

Él lo tomará del brazo, interrumpiéndolo. Lo empujará hasta la puerta, diciéndole en el camino que le importaba un bledo lo que hiciera con el papel y con su vida. Usted se va de aquí inmediatamente. Es lo único que me importa. Si vuelve, lo tiro por la ventana. Cerrará la puerta con violencia, dejando al otro ante el ascensor, con la palabra en la boca.

Sería un buen gambito, sí. Ese gesto depreciaría lo que intentaba venderle. ¿Qué haría el emboscado? ¿Volvería para insistir en el negocio? ¿Tendrá el coraje de presentar el papel en el expediente judicial? ¿O lo mandaría con una nota anónima a los milicos?

La actitud podía ser buena, quizás la mejor. Pero la incertidumbre sería insoportable.

Otra posibilidad era entrar en el juego.

¿De dónde sacó esto?, diría entre colérico y sorprendido.

Son cosas que no interesan ahora. Vengo a proponerle un trato.

¿Cuál?

El original a cambio de la mitad de lo que haya.

Es demasiado. ¿Cómo sé que la firma es auténtica?

Lo es, se lo aseguro.

Su palabra no basta.

Podemos hacer un peritaje.

Hágalo, con su resultado hablamos.

Bueno. ¿Cuánto ofrece en definitiva?

El veinte.

Es poco.

Es más de lo que vale ese papel, que encima es una fotocopia.

Ya verá el original. ¿Veinticinco?

No. El veinte.

Cierro, el veinte por ciento entonces. Trato hecho.

No, aún no. Primero quiero ver el original, si es que existe.

Yo se lo aseguro.

¿Y usted quién es para garantizar nada? Esto puede estar armado con plasticola. No, si no veo antes el original, no compro.

Hagamos algo práctico, traigo el original y usted lo ve. Si lo convence, me firma un compromiso de cesión de derechos hereditarios por el veinte por ciento.

Así es otra cosa. Pero siempre y cuando me convenza.

Fijarían día y hora para el nuevo encuentro. Entonces Carlos conseguirá un arma. Vendría el emboscado mostrando el original. Ahí lo tiene. No lo toque. Es para mirarlo, nada más.

¿Tiene miedo de que se lo saque?

Uno nunca sabe.

Tiene razón, concedería sacando la pistola.

Se la colocaría al emboscado bajo el mentón haciendo presión hacia arriba y hacia atrás. ¡Mierda para vos, mierda!, gritaría rompiendo la firma del Viejo con la otra mano, ante los ojos saltones del emboscado, inmobilizado de susto.

Ahora, andáte.

Eso estuvo mal. Traerá cola.

En dos zancadas, Carlos llegaría hasta él, dándole un pequeño golpe en la oreja con el caño de la pistola.

Mejor que no la traiga porque se va tu cabeza en el juego.

El otro se iría sin decir palabra. Él cerraría la puerta con llave, guardando la pistola en un cajón y después de verificar la autenticidad de la copia, le prendería fuego como a las anteriores. Será justicia.

Carlos no pudo evitar reírse. ¿A quién pedir prestada un arma, para empezar? Quizás a Bermúdez. Se imaginó la cara del otro. Más o menos, la que yo pondría si el gordo me pidiera un código civil.

Andaba fantaseando por esos andurriales, cuando sonó el teléfono. Atendió rápidamente. ¿El doctor Strumer?, preguntó una voz. Con él. ¿Quién habla? No me conoce, doctor. Soy, fui amigo de su padre. Encantado, usted dirá. Quisiera conversar un temita, anticipó el otro. ¿Cuándo podría visitarlo? Aguarde que tomo la agenda, pidió Carlos.

Dejó el auricular y trató de calmarse. Es cosa de locos, murmuró entre dientes. Respiró hondo, sintiendo que el pulso se le encabritaba.

Recuperó el tubo con gesto decidido. ¿Podría ser mañana a las 18?

Cómo no. Allí estaré

Colgó y por un rato se quedó mirando el teléfono.

Le pareció escuchar un trueno desde algún lado.

XXII

Con el pánico, no le había preguntado el nombre. Ya era tarde. Miró el reloj y con espanto, comprobó que tenía poco más de veinticuatro horas para recibir su visita. Intentó calmarse. Despacio fue ingresando en una tensa serenidad.

Estoy en lo del Kaiser, avisó a su secretaria. Vuelvo tarde.

Tenía demasiada impaciencia para esperar el ascensor. Optó por las escaleras. En cuanto salió, se detuvo y miró los colectivos, los automóviles, la gente, pasar con indiferencia. Todo parecía normal, rutinario. Se incorporó a los transeúntes con cara inocua, saludando a los vecinos. Cuando llegó, estaba más tranquilo, pero también más desorientado. El Kaiser se encontraba inclinado sobre su máquina, tecleando un escrito. Tenía el escritorio repleto de papeles y libracos. ¿Te molesto?, preguntó sentándose.

El otro apagó la máquina eléctrica, empujándola hacia un costado.

Claro que me molestás, contestó con fastidio. Me jode estar sobre la máquina haciendo un mamotreto que tengo que presentar mañana. Una vez que junté ánimo para meterme en el tema, venís y me sacás de él. Tendría que agradeceréte, pero no puedo. Se trata de un trabajo. Ergo, me hinchás. ¿Qué te pasa, Strumer?

Carlos lo observó divertido. Si querés, me voy.

No me castigues más, imploró el Kaiser. Quedate y tomemos un té. Se sacó los anteojos y a Carlos le sorprendió la cara de su amigo. Sin lentes era otra. Miope, estirada y fea. Andaba ojeroso y con sueño. Duermo poco, se justificó. No sé si por exceso de trabajo o por falta de descanso, o por mi necesidad de reventarme. Puede ser por todo eso.

Bebieron el té en silencio. Me llamó un tipo, arrancó Carlos. Se presentó como amigo del Viejo y pidió verme. Mañana a la tarde viene.

¿Quién es? ¿Lo conocés?

La verdad es que di con el abatamiento, olvidé preguntarle el nombre. Dijo que quería hablar de un temita. Ni sé de qué se trata. Dio la casualidad que cuando llamó, yo estaba fantaseando con un emboscado que aparecía queriéndome extorsionar con el testamento. No pude menos que relacionar una cosa con la otra y así me fue. Creo que no tartamudeé de milagro.

No entiendo nada, confesó el Kaiser, desperezándose ruidosamente.

No importa. No tengo ganas de contar los rollos que puedo hacerme, dijo Carlos. Pero tuve miedo de que esa fantasía se concrete. Para ser sincero, estoy seguro de que mañana se hace cierta.

¿Y por qué?

No sé. Justo estaba pensando qué hacía en caso de que alguien se presentara con el duplicado del testamento. Más que pensarlo, lo metabolizaba. Le ponía un arma en la barbilla y se lo arrancaba. ¿Gracioso, no? Estoy soñando que asalto a un tipo en mi estudio, y de pronto, suena el teléfono y un desconocido quiere hablar de un "temita". Sentí que es la fantasía que se encarna y con ella, la violencia soñada aparece deseable, o próxima. Entonces me vine. Eso es todo.

Es bastante, reconoció el Kaiser. Pavada de problema si se confirma el palpito. Pero esperá a ver qué pasa y después alarmate si tenés motivo.

El problema no es la alarma, que la tengo. La cuestión es operativa. No sé qué hacer si se da lo que temo. ¿Cómo reacciono? ¿Me achico? ¿Me agrando? ¿Amenazo?

Nadie lo puede saber con anticipación, aseguró el Kaiser. Además, no son opciones excluyentes. El miedo no descarta la violencia. Te podés cagar hasta las patas y salir al frente rompiendo el mundo. Vos sabés.

Yo no sé nada.

Sí que sabés, dijo el Kaiser. Nuestra vida está señalada por la violencia, Carlitos. La sufrimos y la damos. Profesionalmente, tenemos la ventaja de ser violentos sin que se nos pueda acusar de serlo. Te contratan para que revientes a alguien ¿no? O para que no lo revienten, que es lo mismo pero al revés. En vez de revólver, usamos códigos y máquinas de escribir. Pero eso es la tecnología de aplicación. El efecto es el mismo. O más perfecto. Entonces, sabés. Con todos tus huesos, no sólo te estás preparando para la pelea, sino que venís programado para ella por especialización profesional. Aún cagado de susto, vas a pelear. Y no será con un fantasma, sino con alguien real. Eso es mejor, más fácil. Una cosa es querer apretar a un espectro. Otra, a un tipo cualquiera.

No, la violencia no es mi especialidad.

No la física, concedió el Kaiser. La restante, sí. ¿O qué estás haciendo cuando pedís la quiebra de un tipo? Pues violencia. ¿O cuando desalojás a alguien y lo dejás con su familia en la calle y con sus muebles en un depósito? Pues más violencia. ¿Y cuando entrás a una casa a hacer un embargo? ¿Eh? ¿Qué son sino actos de pura violencia? Pero como la ejercitamos con el florete de las leyes, parece un juego que a nadie ofende. Es cierto: es hasta socialmente necesario. Porque cuando no existe ese duelo judicial, te dan ganas de ponerle un chumbo en la pera a tu contrario. Ese es tu caso: no estás dispuesto a ir al litigio, y tampoco querés transar lo que no es negociable. Te queda, entonces, el camino de la violencia casera, sin hermenéuticas ni jurisprudencias. Tiene el inconveniente de que no siempre resulta tan eficiente como la otra.

No soy un matón, Kaiser. Mi formación, como la tuya, es la de un tipo de leyes. O de reglas de juego.

Se quedaron pensativos. El Kaiser, mirando un punto indeterminado de la moqueta, arriesgó: ¿Cuáles son las reglas de juego que más palpamos, Carlos? ¿Las procesales? Estamos cansados de repetir que son un ritual. Afuera, en la calle, reina la violencia más crudamente. Entonces, ¿por qué tanta disculpa? ¿Acaso es mala en sí? Nos han convencido de que sólo es pésima cuando la sacamos afuera, no cuando la sufrimos.

Eso es filosofía, protestó Carlos.

¡Minga!, exclamó el Kaiser. Estás fantaseando que puede venir un ñato a chantajearte. En vez de indignarte por esa posibilidad, estás preguntando qué hacer; cuando a cualquiera lo primero que se le ocurriría es romperle la jeta. Pero vos no. No pensás cómo se la rompés mejor, no. Venís a declamar que la violencia no es lo tuyo, que te repugna, y que en la Facultad te enseñaron otra cosa. ¡Idiota! Si vienen a reventarte, hacerlo primero y mejor. Como puedas. Es el tema de la legítima defensa que estudiaste y no aprendiste.

Se había exaltado y hablaba con pasión. En cuanto se dio cuenta, se serenó. Perdoname, pidió. Pero me da bronca que me hagas perder tiempo con tus paseos por el cielo de las buenas intenciones.

Carlos sonrió. Casi me estás convenciendo.

En buena hora, felicitó el Kaiser. Me tienen podrido esos lamentos de culpas rituales. ¡Al carajo con la farsa del pecador! Acabemos con esa basura de castrados. Reconocé que sos un violentado. ¡Vamos, animate! ¿Cuesta, eh? Es decirse un forro. Date cuenta que estás cansado de serlo. Que no querés más. A partir de ahí, actuá hasta donde te den las bolas y el cuero. Y ahora, tomátelas, que tengo que terminar esta apelación.

Algo saldrá, apostó Carlos.

Volvió a su oficina. Se encerró en el despacho y tomó el teléfono. ¿Bermúdez? Strumer habla. El otro atendió con sorpresa.

¿Pasa algo, jefe?

Quiero pedirle un favor. ¿Me puede facilitar un arma?

Se imaginó la cara del gordo al escucharlo. ¿Cómo?

Lo que oyó, viejo. Necesito una para mañana. ¿Me la puede conseguir?

¿Usted quiere comprar una?

Comprarla, conseguirla prestada, robarla, lo que sea. Cualquier cosa, Bermúdez, apuró. Lo único a tener en cuenta es que la necesito para mañana sin falta.

¿Algo pesado?

Lo que sea. De 22 para arriba.

¿Es para algo jodido, jefe?, tanteó el otro.

No, rió Carlos. Es por precaución. Tengo una reunión que puede complicarse, y quiero estar preparado. Lo más probable es que no pase nada.

¡Ah! Si es para eso, le presto algo mío.

Está bien, aceptó Carlos al vuelo. ¿Me la trae o la voy a buscar?

Se la llevo. Quédese tranquilo. ¿Está bien a las dos?

Perfecto, se alegró Carlos. Cuento con eso.

Ahora sentía el trueno adentro suyo.

XXIII

Salió del estudio pensando en el día siguiente. Mañana, Bermúdez, su fierro y el emboscado confluían hacia él. Recordó la provisión de balas del Viejo. De un arrebato, decidió ir a huronear. En una de éstas, encuentro las armas, se animó.

Las pistolas del Viejo, murmuró con una sonrisa dura, divertido por el contenido de la frase. ¿Cuántas pistolas tenía el Viejo y cómo le funcionaron? ¿Era el Viejo un pistolero, un enorme fálico, un falo él mismo? Penepadre, Viejófalo. ¿Dónde esa arma está o estuvo alguna vez, en algún tiempo, pretérito, perfecto, imperativo o no, puede que irregular su verbo y sus declinaciones, si las tuvo; sus desinencias, si las hizo? Su prosodia tanto como su prepucio. ¿Era grande su glande? ¿De qué calibre sus armas perdidas, sus pistolas inhalladas?

Descubrió que jamás había visto el miembro del Viejo. Desde los recuerdos, vino su imagen saliendo de la ducha. Se abría la puerta del baño y una gran humareda se esparcía por el saloncito, dejando ver las paredes azulejadas goteando humedad y el espejo sobre el lavatorio tapado por una capa de vapor.

Del interior de tanto humo, emergía el Viejo, frotándose con una toalla. Camiseta musculosa, calzoncillos anatómicos envainando un abdomen que preanunciaba la prominencia que adquirió más tarde. Las piernas blancas, peludas, musculosas y cortas, terminando en pies entalcados metidos en un par de chancletas.

Desnudo, jamás. Bajo el abdomen, el calzoncillo se deslizaba ondulante, embolsando los genitales en un paquete, níveo como vellón.

Ahora quedaba el misterio de sus pistolas nunca encontradas. En su procura, se dirigió al departamento. El vestíbulo había sido vaciado de los contenidos que volcó la limpieza y el fervor de los porteros. Ni un rastro daba cuenta de lo sucedido el sábado. Una tarea de reductores, pensó.

El cúmulo de cachivaches trasladados desde el departamento hasta la planta baja había sido metabolizado por los encargados. Más tarde, mucho más tarde, se enteró que no fue un trabajo hecho en soledad. Al contrario.

Tras una primera selección habían acudido los vecinos del edificio y de los alrededores. Se arrojaron sobre las cosas entre risas glotonas y muecas de decepción. Cada uno, como pudo, recogió un trofeo, una prenda, como repartiéndose al Viejo pedazo a pedazo, entre burlas y manotones. Habían estado bromeando, haciéndose los indiferentes. Pero nadie se retiró hasta que los últimos restos del botín estuvieron adjudicados. Aquello que nadie quiso fue destrozado por la multitud, con especial participación infantil.

Quedó todo sembrado de vidrios, doctor, contó la portera, avergonzada de la inconducta barrial. Rompieron los marcos, los cartones, destriparon el paspartú de los cuadros. Juntaron los diarios, las revistas y los desechos en la esquina y no faltó quien arrimó un fósforo al montón.

Ardieron los marcos y desperdicios, pedazos de telas informes, papeles húmedos y amarillentos, las cortinas. El fuego los fue volviendo irreconocibles. Cuando cesaron las llamas, pervivió en la noche el rescoldo de lo que había sido.

Larga y finita era la columna de humo que salía de la basura, decía la portera. Los chicos saltaron encima de las brasas entre risotadas, disfrazándose con retazos de brocato. Hubo uno, especialmente, que fue un escándalo. El César, el hijo del verdulero del inquilinato de la media cuadra. Un diablo, vea, acusó. Encontró una peluca, seguramente de la señora, claro ¿de quién sería si no?, y poniéndosela, paseó contoneándose como hacen esas mujeres, ¿vio?, fabricándose un vestido largo con una cortina. ¡Una vergüenza, imagínese! Estuvo así hasta que se cansó, bailando como una turca. Menos mal que vino la madre y se lo llevó de una oreja, que si no. A algunos los había excitado, contó bajando la voz hasta hacerla secreta. Usted sabe cómo son estas cosas. El chico parecía una señorita. Y hubo quien pareció no distinguir las diferencias ¿me entiende, no? Ya lo habían empezado a manotear los muchachones del mercado, esos negros, y había quedado poca gente. Alguien debió darse cuenta de lo que podía pasar y le avisó a la madre. ¡Menos mal que la encontró! Esos tipos estaban medio tomados ¿sabe? Siempre lo están. Vino y se lo llevó a empujones, tirándole la peluca y los trapos al fuego. Terminará mal ese chico. Hay cosas que se llevan en la sangre, que son malas. Él las tiene. Esa enfermedad, ¿me entiende, no?

El fuego se avivó con el alimento de la peluca y la cortina. Unas llamas iluminaron las caras de los changarines del mercado, últimos asistentes a la fiesta. Fueron también los que se retiraron al final.

Quedó todo humeando hasta la madrugada, en la que por suerte garuó. Si no ¡imagínese!

Carlos lo había imaginado. Miraba la calle, las caras de los vecinos, beneficiarios casuales de los restos de los restos. No pudo menos que remarcar para sí el cambio que la portera había introducido en su relato. Las cosas, los sobrantes, se habían transformado con el paso de las horas y las hordas. Eran entonces la basura, la hez del Viejo. Lo no querido por nadie, purificándose bajo el fuego hasta dejar una impronta terca de humo denso elevándose al cielo como una pira sacra, que por poco no iluminó una violación. Hasta que vino el agua y terminó con la ceremonia.

Había mirado a la portera con ojos neutros y la mujer bajó los suyos. Creyó entender en eso - pero fue algo tan tenue, tan inasible que podría ser una nueva equivocación - un pedido de disculpa ante la crueldad del mundo.

Imaginó el gesto del Viejo, en camiseta y calzoncillos, recién salido de la ducha humeante, ante la visión de sus vecinos repartiéndose sus cosas como sus despojos, mientras el César bailaba cubierto con su cortina y la peluca excitando a los borrachos en un jolgorio de barriada pobretona e irreverente, asomándose por azar a las intimidades de un vecino distinto.

Se puso triste entonces, aunque eso pasara más adelante. Aún hoy lo recuerda patente, sintiendo que se habían llevado también partes suyas que no ponderó, a las que renunció en un arranque no del todo sensato. Trocitos del Viejo que de haberlos reivindicado, pudieron haber sido suyos. Ya era tarde, de todas formas, y no sabía si le interesaba el esfuerzo.

Pero ahora iba al departamento, subiendo las escaleras que giraron como siempre hacia la derecha, enroscándose en el mármol. Levantaba los pies pesadamente mientras elegía la llave para abrir la puerta.

El departamento seguía allí, como un templo saqueado. Las paredes denunciaban la violación acaecida con sus cuadros. Los placares vacíos mantenían sus puertas y cajones abiertos, mostrando algún envoltorio olvidado en el apuro, un jabón, ballenitas, un pañuelo. Escombros.

Carlos se apoyó contra la puerta, sintiendo - o creyendo sentir - que el aire circulaba más libre.

Miró a su alrededor extrañando el abigarramiento antes odiado. El lugar comenzaba a ser otro. Era la ruina de un pasado que se resistía a abandonar un sitio donde se había desarrollado como planta de invernadero.

Paradójicamente, el mayor lugar hacía más pequeño el ámbito. Ya no era preciso caminar con cuidado entre los muebles. Innecesario era cuidarse de tocar cualquier cosa para no mancharse la ropa de hollín o polvo.

Deambuló por las piezas, encendiendo las luces. Reconocía más las ausencias que las presencias y se representaba lo faltante, recreándolo. Sacudió la cabeza como quien aleja un ánimo y se plantó ante el embute donde estaba la caja fuerte. La abrió con manos seguras sacando las cajitas de balas, sorprendentemente pesadas en relación con sus escuetos tamaños.

Las colocó en el piso y volviendo al hueco, tanteó con dedos ciegos los resquicios, bordes y oquedades, buscando el perfil del arma intuida, aquella pistola cuya existencia fue más bien adivinada en el abultamiento del calzón o en los proyectiles intactos.

Con ojo de chico recordó haber visto, en Giardino, la pistola Star. El Viejo se la había echado en el bolsillo del saco antes de subirse al coche. El arma era pequeña y pavonada, envuelta en una funda de franela gris. En medio de las montañas la escuchó, en aquel Año Nuevo de 1956, en que el Viejo salió al jardín y al dar la medianoche del 31, empezó a los tiros contra los eucaliptus, gritando alborozado. La Star tosía como quien se disculpa, haciendo un fogonazo chiquitito al que seguía otro y otro más, mientras él miraba desde el porche cómo el Viejo quería matar las nubes. No te acerques que es peligroso, había ordenado.

La Star desaparecía entre los grandes dedos del Viejo, se perdía en la noche de Año Nuevo. Su presencia podía reconocerse por ese estampido breve, continuo, y el olor seco de la pólvora al estallar en el disparo.

Ese año el Viejo se había entrenado, aunque él ignoró para qué. A las tardes y bajo el sol, salía hacia la cañada con botellas que jamás retornaron. Escuchaba a lo lejos la tosecita de la Star, mientras se hacía al Viejo reventando los vidrios a balazos a la hora de la siesta, a metros del blanco, con la pistola que se perdía dentro de su mano. Tiraba y de cuando en cuando volaba un pico de botella en pedazos, quebrado por un balín del 7,65, mientras los cuises huían entre los pastizales.

Volvió sin envases. Se encerraba en su cuarto llevando una gamuza y Carlitos lo imaginaba limpiando la Star, murmurando entre dientes una canción ucraniana que -según relatos- contaba sobre la belleza del Dniéper. El canto iba creciendo, hasta estallar en una marcha guerrera que pedía que pusiéramos en lo alto la mirada y que luchásemos por la patria redimida.

Ese verano pasaron por las salinas de Mascasín y allí volvió el Viejo a probar su pirotecnia, la voz de la esperanza amanecida. Con aire de juramentado, desaparecía por unos minutos, y el aire quieto de la salina se quebraba a tiros. Regresaba indiferente, subiéndose al coche calcinado para reemprender la marcha por la ruta iluminada.

Recorrió el departamento hurgando en sus rincones, en los posibles escondites. En vano. Tan sólo las cajitas de balas hablaban de la existencia de armas. Una leyenda más. Transpirado, con las manos mugrosas, decidió abandonar el intento. No sin lástima por el fracaso, se lavó las manos y, envolviendo las cajas, las regresó a su escondrijo.

En silencio apagó las luces y echó llave a la puerta.

XXIV

Despertó con un gusto feo en la boca. Más dormido que despierto, saludó a la Gallega con un gesto amable. Evitó besarla para no arrojarle el hálito de su mal aliento.

Ella se arrebujaó bajo las mantas, esbozando una sonrisa y siguió durmiendo.

En silencio y en lo oscuro, Carlos buscó a tientas las ojotas. Al no encontrarlas, optó por ir descalzo hasta el baño. Recién ahí se animó a prender la luz. Parpadeó ante el espejo, mirándose. La barba despuntada, los ojos enrojecidos. Con un bostezo, se desperezó morosamente.

Se olió los sobacos con ánimo de inspector y el resultado lo llevó a la ducha. Aguardó que el agua se caldeara, lavándose los dientes. Revisó sus desnudeces mientras se introducía bajo la lluvia tibia. Es imposible verse así, pensó. Uno mira el propio cuerpo desde el cuerpo mismo y más que verlo, sabe que está ahí, o que uno es él, cuerpo completo, cuerpo presente o cuerpo mismo, único y solo, cuerpeando los días y la ducha, corpórea sensación del agua cayendo sobre el cuero-cuerpo, sobre el puercocuerpo, mismamente sobre mí mismo que también puedo verme o sentirme o imaginarme como otro, desde afuera del mismo cuerpo, o desde su interior, atisbando la lluvia de la ducha desde los agujeros de los ojos, detrás de ellos como si fueran ventanas. Cuerpo, cuerpito, cuerpecito. Mío. Querido.

Se enjabonó con rapidez, y con el mismo ritmo salió de la ducha, con frío. Se secó reconociendo su geografía sin mirarla. Se afeitó. Se vistió, desayunó una taza de café y se lanzó a la calle.

Habían sido gestos mecánicos, necesarios para entrar en la vigilia, preparándose a una jornada que podía ser violenta y en cualquier caso, atípica.

Sentía los nervios tensándose de a poco. Trató de frenar la ansiedad, metiéndose en la rutina del trabajo. Pasó por algunos juzgados revisando expedientes. Embotado. Inquieto.

El día era luminoso. Tanta luz, tanto sol, contrastaba con los abrigos. Miró el culo de la empleada de un tribunal. Se perdió en su contemplación, lamentando que ese traste no fuera la entrada a la Mesa de Entradas. De ser así, vendría más a menudo. La chica iba y venía del mostrador a los casilleros, buscando y trayendo legajos. Se movía con gracia, enfundada en unos jeans que resaltaban sus redondeces.

Pidió sus expedientes con voz lejana. La chica fue y trajo uno. Cruzó el mostrador a todo su largo, y en los casilleros fronteros, buscó y encontró otro, que puso ante él. Parecía darse cuenta de su mirada taladrándole las nalgas.

Hojeó los expedientes, copiando en un papel las últimas resoluciones del tribunal. Puro trámite. Por el ventanal de juzgado, se veían techos de edificios, ropa a secar en las terrazas, algún macetero. Se intuía la brillantez del sol y una impronta casi informal, como los jeans que dibujaban el traste de la auxiliar. Carlos sintió que todo tenía un ritmo manso. Encubriendo las pasiones, que parecían no existir. Nada era trágico, dramático ni urgente. Sólo él aguardaba la tormenta.

Miró las caras de los abogados junto al mostrador, revisando sus asuntos, serios hasta la hosquedad. Vio algunos rostros tan feos, que tuvo miedo de que el suyo llegara a mimetizarse con ellos, por empatía profesional. Con el paso del tiempo y la costumbre. Caras duras, caraduras, de rasgos marcados. Narices prominentes, algunas mejillas flojas, otras lustrosas o lustradas. Ojos impasibles. Perfumes y lociones. Todo un contrasentido con la cola de la auxiliar, refrescante, trayendo y llevando graves expedientes mientras sacudía sus pantalones agudos. En contradicción con el sol, con la ropa colgada (sábanas, camisas, bombachas, medias multicolores), y con las plantitas que se veían desde el ventanal. Tanta distensión, tanta soleada y fría rutina alejadora de crispaciones, nada tenía que ver con aquel demonio escondido entre sus tripas.

Dejó los expedientes y se retiró pisando la mayólica desgastada y recorrida mil veces, con la repetida sensación de que sus zapatos sabían de antemano por dónde ir. Siempre se asombraba de arribar adonde quería, tras sortear cien curvas, cruzar mil recovecos y pasillos, sin una equivocación, con el aplomo de la costumbre. Bajó las escaleras con lentitud, deseoso de perder tiempo.

Necesitaba perderlo. Gastarlo lo más posible hasta que viniera la tarde y con ella, Bermúdez y su arma, y más luego el emboscado, y después la flojedad y el descanso o la desesperación.

Por el hueco de un aire y luz miró la Alcaldía de los Tribunales, su amplio patio transitado por celadores y celulares, el enrejado de sus ventanas y sus portones de hierro. Se cruzó con un policía que llevaba a un hombre esposado. El tipo venía conversando con su custodio, se dejaba llevar, casi seguro que ante un oficial que le tomaría declaración. Se perdieron por el pasillo, a paso cansino. También tenían tiempo, y nada parecía apurarlos.

Esos largos pasillos del Palacio eran un ámbito donde nadie hacía arraigo. Nada se decidía en su trayecto, eran todo tránsito. Neutros y por eso mismo, puros. Pese a su fealdad. En ellos nada cambiaba de estado ni de situación. Entonces, era bueno andar por los pasillos, a la deriva. En ellos todos somos libres, nadie interroga, nadie testifica, nadie declara ni confiesa. Nadie es preso ni es presa. Sencillamente, se es uno deambulando hacia algún lugar. Pasillo. Pasito. Pastito. Patito. Petito. Pitito. Potito. Hermenegildo.

Los corredores terminaron en un amplio hall de techos altísimos, sostenidos por gruesas columnas custodiadas o custodiando bronceos bustos de nobles jurisperitos, mientras el sol se dejaba ver, entre tanto recoveco, a través de los vidrios enrejados del techo, por entre los vitraux de imágenes grecolatinas.

(Todas las virtudes humanas en el vitraux. Todas las virtudes, hechas con paciencia, a fuerza de juntar pedacitos de vidrio de colores diversos y unirlos con hilos de plomo. Cabezas de leones, gorgonas, barbas, inscripciones latinas, lanzas y escudos, alguna espada entre túnicas escarlatas, peplos blanquísimos, báculos señeros, altas frentes marchitas al volver, vidrios de colores sin voz, que impedirían por su mudez que el viejo criado los reconozca al regreso. Y la balanza, la venda y el estoque de la dama de la Justicia con sus pechos rotundos bajo un manto bordado en oro, que en realidad era vidrio amarillo unido con plomo. Y la pica ictórica. Sapiens nihil affirmat quod non probet. Vidrios. Carpe Diem.

Y el sol a su través, impertérrito a tanto simbolismo, a tanto cristal emplomado. Mostrando con la intensidad de su luz cómo la mañana iba pasando sobre las cosas y sobre Carlos, entre sacudidas de impaciencia. Comió un sándwich que pudo haber sido de cartón en un café al paso, y se sumergió en el vientre conocido de su oficina.

Bermúdez fue puntual. Con aire divertido, se sentó y abriendo un maletín, sacó dos envoltorios y un sobre que puso sobre el escritorio. ¿Por dónde empezamos?, preguntó.

No entiendo.

Traigo lo suyo y lo mío. ¿Qué quiere ver primero?

¿Qué es lo suyo, Bermúdez?

Las pruebas, jefecito. Las fotos... ¿Quiere verlas?

Dele.

Cuatro, cinco fotografías se extendieron ante él. Eran de una fiesta. Toda la gente - hombres y mujeres - vestida de noche. Copas en las manos, sonrisas en los labios. Muchas dentaduras al aire y a la cámara. Esta es la Barone, señaló Bermúdez con el dedo a una rubia.

La mujer era bonita. No llegaba a ser hermosa por un rictus endurecido en la boca. Vestía de negro, escotado, y tenía unos pechos enormes.

Buena merca, dijo con nostalgia. No se imagina lo que era ese par.

Ya veo, dijo Carlos.

Bermúdez rió con grosería. No ve nada, tordo. Tendría que haberlas visto como yo, aquí - se marcó centímetros de sus ojos -. Fenomenales. En esta foto parecen chicas, o por lo menos, no tan grandes como son. Duras, además. Dos piedras, jefe.

¿La extraña?

El otro volvió a reírse. A veces. ¿Usted no extrañó nunca el viejo Parque Japonés? A veces, me gustaría volver a él a tirar latas con pelotas de trapo. Con la Barone es igual. Todo un parque de diversiones, jefe.

Sí, me doy cuenta cómo se divierte ahora, cortó Carlos repasando las fotografías.

Bermúdez se puso serio. ¡La gran puta!, exclamó. Sin embargo, hay que reconocer que, turra y todo, pasamos buenos momentos.

Está bien, mi viejo. No empiece a contarme sus polvos.

Bermúdez calló. Miró a Carlos revisar las fotos y se quedó aguardando. ¿Sirven, jefe?

Toda la gente que aparece, ¿la tiene a mano?

A casi toda. Pueden ser testigos. La contra es que no estoy en ninguna.

Eso no importa, descartó Carlos. Usted no aparece porque las estaba sacando. Será la explicación más natural...

Usted es un genio, jefe. Claro, yo las sacaba.

Puede servir, Bermúdez - dictaminó Carlos -. Necesito los nombres y direcciones de esta gente. Y será preciso que recuerden que usted fue el fotógrafo.

Se acordarán. Téngalo por seguro. Me deben favores. Eso será fácil.

Vamos a lo otro, pidió Carlos, guardando las fotos en un cajón. ¿Me lo trajo?

Bermúdez titubeó. Mire jefe. Quiero hablar clarito, avisó. Traje algo. Pero antes dígame con franqueza ¿se va a mandar una cagada o es por si las moscas?

Por si las moscas, afirmó Carlos.

Dígamelo en serio, jefe. Sabe que puede confiar en mí, anunció mientras desenvolvía sus paquetes.

Sobre el escritorio aparecieron dos pistolas.

Esta es una 9 milímetros, jefe, indicó Bermúdez. Un gran fierro. Suave. Rápido. Un cañón de bolsillo. Culata antideslizante, de goma estriada. Bochinchera como pedo de curda. Si se va a mandar una cagada, es la que viene. Es trucha... Esta es cosa de damas, señaló Bermúdez. Pero de señoritas en serio. Beretta del ´22. Nueve tiros. Es discreta, no es ruidosa. No se traba nunca, recupera una maravilla. A corta distancia, parte a cualquiera. Un solo seguro, de corredera. La otra tiene dos, fíjese. Una de culata y otro de corredera. Ésta, asusta. La otra, además, impresiona. Pero las dos cumplen. Usted elige.

Carlos miró las armas, y un vacío le habitó la boca del estómago. Estiró la mano y tomó la 9 milímetros. Era una Browning belga. Le habían suplementado el gatillo, para que el dedo índice calzara mejor. La sopesó con cuidado. Es demasiado para lo que necesito, dijo.

Demasiado mucho. Demasiado poco. En verdad, ¿qué cosa es necesaria en este momento? ¿Un cañón portátil, maquinillas para matar? No existe en plaza ningún artilugio, mecánico o electrónico, apto para matar el miedo pensó Carlos con un suspiro.

Levantó la Beretta, sacó el cargador, acarició las cachas de madera acomodando su mano en torno a la culata. Ante él, Bermúdez aguardaba con aspecto de traficante.

Creo que ésta me viene bien.

Bermúdez reabrió su maletín y extrajo de su interior otro cargador y un puñado de balas. ¿Sabe usarla?

Carlos asintió. Tomó el cargador y presionando el resorte hacia abajo, comenzó a llenarlo de balas, despacito. Un solo cargador está bien, avisó. No voy a Beirut. No necesitare más.

Bermúdez guardó su cañón belga en el maletín y, cerrándolo, se levantó. La dejo, entonces. Una sola cosa, jefe: si la usa y aparece el arma, no diga que yo se la presté, ¿estamos?

No se preocupe, lo tranquilizó Carlos. Creo que no hará falta usarla. Mañana se la devuelvo virgen.

Amén, dijo Bermúdez caminando hacia la salida. No es bueno meterse en líos de sangre, jefe. Usted lo sabe mejor que yo, ya que estudió la cosa.

¿Quiere que le cuente algo?, se animó al llegar a la puerta, girando hacia él.

¿Qué?

En mi vida hubiera imaginado que usted iría a necesitar un fierro. Siempre pensé que eran cosas para tipos como yo. Saber que aunque sea una vez, necesitó de un arma, me consuela. Es una manera de igualarnos ¿Sabe?. Espero que no lo tome a mal.

Carlos vio cerrarse la puerta y quedó escuchando el ruido del ascensor transportando al gordo Bermúdez.

XXV

Después de hacer un comentario cualquiera a su secretaria, se encerró en su despacho. Tomó el arma y se la colocó en el cinturón. Caminó hacia el escritorio y de improviso giró acuclillándose mientras desenfundaba, apuntando al sitio donde estaba el fantasma del adversario.

Tengo que hacerlo más rápido, dijo. Así no.

Practicó hasta convencerse de su torpeza. El que nace para pito no sirve para corneta, murmuró desolado. Metió una bala en la recámara y colocó el seguro. La sensación fue que la pistola había aumentado de peso. Abrió un cajón del escritorio y la guardó.

Miró adonde se ubicaría el emboscado. Ante él, a casi un metro, se sentará el hombre todavía sin rostro. Y él estaría midiendo el espacio, estudiando las posibilidades, los ángulos, sabedor que en su cajón tenía una pistola cargada. No podrá usarla, reconoció. No tendré ánimo.

Pero el arma tentaba. La sacó nuevamente y con ella en la mano, recorrió el despacho. A su manera, era hermosa. Su pavonado brillaba, reluciente, remarcando lo ominoso de sus líneas. Sacó el cargador, recorrió el seguro y la descargó. La bala de la recámara pegó un elegante brinco, cayendo sobre el alfombrado. Con la corredera abierta, espí el interior del arma. Brillaba limpio, con huellas de aceite en el espiral de las estrías. Sus mecanismos funcionaban con suavidad. Soltó el seguro y con un ¡clack! se cerró.

Yo sacaré la pistola del cajón y, empuñándola con las dos manos, apuntaré a la cara de ese hijo de puta, se contó. Entonces ambos tendremos miedo. Mucho. Y pese a eso, sentiré que debo hacerlo; como cumpliendo un mandato. Eso me dará fuerzas y no me temblará el pulso ni la voz. Estaremos frente a frente, con una pistola entre nosotros y la incertidumbre nos sobrevolará. No lo miraré. Tengo que evitar mirarlo a los ojos. Si lo hago, no podré hacer nada. Veré todo su miedo y el reflejo de la brutalidad que me saldrá entre los dedos. Y tendré vergüenza por mí o por los dos y no servirá lo hecho, se reconoció. Me derrotaré a mi mismo y eso tampoco lo puedo permitir. Tengo que vencerlo.

Cargó nuevamente y volvió la pistola al cajón. Como quien despierta de un sueño miró la hora, poniéndose a trabajar.

Volvió al asunto de Bermúdez. Tengo que hacer zafar al gordo, murmuró. Pronto debía producir la defensa y se sentía sin demasiados argumentos. Buscó la carpeta y comenzó a leer las declaraciones de los testigos que la Barone hizo desfilar ante el Juzgado. Mil veces las había repasado.

Eran todos varones. Imaginó a la Barone pasando sus pechos delante de cada testigo para que vieran la alevosía de Bermúdez. Promesas. Tengo que destruir estos testimonios, se dijo. No iba a ser fácil, sin embargo. Los analizó línea por línea. Eran demasiado contundentes. Uno llegaba a ser exacto en el tiempo. Recordaba la fecha en que pasó lo que testimoniaba, porque ese día era el aniversario de la muerte de su abuelo. ¡Nieta memorioso!

Chequeó los tiempos. Según sus apuntes, Bermúdez había dicho que todo sucedió entre un 9 y un 18 de abril. La pericia contable ubicada la fecha de cobro del certificado el 19 de abril. Los testigos recordaban hechos ocurridos, según ellos, en mayo. Mienten, concluyó Carlos por enésima vez. Mienten sabiendo que es imposible demostrarlo. Mienten. Quiero que mientan, o sé que mienten. Da igual.

Partamos de otro ángulo, propuso. Supongamos que dijeron la verdad. Todos son veraces, sí señor. ¿Y qué dicen, entonces? Que Bermúdez reconoció *en mayo* que había cobrado un dinero de la Barone. Pero Bermúdez ya lo había dicho espontáneamente, sólo que agregó que se lo quedó porque era un préstamo. Y que había sucedido *en abril*.

Carlos se fue excitando. Sentía que había algo en las declaraciones que no llegaba a precisar. Una nota átona. Puso el saco en el respaldo del sillón, se arremangó y volvió a leer: "...acompañé a la señora a lo de Bermúdez y cuando ésta le reprochó su actitud, Bermúdez reconoció haber cobrado el dinero, que ya había gastado..." El otro era más o menos concordante con esta versión.

¿Y dónde está el delito?, gritó.

En ningún lado, pues. Si todos reconocían que Bermúdez había cobrado el dinero, esto no significaba que había estafa. Podía ser un préstamo, como afirmó el gordo. Si los testigos hubieran dicho que eso que vieron pasó en abril, apenas el gordo lo cobró, estaría jodido. Nadie se da cuenta veinte días o un mes más tarde de que otro cobró su plata sin permiso. Entonces, los testigos no atestiguaban de nada nuevo. Prueban, sí, que la Barone durante un montón de tiempo *consintió* que Bermúdez se quedase con su guita.

¡Ahí está!, aulló golpeando la carpeta con entusiasmo. ¡Ya lo tengo!

Se abalanzó hacia la puerta del despacho y abriéndola con violencia, pidió a su secretaria que trajera un mate.

Si los testigos no arriman nada nuevo, no interesa qué declararon. Posiblemente, dijeron lo cierto. Pero la verdad es, en este caso, neutra. La delictuosidad del acto del gordo sólo surge de la suposición de que la cagó, pero si pruebo que fueron amantes, habiéndolo ocultado la Barone, arrimo una presunción de veracidad en los dichos de Bermúdez. ¡Y lo salvo!

¡Bravo, Marlowe!, aplaudió con entusiasmo, sintiendo que las puertas del caso se abrían de par en par. Ya no tenía testigos de cargo que destruir y no importaba cuándo murió el abuelito. Al contrario, tanta precisión venía de perlas.

Si dejamos a un lado la estafa, dijo, los testigos no aportan nada y son válidos. Se asombró de la sencillez del razonamiento.

Juzgamos desde el prejuicio, filosofó tomando un mate. Recopilamos datos a la luz de la culpa. Entonces, condenan. Como me condenaría el testamento, por ejemplo. Nadie se interesaría en buscar otra manera de leerlo. Me juzgarían culpable. Por lo menos, al principio. Y cuando finalmente se aclararan cómo fueron las cosas, ya sería boleta por obra de las fuerzas morales de la nación.

Es difícil pelear contra un muerto. Máxime si es tu propio padre, que desde la tumba te señala. ¿Quién podría suponer que tal señalamiento es una infamia? En principio, nadie. Y en segundo o en cualquier término, indicaría la existencia de una situación infame en sí misma.

Ucraniano loco. ¡No permitiré que me cagues!, gritó agitando el mate, dirigiéndose a la Barone, al fantasma del Viejo, a los testigos. Desarmaré tu brazo hijo de puta. Te romperé los dientes si es necesario. Pero no te voy a dejar con la victoria. ¡Te juro que no me quebrarás!

Miraba la carpeta sobre el escritorio, las fotos de la Barone con sus pechos apenas sostenidos por el corpiño de su vestido de fiesta. Una sensación de ferocidad lo invadía. Contempló esos senos tostados y erectos. Son duros, había contado Bermúdez. Esa mujer sabría de él. De Carlos Strumer, hijo y nieto de ucranianos zaristas. Yo podré con ustedes, murmuró Carlos con voz dura, sin saber a quién se refería.

Estaba respirando con fuerza, excitado. Tenía calor. Volvió a su sillón notando que su miembro se despertaba a buen ritmo, mientras seguía con los ojos colgados en la Barone y del recuerdo del Viejo, o de ambos, o de cualquiera de ellos.

Con el miembro enardecido, miró el perfil nutricio de la Barone. Ella sabrá de mí, dijo. Sentirá la dureza de mi pene como en carne propia, pene-trándola (no puede ser de otra manera) una y otra vez hasta llevarla a su derrota. Y el Viejo sabrá que engendró un varón, aunque le haya pesado, convirtiendo tanta pesadumbre en tristeza y tanta tristeza en crueldad, o vesania, o venganza, o lo que fuere. Hasta el último aliento del último día o de la postrer noche, o más allá del tiempo.

El deshacería los entuertos. Sí. Lo haría de un golpe, como quien apura una copa amarga. Demostraría que era el hijo de su padre. Tanto o más duro que él, tan hijo de puta como ese cosaco frustrado que debió contentarse con acopiar balas en su caja fuerte, imaginando que podría matar a sus enemigos al despertar de un sueño.

Tomaría a la mujer de los pechos erectos, la desnudaría a mordiscones, y la traspasaría una y otra vez. Mordería sus pechos para asombro de Bermúdez y escándalo del Fiscal. Los desnudaría para que abaniquen el aire quieto de los estrados del Juez, y sobre la tarima desde donde se imparte y reparte la justicia de los hombres, la tomaría como se toma a una hembra rabiosa y el Viejo sabría que era como él pero mejor, porque no aflojó, realizando hasta su último delirio de fiebre. Y la Barone se derrumbaría derrotada, como les sucedió a los germanos cuando cayeron en las heladas aguas del Neva, adonde los llevó a dar batalla la astucia de Alejandro Nevsky, como se lo había contado el Viejo muchos años atrás, cuando el odio aún no había aflorado y el amor tampoco estaba marchito.

Sentado en su sillón, mate en mano, se quedó mirando la pared con ojos huecos, hasta que la voz de la secretaria por el intercomunicador lo sacó de su abstracción al anunciarle que había un señor preguntando por él.

El emboscado había llegado. Ya vería quién era él.

Que espere, indicó.

XXVI

Carlos guardó las fotos de la Barone, cerró la carpeta y acomodó los papeles que navegaban sobre el cristal. Colocó ante sí una hoja en blanco y un bolígrafo, y abriendo el cajón de su derecha, certificó que la pistola seguía a mano.

Decidió colocarse el saco y se arregló la corbata, para darse una formalidad a tono con las expectativas del otro. ¿Las tenía el emboscado? ¿Cuáles eran en tal caso? No las conocía.

Dos desconocidos se iban a encontrar con un muerto entre ellos. Cada uno con su historia y su tormenta en las tripas. Nada de eso se trasluciría, por lo menos al comienzo. Más bien, la entrevista se anticipaba cuidadosamente medida.

Haga pasar al señor, ordenó.

Su secretaria abrió la puerta del despacho para que pasara el emboscado.

Su visión lo defraudó aunque también lo tranquilizó bastante. Recortándose en el marco, un tipo viejo y esmirriado hacía una entrada insegura.

Lo puedo sin necesidad de armas, sopesó Carlos después de medirlo.

Déjenos solos y bloquee las llamadas mientras estoy con el señor, indicó a su secretaria con gesto adusto, invitando a su visitante a sentarse. El hombre se acercó. Quizás esperaba que Carlos se incorporase yendo a su encuentro pero aquél se había atornillado a su asiento.

Yo soy Strumer, se presentó Carlos. ¿Con quién tengo el gusto?

Oviedo, doctor. Luis Oviedo, contestó el hombre, tendiéndole una tarjeta que Carlos dejó sobre el escritorio, sin mirarla. Se dieron la mano.

Strumer apretó la del otro con firmeza. La diestra de Oviedo pareció desaparecer en la suya, con flojedad. Entregada. Era una mano fría. De batracio, comparó Carlos con disgusto, devolviéndosela.

Los ojitos de Oviedo parpadeaban, moviéndose en sus órbitas y Carlos advirtió que la lámpara de mesa hería las pupilas del otro con crueldad. Aun así, no sintió ni la compasión ni la urbanidad suficientes para desplazarla o apagarla. Que se joda, pensó. Si le molesta, que lo diga.

Oviedo se veía demasiado apichonado como para pedir algo. Hurgaba el rostro de Carlos, quizás buscando una similitud con el Viejo Strumer, o signos de simpatía, o curiosidad cordial. Algo, en fin, que no encontró en la adusta severidad de su interlocutor, impasible ante él, para quien se hallaba componiendo la figura del ascético hombre de leyes; importante en razón de la solemnidad fluyente de su condición.

Usted dirá, ordenó.

Oviedo quería decir, pero no sabía cómo.

Finalmente se decidió.

Mire doctor, dijo con voz queda, yo conocí a su padre. Paró a la espera de alguna reacción que no vino. Soy mecánico dental, prosiguió al ver la inutilidad de su gesto. Atendí a su padre hasta último momento. Imagínese, más de treinta años...

Carlos puso cara de imaginar esos años mientras abría parsimoniosamente un paquete de cigarrillos, con lejana atención. Por su misma lejanía, esa escucha tenía cierto tono despectivo. Ofreció a Oviedo un cigarrillo y tomó otro para sí.

Le entregué los últimos trabajos cuando volvió de Europa, masculló Oviedo con el cigarrillo en la boca, inclinándose para encenderlo.

¿Y?, apuró cortésmente Carlos, dando una corta y educada pitada a su low tar.

Y..., nada. Que no me los pagó, doctor.

¡Ajá!, exclamó Carlos, mirando sobre el hombro de Oviedo. Quedaron en silencio por un instante.

Raro en mi padre, se sorprendió Carlos. Siempre fue puntilloso con sus obligaciones. Puso tanta seguridad en la afirmación, que el otro debió sentir vergüenza.

Es que nos conocíamos tanto, doctor... Nos teníamos confianza... Yo le fiaba ¿Sabe?

¡Ajá!, repitió Carlos. ¿Y tendrá algún remito por lo que entregó, supongo?

Oviedo lo miró desolado. Nada, doctor. Sólo mi palabra.

¿Y a vos quién te conoce?, pensó Carlos con aburrimiento. Verá usted, señor Oviedo, dijo tras un carraspeo. Deseo que no tome a mal lo que voy a decir, pero tengo que decirlo. Es mi obligación, llamémosle moral. Hizo una pausa, sacudió la ceniza del cigarrillo y volvió a su discurso. Desde que murió mi padre, han venido algunas personas que se declararon acreedoras de mi padre, pero sólo una pudo probarlo. ¿Me entiende, no? Demuéstemelo y le pagaremos hasta el último centavo que usted dice que se le debe. Caso contrario...

El otro entendió clarísimo. Perdí entonces, dijo.

Si no lo puede acreditar de alguna forma, murmuró Carlos con un encogimiento de hombros. Póngase en mi lugar. ¿Usted qué haría?

Sí, claro. No le pagaría al primero que apareciera. ¡Pero son más de treinta años, doctor!

Mire, Oviedo, lo consoló Carlos con su mejor manera profesional, si es verdad lo que dice - y eso sólo usted lo sabe -, la pérdida que pueda resultar de la pequeña cuenta que pudo quedar colgada, acéptela como un póstumo homenaje de su parte a un viejo cliente.

Sí, claro, murmuró Oviedo en sonsonete. Un homenaje, dijo con poco convencimiento, moviendo la cabeza. Quedó en silencio y reanudó de improviso su charla, con cierta brusquedad. ¿Sabe qué pasa, doctor?

Se me mueren los clientes, vea. Su padre es el tercero en lo que va del año. Viejos clientes, imagínese. Y a cada uno, le tengo que hacer un homenaje por trabajar en la confianza. No sé quién me va a homenajear a mí, se desconsoló. Porque al paso que voy, lo necesitaré antes de lo previsto. No repongo clientes, doctor. Se mueren los viejos, pero no llegan nuevos ¿entiende?

Entiendo, confirmó Carlos con hastío.

Bueno Oviedo, se dijo el mecánico, levantándose. Es hora de irse. Disculpe si lo molesté, pero se me ocurrió que en una de esas, sabía algo del tema.

Nunca oí de usted, confió Carlos con simpática crueldad.

¿No? - tambaleó Oviedo, aturdido -. ¿Su padre nunca le habló de mí?

La verdad que no. Usted sabe cómo era.

Sí, es cierto, reconoció Oviedo. Hombre de pocas palabras. Bueno. Le dejo mi homenaje, entonces, se despidió con cierto sarcasmo.

Gracias. Que siga bien, aseguró Carlos, dándole la mano por encima del escritorio.

Y eso fue todo.

El emboscado se retiró como vino, dejando detrás suyo una tenue estela de derrotada tristeza.

Carlos se quedó viéndolo ir con pasos cortos hacia la puerta, encorvado por el peso de las desgracias y de los homenajes que le tocaron en suerte hacer. Le tuvo y se tuvo lástima. Aflojando la cara, se desprendió de la impronta profesional, y por un momento se tentó con buscarlo y preguntarle de cuánto era la cuenta para pagarla. Pero no tuvo fuerzas.

Sentía que se relajaba. La espalda se le distendía, se le ablandó el cuerpo y el cansancio le cayó encima.

Empezaba a anochecer. Las luces del despacho brillaban con más fuerza, contrastando con la oscuridad de la calle.

Escuchó a su secretaria acomodando papeles. Cierres de cajones, ruido de lapiceras y luces que se apagaban, avisaron de su ida. Hasta mañana, Carlos, saludó desde la puerta.

No respondió. Levantó la mano como si ella pudiera verla. A solas, repasó la entrevista y se sintió mal. Estuvo hecho un hijo de puta, se reprochó. Pero el hombre había venido mal barajado y ese pecado de origen había podrido todo.

Discó el número del Kaiser. Falsa alarma, dijo. Era un acreedor del Viejo que quería cobrar.

¿Cobró?

De ninguna manera, rió Carlos.

La vida es dura, certificó el Kaiser suspirando por el auricular. Hasta mañana, hermano.

Abrió el cajón y contempló la pistola. El recuerdo de Oviedo lo hizo sonreír. Echó llave al cajón y se levantó. Cerró el estudio y mientras bajaba en el ascensor, se miró en su espejo.

Parecía intacto.

XXVII

Podían ser dos imágenes superpuestas e iguales: el Viejo entrenando con la Star y él mismo, con una Beretta prestada. Un juego idéntico, ritual, de una violencia que nunca llegaba. Era imposible no encontrar semejanzas. La idea le dio susto.

Es que por nuestras venas corre sangre de cosacos, había contado el Viejo, mientras tomaba un té prikusku. Mi tío abuelo Ivan Strumerenko llegó a sargento de cosacos. Todo un guerrero ¡sí, señor! Perdió la cabeza en Crimea, donde también seccionó el apellido. Después de él, todos fuimos Strumer. Mi padre tenía dos hermanos en el cuerpo de cosacos, continuando la tradición. Eran ferocísimos. Por su talla, fueron reclutados para servir al Zar. Lo que fue una bendición para ellos, ya que se salvaron de morir de tifus o de hambre... Los rojos los mataron cuando la revolución bolchevique... Debieron morir sobre sus caballos de guerra, brillándoles los ojos con la excitación de la pelea y el olor a sangre y pólvora, sajando cuerpos con sus sables... ¡Siempre recordalo, Carlos! Hemos luchado desde el fondo de la historia. Contra el Temuchín, contra el Batu-Khan, contra el Aga-Khan... No, contra el Aga-Khan no. Ese sólo peleó en las alcobas, descartó con desprecio. Peleamos contra los kirguises, contra los germanos, contra alanos, croatas, serbios, montenegrinos. Contra el mismo Napoleón. Jamás se supo de un Strumer que se rindiera. Ivan, mi tío abuelo, se volvió loco porque no soportó el fin de la guerra. Lo tuvieron que encerrar porque quería seguir peleando.

¡Ah, sí!, recordaba con regocijo. Los Strumerenko hemos acompañado la marcha bélica del mundo. Con Pedro, con Catalina La Grande... Hasta con el idiota de Nicolás II, que pese a todo, era un Zar y un Romanoff por sólo eso, merece ser considerado un grande... Tu abuelo peleó en las filas del general Georgievich Korniloff. Esa sangre de soldados corre por nuestras venas. Aún no se ha oxidado. ¡Bah, por lo menos, corre por las mías!, aseguró.

Carlitos había guardado silencio, temeroso de preguntar si por sus arterias también fluía tanta marcialidad. Tuvo miedo que le dijera que no, que en él no había gota de tanta gloria.

Esta tierra es incapaz de dar esos tipos - se exaltaba el Viejo -. No es lo mismo Napoleón que Calfucurá. Aquí siempre se gana con ventaja... ¡Tierra de advenedizos, de ventajeros! ¡Por eso hay tantos peronistas y no levantamos cabeza!

Tiraba el Viejo con la Star en las tardes cordobesas, pensando en los pendones y alamares de sus antepasados, esperando que se lo convocara a la lucha. La historia

siempre es circular, decía. Pero como en esta inmensidad todo se degenera, al repetirse resulta una caricatura. ¡Hasta la muerte lo es!

Fijate, pedía. Fijate, por Dios. En el Imperio hubo que soportar a Rasputín ¿no? Ese tipo era siniestro. Pero nada que ver con el Lopecito, que fue una caricatura de Ifimovich. Además, allí apareció un Príncipe Yussupoff que tuvo el coraje de pegarle un tiro y terminar con el azote. ¿Y aquí, quién? ¿Vamos a comparar a la Zarina Alejandra Fjodorovna con la María Estela? ¡Por favor! Allí había prosapia, Carlos. Pasado. Raíces. Alcurnia. Aquí la única que existe es la del dinero y la usura.

¡Flojos! -acusaba el Viejo- ¡Ustedes son unos flojos! Este país no tiene nobleza ni linaje. Es una toltería de tenderos. Gallegos, polacos, italianos, judíos. La hez de Europa corrida por el hambre. Y los ácratas. Se han juntado todos para disfrutar la riqueza gratuita de esta naturaleza. Por tanta facilidad, por esa falta de historia, todo se degenera. Nada es serio ni merece perdurar. Por eso, la estirpe de los Strumerenko morirá conmigo. Tendríamos que habernos quedado allí, aunque nos matasen los rojos. Somos una planta demasiado fina para sobrevivir en este erial. Y bueno, será la voluntad de Dios, se consolaba.

Carlitos escuchaba. Vos sos de aquí, dijo el Viejo. Quizás eso explique muchas cosas. Yo, en cambio, he nacido tarde y en medio de una equivocación. Tendría que haber podido seguir la tradición. Ser labrador y soldado, tomar la espada y galopar a las orillas del Mar Negro aunque fuera hacia la derrota o el exilio, como le tocó al abuelo.

Ellos vinieron de noche a nuestra dacha, susurró. Los perros habían ladrado apenas los olieron. Padre se despertó de un salto, se vistió en un relámpago y con las botas en las manos, tomó el fusil y la canana y huyó por una ventanita. Madre acomodó una almohada en la cama simulando un cuerpo, y continuó tendida junto a él. Los rojos casi tiran la puerta abajo con sus culatazos. Entraron en tropel buscando a papá. No sólo por ser soldado del Zar, sino también por ser kulak, un terrateniente. Abrieron la puerta del dormitorio, vieron el bulto bajo las mantas, iluminado apenas por la luz de un candil y, sin decir palabra, nos corrieron a un lado con sus bayonetas y dispararon. Siete tiros le metieron a la almohada, y no se tomaron el trabajo de ver el resultado. Lo que fue una suerte, porque si se daban cuenta del engaño, no estaría contándolo. Allí comenzaron las desgracias para nosotros. Papá quería ir a Estados Unidos, pero no había cupo de inmigración y los yanquis no permitieron que bajáramos del buque. ¡Es desesperante! De todos los rincones del mundo, vinimos aquí, porque al sur ya no había más adonde ir, que si no, ese barco infernal hubiera seguido. En realidad, navegó hasta el fondo del planeta. Un lugar maldito donde nos extinguiremos maldecidos por haber abandonado nuestra tierra...

Por eso serás como sos, hijo - decía el Viejo con voz de augur -. Realmente, no sé por qué no me resigno. Pero es duro... Tu madre fue otro error del destino. ¿Ves? Creí que por ser una Donetz, una descendiente de ucranianos, sería como nuestras mujeres... ¡Qué tonto! Tarde me di cuenta que los Donetz habían llegado antes, en la época de Juárez Celman. Otra gente. Acriollada. O sea, acostumbrada a las corruptelas nacionales. Comerciantes. Fenicios. Tenés mala mezcla en tu sangre, hijo. Es una verdad que debemos aceptar.

Otras veces, se deprimía en medio del discurso. No me hagas caso, Carlitos. Todos los lugares son iguales. Decadentes. Aquí y allí. La misma mierda.

Y los rituales también se parecían. En una de éstas, hasta los perfiles son iguales y la sangre del Viejo sigue intacta, corriendo dentro suyo. Quizás por esas semejanzas los dos elegían matar sus fantasmas con pistolas que jamás dispararon contra nadie. La similitud era asustante. Mejor considerarla un fruto casual.

Los físicos eran distintos, dijo mirándose reflejado en una vidriera. Pero esas diferencias no indican nada. Importa lo subyacente, que no se ve pero que hace a cada uno. ¿Y qué es lo esencial de mí y de él?, preguntó Carlos. Imposible contestar. Nunca terminamos de vernos, como si la visión del otro negara la propia. Entonces, durante su vida jamás cruzamos un acero. Un estoque. Un puñal.

¿Fue a sus quince que empuñó un cuchillo y lo desafió a atacar? Fue.

Carlos se levantó de la silla tirando a un lado tenedor y servilleta y tomando el cuchillo (de punta redondeada y filo casero, inútil como arma, pero bueno como manija de su ira) gritó, temblando de enojo: ¡Acabala con tus insultos escondidos, mierda! ¿Quién te creés? ¿Miguel Strogoff? Como no dejés de basurearme... Mirá..., como no dejés de basurearme...

Yo te mato. Yo te mataré o mataría. Era la natural culminación de la frase que no terminó. Le dio miedo. Como si las palabras se pudieran concretar mágicamente y matase al Viejo con un puñal imposible. O cayera muerto. Segado su cuello de toro. La posibilidad le horrorizó igual que la imagen del otro, con su mirada perdida en la cortina. Y el Viejo, con voz calmada, dijo, le ordenó, sentate a la mesa y seguí comiendo. No hagas locuras ni me amenaces, idiota. Más que idiota, impío. Más que impío. ¿Qué es más que impío? Sentate y comé, concluyó, y él arrojó el cuchillo inservible contra el piso - ya que no contra el Viejo - y se marchó dando un portazo, preguntándose si era un monstruo (¿él o el otro?, ¿él era el otro?). Se marchó o huyó, lo mismo da, escapando a su volcán, llevándose por la calle, impotente de pelearlo. El otro había seguido sin mirar su ira ni su cuchillo, sin preocuparle el por qué de ambos, abstraído en la visión de la cortina que años más tarde cubriría la impudicia de un vecino púber.

Durante su vida, entonces, jamás cruzamos un acero. Recién ahora resurge la pelea y se acaba la leyenda de la orfandad por elección, se contó Carlos. Renace el Viejo y con una fuerza que en vida no tuvo, se instala, me obsesiona con sus trampas, me persigue. Y como es una lucha planteada desde la muerte, resulta desigual.

Vos tendrías que haberte llamado Pedro, dijo una vez el Viejo. Pero la arpía de tu madre se negó. Ella eligió tu nombre y por eso sos Carlos. Tendrías que haber sido Pedro, en verdad, y hubieras sido distinto. No lo que sos. Pedro era mejor que vos, Carlos. Fue mi culpa que no lo seas, reconoció el Viejo. O debilidad. Pero ya pasó. Ahora, esa culpa o esa debilidad son tuyas. No sos lo que yo quise que fueras. Ni siquiera de nombre.

Si nombrar es dar identidad, el Viejo no me la dio, repudiando la que me distingue entre las gentes, susurró Carlos. Entonces, vienen las preguntas impares: ¿Para qué este quilombo? ¿Por qué no me alejo de lo que me fue negado, tanto en vida como en muerte? ¿Por qué me aferro a su mundo, dándolo al fuego como si éste lo volviera puro, limpio de excrecencias, devolviéndolo como si fuera mío desde siempre? ¿Por qué no me olvido del Viejo y sus maldiciones?

Bajó las escaleras hacia el subterráneo, y un calor espeso le sacudió la cara. Apilado entre la muchedumbre, se decía que la pelea no había terminado. Quedaban demasiadas cuerdas por anudar o desatar. O sea que seguían enfrentados.

Ingresó al vagón con la gente estrujándole los costados. Se dejó llevar con resignación, mientras hacía un repaso del día. No pudo evitar sonreír con el recuerdo de Oviedo. Tendría que haberle pagado su cuenta. Pero era imposible. Hubiera significado aceptar ser la continuación del Viejo. Y eso es lo que ambos sabían que no era. Entonces, la diferenciación se convertía en un objetivo importante, para el Viejo tanto como para él; por lo que debía cuidarla para no caer en una traición. Nos une todo lo que nos separa, dijo acomodándose en su lugarcito del vagón.

Una elemental lealtad a las traiciones acumuladas con los años, señalaba que el precio a pagarle a Oviedo hubiera sido demasiado alto, cualquiera fuese su valor.

Estamos tratando de ver quién gana, recordó bajando al andén. Porque quiero vencerlo. Yo, Carlos. No Pedro. Y venga la victoria sobre mi padre, dulce, dulce, a reparar tanta ausencia, tanto Pedro como no soy ni fui, yo, Carlos. Venga entonces el triunfo sobre el Viejo y me convierta en su hijo. Amén.

XXVIII

Marcela reapareció en esos días.

Llamó por teléfono al estudio, y ahí nomás, arreglaron una cita para la noche.

Odio llamarte y me gusta hacerlo, ronroneó por el auricular.

Sonrió al escucharla. ¿Para qué llamas, entonces?

También lo complicado atrae, confesó ella. Descubrí un mundo el otro día, Carlos. Hicimos cosas hermosas y terribles, rememoró. Lo de la peluca me tiene trastornada. A veces me vuelve la imagen. No sé cómo consentí. Hubo algo de sacrílego en eso. Herejía. Lujuria. Infidelidad. Para todos los gustos y disgustos.

¿Para qué llamas, entonces?, repitió.

Querría verte para ver qué pasa con las joyas de mamá.

¿Esta noche?

Podría ser. Pero no muy tarde. Tendría que volver a casa a las nueve, como mucho, advirtió ella.

Arreglá tus cosas que nos vemos.

A las siete ya había oscurecido. Carlos estaba parado en la esquina fijada, aguardándola con aire de conspirador. Enfundado en un sobretodo negro, las manos en los bolsillos, paseaba sintiendo un vientecito congelándole las orejas. La cita había sido marcada en un parque. Absurdo si se tiene en cuenta la estación y la edad, pero lo que venía sucediendo tenía la marca de lo inusual. Veámonos en cualquier esquina, pidió ella. En cualquier lugar que no deje pretextos para estirar el encuentro. Son dos minutos, nada más. Entonces, el parque.

Tardaba, y él imaginó que no vendría. Deambuló por un costado del parque, contando los bancos de cemento y los faroles encendidos, relevando los sectores sombríos. Como cuando era muchacho y los parques tenían esa promesa incierta, vagarosa, de besos robados, de caricias bruscas y urgentes encerradas en su perímetro.

La vio venir. La adivinó casi, en la silueta que avanzaba cruzando la calle sin mirar, con su pelo rubio agitándose con la carrerita.

Ella miró a los costados, buscándolo hasta que lo vio llegar, con una sonrisa en los labios.

Estuvieron contemplándose titubeantes. ¿Cómo se saludan dos extraños que se acostaron juntos y siguieron ajenos? Yo estoy cumpliendo una misión reparadora, se recordó Carlos. Eso le dio coraje y certeza. He venido a buscar una respuesta que avenge o confirme los fantasmas y vengo impuesto por un destino de venganza.

La besó en la boca, y ella se sobresaltó, pero aun en la sorpresa, saludó igual.

Me quedé avergonzadísima, dijo con voz quieta. Prefiero que lo olvidemos.

Él la miró divertido, mientras caminaban hacia el sector de juegos. ¿Cómo se hace para olvidarlo, Marcela? Por decreto resulta imposible.

A mí también, reconoció ella. Pero no es bueno seguir con eso. Fue un momento loco. Eso es. Para los dos fue algo fuera de lo común. Sensibilizados, solos en la casa de tu Viejo, nos conmocionamos. Volvamos a la realidad. Aquello fue un desvarío.

Sí, convino él. Para mí lo fue. Pero no quiero olvidarlo. Valió la pena.

Estuvimos mal, reprochó Marcela. Ni tu mujer ni Adolfo se lo merecen.

No sé qué pueden merecer ellos, defendió Carlos. Siento que para nosotros fue bueno. ¿Cuántas veces, cuánto tiempo nos tuvimos ganas? ¿Te acordás de las cumbias? ¿Del "Muni"?

Ella entonces rió, aflojándose. ¡Claro que me acuerdo! ¡Con el miedo que pasé esa noche! Me volaba.

Ya lo ves. Se trató, en definitiva, de subsanar una postergación.

Bueno. Está reparada.

¿Segura?, preguntó Carlos haciéndole girar la cabeza. Ella parpadeó y él se acercó a buscar su beso, suave el primero, inquisitivo el segundo, furiosos los restantes. Sentados en un banco de cemento, se abrazaron sintiendo los cuerpos bajo las ropas. ¡Ay, Carlos! ¡Ay, Carlos!, suspiraba Marcela mientras él se introducía hecho manos bajo su sacón, bajo su falda tableada, caldeándose con la tibieza de su piel, redescubriéndola estremecida por el roce.

Ella se soltó con brusquedad, empujándolo a un lado y levantándose. Hacemos mal, se quejó. Hacemos mal y lo sabemos, advirtió mientras se alisaba la ropa. Se miraron.

Es verdad que lo que no nace limpio, no nace bien. ¿Estoy aquí en recuerdo de los carnavales del "Muni"? ¿Me importan tanto mis calenturas de los diecisiete años? No. Me traen cosas más actuales y urgentes. Más sórdidas, si se quiere. Me traen y me atraen, a qué negarlo. Al responder a sus llamados, juego mi propia mugre con deleite. Reconociéndola mía. Quizás hago mal. Tal vez bien. Hago, y es suficiente.

Hacemos mal, repitió él. Hagamos mal, que habrá tiempo para olvidar.

Ella sonrió con la respuesta, pero pareció no convencerla. Fue retrocediendo hasta que Carlos quiso tocarla. Ahí giró sobre sus botas de tacón y se lanzó entre las hamacas que se bambolearon enloquecidas a la luz de los faroles. La persiguió entre risas hasta que quedaron enfrentados, resoplando, separados por los sube y baja. Caldeados los cuerpos, jadeantes por la carrera, amagando disparadas hacia los costados, haciendo caer los balancines para uno y otro lado, midiéndose, echándose.

Te agarro y te muerdo, advirtió Carlos.

¡A que no!

A que sí.

Tomó impulso y, apoyando una mano en el centro del sube y baja, saltó por encima, repitiendo la maniobra hasta llegar junto a Marcela que, tarde, tarde, quiso reemprender la carrera y no pudo, ya que se precipitó sobre ella y rodaron por la arena, revolcándose entre risas.

Trastabillando, se levantaron. Carlos le dio la mano para izarla. La tomó del hombro y comenzó a limpiarle la ropa, mientras salían del círculo iluminado de los juegos.

Al llegar al sendero que bordeaba las hamacas, caracolearon, golpeando con fuerza los adoquines, desprendiéndose la arena.

Se tomaron las manos, riéndose. ¡Somos terribles!, se regocijó Marcela echándose a sus brazos.

Mientras se confundían en el abrazo, Carlos vio una escalerita que bajaba del nivel de la plaza hasta una puerta verde. Parecía una raja en el talud de césped. Oscura y descendiendo. ¡Mirá!, pidió señalándola. Vamos allí.

Bajaron a los saltos. La puerta estaba asegurada con un alambre que desató rápidamente, pinchándose las manos. Chirrió al abrirse y un olor a humedad los asaltó. Entrando, prendió un fósforo, que iluminó un cubículo polvoriento lleno de herramientas. Con el pie, empujó a un lado una carretilla, que gimió sobre el cemento. Unos guardapolvos azules colgaban de clavos. Antes que se terminara el fósforo, pudo ver una vela coronando una botella.

Tengo miedo, se quejó Marcela, apretándole el brazo.

No hay problema, la tranquilizó. Es la casilla del jardinero municipal.

Prendió otro fósforo y con él, la vela. Volvió a trabar la puerta desde adentro, con el mismo alambre.

¿Y si alguien viene?

Nadie vendrá, aseguró Carlos. Desde que comenzó el invierno, esto no se usa.

Marcela brillaba a la luz de la vela. Toda de oscuro, resaltando el blanco de su cuello, el rubio del pelo, tenía los ojos chispeantes. Se amontonaron en el medio del cuartito y sin soltarla, Carlos se sacó el sobretodo y lo tiró al piso, extendiéndolo para después dejarse caer arrastrándola. Estamos locos, protestó ella, mientras sentía cómo le quitaba la bombacha, el sacón, el pulóver. No tenía corpiño. Sus pechos se reflejaron sobre la pared, temblaron al ritmo de la llama.

Tengo frío, lamentó.

Ya va, pidió Carlos, cubriéndola con su saco, desnudo de cintura para abajo.

Lo montó levantándose la falda, y se fueron frotando los cuerpos, lamiéndose, calentándose entre sonidos inarticulados. Lo que no hicimos, lo haremos. Bien o mal, pero ahora. Sabiendo de nuestra locura y disfrutándola hasta el horror. Las fantasías de la adolescencia, la cumbia interrumpida. Entre el herramental de la municipalidad, en medio del parque, en sus entrañas. Cavaremos, haremos surcos, plantaremos semillas. Seremos, somos, jardineros municipales. Uniéndonos, frotándonos, mordiéndonos. Asombrados de nuestras osadías. Uno en el otro. Uno adentro del otro. Jadeando mientras el cuartito y los cuerpos se calientan con la vela, y seguimos a su amparo, ¿por qué no? No se apaga. Sigue, continúa erecta, iluminando la pieza. La invado esta noche como si fuera última. Le arranco todos los jugos posibles al cuartito, a la municipalidad, a Marcela. Los hago salir hacia fuera. Salen. Los empujo hacia adentro. Entran. Grito. Ella también. Los guardapolvos azules de la pared parecen mirones. ¡Qué promiscuidad! La vela aguanta y Marcela brinca. En el parque hace frío, pero aquí estamos transpirando. Afuera está desierto, pero aquí habitamos una multitud. Demasiados. Los fantasmas que traemos. Los testigos que viven en los guardapolvos municipales. Las manos que aferraron las palas. Los rastrillos. Carretilla. Carretilla. Carre-carre-carretilla. Nos frotamos. La vela aguanta. Vuelvo a gritar, y la voz resuena, hace titilar la llama. Aguanta. Vamos, voy bien. Esta hembra tramposa se agita. Este mulero también. Los dos agitándose, hasta el derrumbe. O la explosión. Final. Primal. El cuartucho parece llenarse de chispitas. Muchas. Titilantes. Titubeantes. Titi-titi-titi-tutu.

Se quedaron uno sobre otro. Respirando tranquilos, agotados. Las manos de Carlos sobre sus nalgas, cubiertas por la falda, por la lana de su saco, por el techo del cuarto, tapado de tierra y césped.

Le acarició el cabello. Fue lindo ¿no?

¡Hermoso!, se regocijó Marcela. ¡Loquísimo!

Estuvieron un rato sintiendo sus cuerpos, sus telas, sus olores. Un quieto silencio, expandiéndose por el cuarto a la luz de la vela. Lo rompió Marcela de improviso.

¡Carlos!, llámó.

Él volvió de su nube. ¿Qué?

Podrías regalarme el televisor color de Rosita ¿no?, arriesgó ella.

XXIX

Marcela tenía gula. Podría ser de sexo, pero también venía por algo más. Entonces, pasó a mirarla con los ojos de la bronca, esos color rojo, encendiéndose como lámparas. ¿Quieres la tele?, repitió como un autómata.

Total... ¿Qué les hace a ustedes? Ya tienen el resto.

Aún no tenemos nada. Sólo líos, gastos y trámites inacabables.

Pero al final, te quedarás con el departamento y el chalet.

Y con la hipoteca, y con los impuestos, y con las expensas... Hasta ahora, lo único que no tiene embrollo son las deudas.

¿Qué deudas?, se asombró ella. Nunca supimos que existieran deudas ni hipotecas. Me asombra... Tu papá no parecía tipo de estar hipotecado. Siempre se comportó con el aplomo de quien tiene una pila de dinero. ¡Debe estar esa montaña! ¡Hay que buscarla! Te quedarás con las deudas, pero también con la plata, Carlos, ¡con la plata!, exclamó Marcela acucillándose en el sobretodo. Les quedará toda, intacta. No sé si será mucha o muchísima, pero Adolfo calcula que es un montón.

Se dejó caer junto a ella. ¿Y cómo lo sabe?

Hablaba mucho con tu papá. Le ofreció mil veces varios negocios. Nada raro: comprar lotes de saldos, segundas en puerta de fábrica. Se venden bien, con mucho margen. Tu viejo oía, miraba los cálculos, los porcentos... Adolfo se quedaba aguardando su opinión. Ilusionado en asociarlo como capitalista. Siempre decía: si Vladi quisiera, pasamos al frente. Pero nunca quería. Le devolvía las cuentas, negando. No son negocios para un Strumer, concluía. No hemos nacido para financiar viyelitas. Lo siento, Adolfo. Déjame con mis divisas, que así estoy bien.

Divisas decía. No dólares, dirams, marcos, francos, rublos. No. Divisas. Como si comandara un ejército embanderado. Con pendones y cucardas, ¿por qué no? El otro se debía delirar soñando con la fortuna de los zares, el tesoro de la Princesa Anastasia escapándose ante sus narices. El Viejo estaría regodeándose con su sufrimiento. Se sentiría fuerte haciendo espejear la ilusión de un tesoro, descomunal como su fantasía. Salía barata la parada. Adolfo se mordía el labio hasta lastimárselo, sintiendo evaporarse la posibilidad de pasar al frente. Algún día haremos negocio. Adolfo, lo tranquilizaba el Viejo. Es cuestión de tiempo, ya verás, decía palmeándole el brazo.

Cuando tenían esas charlas - recordó Marcela acomodándose entre las piernas de Carlos - Adolfo no podía dormir. ¡Otra vez se me escapó!, decía.

Se perdió su mirada entre los vellos de Carlos, y con sus dedos finos le acollará el miembro, mordisqueándolo. Carlos se sobresaltó. ¡Ey!! ¡Cuidado! -pidió-. Trátalo bien. Entonces ella, acomodándose el pelo tras la oreja, comenzó a sorberlo despacio, subiendo y bajando la cabeza al compás.

Carlos le miraba la nuca, su espalda y su cuerpo, y sentía que le estaban chupando todos y cada uno de los circuitos integrados del televisor color, transistor a transistor, perillas, marcadores digitales, reactancias, diodos y triodos, cristales y emblemas. Y pese a ello, no sentía enojo. Se quedó quieto - o por lo menos, serenamente exaltado - hasta que ella se incorporó y, después de restregarse contra su vientre, repitió en un ronroneo: ¿Me regalás la tele?

¿Tanto te gusta?

Quisiera tener una en el dormitorio. Además... me gustaría algo de lo que dejó - rió como acordándose de un chiste -. Ya que nunca pudimos pasar al frente con el aporte, por lo menos veré "Dinastía".

Ustedes quisieron quedarse con lo del Viejo ¿no?, murmuró Carlos en su oreja.

Ella se sobresaltó. ¿De dónde sacas eso?

Digamos que lo sé, arriesgó Carlos. Suponete que de alguna manera me enteré o me lo imaginé. ¿Es cierto, no?

No, para nada. ¿Cómo podíamos quedarnos con nada suyo? Es absurdo.

No es absurdo si pensamos en Rosita. Todo pasaba a ustedes, a través de ella.

¿Pero eso se puede, acaso?

Se puede creer que se puede. Pensaron que yo no aparecería. Y no lo hubiera hecho, de haberse invertido el orden de las muertes. ¿De quién fue la idea? ¿De Rosita, tal vez? ¿Tuya? ¿De Adolfo?

Pero ¿de qué estás hablando?, se encrespó Marcela con tono ofendido. Yo me voy. No soporto una charla de esta índole, avisó mientras se incorporaba.

Entonces le saltó encima. Vos no te vas. Te quedás hasta contar todo lo que armaron o no salís, Marcela. Nos quedaremos el tiempo que haga falta. Pensalo...

No sé de qué me hablás.

Te lo puntualizo: Le calentaron la cabeza al Viejo inventando encuentros conmigo. Casualidades. Donde siempre yo figuraba como esperando su muerte para alzarme con todo. Alguien estuvo trabajando al Viejo con ese libreto. Esos fueron ustedes. No hubo nadie que escapara del juego. Lo sé.

¿Para qué íbamos a hacer eso?, lo frenó Marcela. Tu Viejo siempre creyó que aparecerías después de su muerte a buscar lo tuyo. Lo obsesionaba. ¿Qué sentido habría tenido contarle lo que suponía? ¡Ninguno!

Fue mostrarle cómo sus miedos se volvían reales. Lo hicieron sentirse perseguido, se empecinó Carlos. No se trató de que yo pediría mi herencia, sino que dijeron que estaba pendiente de su muerte, como un carancho. Para que nos desheredara a Elsa y a mí a favor de Rosita. Aunque no tuviera valor legal, serviría para negociar con nosotros. Los bienes contra el silencio. Además, Rosita tenía acceso a su caja de seguridad. Tendría la llave a partir de la muerte del Viejo. Figura autorizada para ingresar a la caja del Banco. La hubieran vaciado tranquilamente. Se habrían alzado con las divisas, se burló. Y si aparecíamos nosotros, el consejo sería de no hacer olas. O que nos quedemos con las deudas. ¿No fue así?

Estaban de pie, semidesnudos sobre el sobretodo, alumbrados por la vela con un temblor. Ella negaba con la cabeza, con los ojos muy abiertos. No, no fue así, se defendió. Ni sabíamos que mamá estaba autorizada para abrir la caja. Tampoco dónde estaba la llave y menos que existieran deudas ni hipotecas, créeme.

Hacía calor en el cuartucho. Acumulado con la vela y los cuerpos. Una madriguera. Y Marcela negando, como si fuera una pesadilla. No fue así, repitió. Nunca pasó eso.

Es todo cierto y quiero saber de quién fue la idea, dijo Carlos aprisionándola del cuello. Porque fue un plan. Elaborado, discutido y llevado a la práctica. Que sólo fracasó porque Rosita murió primero.

Me lastimás, se quejó Marcela, doblando el cuello ante su presión.

Seguiré hasta que hables, anunció Carlos. Te voy a acogotar si es preciso. A vos y a tu Adolfo los voy a reventar hasta que cuenten. ¡Vamos! Participemos todos de la fiesta. ¿Cómo fue, Marcelita?

Ella sollozó, tratando de desasirse. No pudo. Soltame. No sigas, Carlos. No sigas, pedía llorando. Te juro que me voy y nunca me verás. Dejame ir, por favor.

No hasta que hables, dijo él, aumentando la presión.

Ella entró en pánico, y comenzó a revolverse con violencia. Se restregaban los cuerpos en la pelea, sintiendo al otro gemir y transpirar con el esfuerzo. Pegados uno al otro, unidos como pocas veces. Exaltándose en la lucha. ¡Soltame, hijo de puta!, pedía Marcela entre dientes, mientras pateaba sus espinillas con las botas. ¡Matón, loco! ¡Dejame, te digo! Y Carlos seguía apretando hasta que ella clavó sus dientes en su mano y la mordió con ganas, con rabia, haciendo que se abriera. Al sentirse libre, comenzó a golpearle el pecho y la cara. Entonces Carlos, fuera de sí, la tomó de un hombro y la empezó a abofetear, sacudiéndole la cabeza de un lado a otro haciendo que su pelo rubio se agite, al compás del castigo, con la danzarina voluptuosidad de una propaganda de champú.

¡Hablarás!, gruñía. ¡Vas a hablar, putita!

Pero ella volvió a la carga, tirándole un rodillazo al vientre.

Lo intuyó de milagro y trató de frenarlo ladeándose mientras levantaba la pierna como escudo, pero no pudo evitar caer, arrastrándola en su derrumbe.

Quedaron jadeando y sin soltarse, sintiendo el cuerpo enemigo en el propio, el sudor bañando al otro con el aliento. Tocándose los pellejos. Los brazos con los brazos, vientre sobre vientre. Ardidos de bronca.

Carlos se fue enervando, mientras el cuerpo de Marcela culebreaba sacudido por la furia. Sentía el pubis de ella restregar sus partes, excitándolas; y le volvió el deseo de esa mujer que se revolvía debajo entre insultos y chillidos.

Entonces la besó, o eso quiso, y ella intentó morderle los labios, la lengua, su cara, cubriéndolo de puteadas. Ayudándose con brazos y piernas, le fue abriendo las suyas, trabándolas, y le acarició el sexo en una promesa.

Marcela gemía en el insulto, golpeándolo, resistiendo con sus gritos mientras lo seguía llamando con el cuerpo. Irrumpió con un alarido, entrándole con furia dolorosa, hasta sentir que no lo golpeaba más. Se aflojó primero, haciéndole lugar en ella, tomándolo con sus piernas y trayéndolo hacia sí, abrazándolo con gemidos de gata. Habrá sido el enojo, la pelea - juego y jugo - que los llevó adentro del otro, rechazándose en la búsqueda, odiando como lamiéndose (más que nada, ingresó por la fuerza o por la prepotencia, por el cuerpo a cuerpo; la posesión sentida como victoria, propiedad, poder, golpe o lo que fuere), hasta caer exhaustos, insultándose en susurros desarmados y guarangos. ¡Turro!, dijo Marcela. ¡Guacha!, contestó. ¿Hablarás? ¿Me vas a contar qué pasó?

Ella comenzó a secarse la barbilla, pasando de la propia a la de él, que devolvió la atención con una caricia blanda, caliente. Fueron aflojando las miradas y por un momento, parecieron reconocerse mejores. ¡Fue cosa de mamá!, musitó. ¡De ella y de Adolfo! Yo me limité a seguirlos, créeme. Él la miró y fue a sentarse en el borde de la carretilla.

Tu padre la misereaba -recordó Marcela-. Siempre retaceando dinero, con el pretexto del ahorro, del gasto excesivo. Decía que a su muerte ella iba a tener de todo. Mamá sabía que no era verdad. Si moría tu viejo, a ella no le iba a corresponder nada. Entonces, le pidió que se casaran. Él se negó. Lo odió, pero tuvo miedo. Se sentía desprotegida. Cuando se lo comentó a Adolfo, él aconsejó de que tratara que tu Viejo hiciera testamento, donde la incluyera de alguna forma.

La idea, al principio, no era loca. Pero se fue pudriendo. Esa caja de seguridad, que veíamos como la cueva de Alí Baba, terminó de decidir la cuestión. Con lo que hay allí, pasamos al frente, decía Adolfo. ¡Qué iluso! Contábamos, contaron -corrigió- con que

ustedes se habían abierto totalmente. Como se planteaban las cosas, lo más probable era que, de morir tu viejo, ni te hubieras enterado.

Es cierto, observó Carlos.

Pero podías enterarte. Eso los obsesionó. Para peor, sos abogado. Sabés de leyes. Entonces, había que cubrirse. Así fue como la intención original se transformó en la búsqueda de los medios para quedarnos con todo... ¡No me hagas seguir hablando!

No, no. Seguí que está interesantísimo.

Me da vergüenza, dijo Marcela.

Seguí, ordenó.

Siempre nos intrigó la caja. Tu Viejo la nombraba de pasada, como quien no quiere la cosa. Pero daba a entender que allí había plata grande. No hacía falta hacer cifras. Era mucho. Jamás habló de hipotecas o de deudas. De haberlo sabido, hubiéramos fantaseado menos. Entonces, a mamá se le ocurrió que teníamos que conseguir que los desheredara a su favor. En algún momento, avisó que lo había logrado y que tu Viejo había hecho testamento. Pero ya ves... no fue así. O si lo hizo, nunca apareció. ¿Encontraste algo?

Eso no te interesa, contó Carlos.

Es verdad. No me tendría que importar. Pero alguna vez me pregunté qué habría pasado. Tuve la idea de que tu Viejo, a la muerte de mamá, debió destruirlo. Ya no tenía sentido ¿no?

No, concedió él. Pero antes, tampoco. Un testamento así no vale nada.

Lo sabía, murmuró Marcela. Incluso Adolfo consultó a un abogado. Pero el juego era diferente. Adolfo decía que con un papel así, ni vos ni Elsa se animarían a pedir nada. Porque los comprometía. Por lo menos, mientras estuvieran los milicos.

Y esa posibilidad de hacernos chantaje, ¿no les dio asco?

¿A vos te asqueó golpearme, acaso? Ni un tanto así. Te importó conseguir lo que querías. Bueno, a nosotros nos pasó igual. Algún prurito tuvimos. Pero mamá decía que, de última, había justicia en eso, que no era un despojo, ya que ustedes habían elegido dejarlo solo.

Como puestos de acuerdo, comenzaron a vestirse, cada uno por su lado.

Nunca quise embromarte, aseguró Marcela. Entendolo. Vos no estabas. Eras un nombre, nada más. Lo concreto eran ellos y la ambición. Ni contabas. Carlos no dijo nada. Sacudió su sobretodo y se lo puso. Se reparó el pelo con los dedos. Veía a Marcela señalando su calidad de sombra, y no tuvo qué decir.

En cierta manera, continuó Marcela, mamá creía tener mejores derechos que vos sobre las cosas de tu Viejo... Y de algún modo, tenía razón.

No sé si mejores, contestó Carlos. Pero eran derechos, indudable. No se los hubiéramos negado...

Nadie podía decirlo entonces. No estabas para preguntártelo. Además, quería pasar al frente..., finalizó con una risita.

¡Qué vida de mierda! - se quejó -. Es grotesco ¿no? Estar en una catacumba hablando de cómo quisimos hacernos con la fortuna de un muerto... ¡Años lo soportó mi madre! A su lado, se sentía segura... Y bueno, quiso tener esa seguridad más allá de la vida de él... Lo jodido es que despertó una ambición loquísima en nosotros... Cuando ella murió, Adolfo estaba desconsolado. ¡Tanto trabajo finalmente inútil!

La vela comenzó a temblequear. Agotado el cabo, titiló unos segundos para apagarse finalmente.

Salgamos, invitó Carlos desatando el alambre. La puertita chirrió, y una brisa fresca les ahuyentó los olores. El parque continuaba desierto. Subieron por la escalerita, emergiendo.

¡Qué miseria hay en esto!, lamentó Carlos. Ustedes hablando de riquezas en medio de la mugre y del amontonamiento. Me parece de orates. Un delirio, una enfermedad. Y el Viejo insinuando tesoros... ¡Es de locos!

Adolfo asegura que vas a ligar un paquete de plata, dijo Marcela.

Esa es su locura. Verás que no hay nada, salvo líos...

No lo creo. ¿Me querés contar qué estás haciendo un escándalo por nada? ¿Para hacerte cargo de unas deudas? Pero ¿a quién querés engañar? Vos estás moviéndote para ver qué te toca en el reparto. Porque de otra forma te hubieras abierto. Así que no me engañes haciéndote el modoso. Aunque lo niegues, buscás la plata. Si la fortuna de tu viejo es una fantasía, verás tu desilusión. Ahí te vas a enterar en carne propia qué es lo que andás buscando con tanta furia como para fajar a una mina. Y si todo fue una ilusión, al menos estarán las joyas de mamá. Esas sí son mías... ¿Cuándo me las darás?

Tan pronto las encuentre. Si es que existen.

¿Cómo si es que existen?, se escandalizó ella. ¡Tienen que estar! ¿No pensarás quedarte con ellas, no?

Carlos resopló con fastidio. No sé si existen. No me fastidies.

No te fastidio. Pasa que podrías hacer y deshacer a tu antojo, decirme que no las tenés habiéndolas encontrado.

¿Cómo, cuándo y dónde?, preguntó Carlos. Vos revisaste la casa conmigo y no estaban. Queda la caja del banco y allí actuará un oficial de justicia que inventariará el contenido. Si están, te las doy. Y si no están, es porque no existieron.

Van a estar.

Habían llegado a la esquina. Estoy más aliviada, confesó Marcela. ¿Nos perdonamos, entonces, no?

Para nada, dijo Carlos. Creo que ustedes son unos hijos de puta.

Yo te expliqué, se defendió Marcela.

Te obligué, recordó Carlos. Me contaste tu versión y es terrible. Jugaron con nuestras vidas por unos pesos. Eso fue una canallada. Yo no lo perdono.

¿Pero qué te creés? ¡A ver si bajás de una vez de tu caballo blanco, gilito! ¿Te considerarás mejor que yo? ¿Mejor que Adolfo? ¿Mejor que cualquiera? ¿Y de dónde sacaste esa idea? ¿Quién te absolvió de culpa? ¡Pero por favor!, gritó escandalizada. ¡Hay que ver el coraje de algunos! Mirá, si te sirve de algo, sabé que no sos mejor que nosotros. Dejaste a tu viejo, te abriste de él. Bueno, cosa tuya. Pero ahora, cuando volvés a buscar lo que quedó, te está moviendo la ambición. La misma mierda que nos movió. No otra cosa.

No es cierto. No me interesa una plata que no existe. Estoy buscando, defendiendo otro asunto, puntualizó. Difícil de explicar. En realidad, no lo quiero contar...

¡Versos, flaquito! ¡Puro soneto! Pero dejémoslo. No vale la pena agregarle condimentos. ¿Me darás el televisor, sí o no?

La miró incrédulo. ¡Sos un caso! ¿Después de lo que contaste, tenés cara para pedir?

No pido por lo que conté, sino por lo que hicimos. ¿No merezco nada por eso? ¡Si somos iguales, Carlos! ¡Vos, yo, todos! Si te creés con derecho a las cosas que dejó tu viejo, bien podés darme la tele. Como una despedida ¿no? Porque esto lo es.

El rió. No lo pudo evitar. Está bien. Llévatelo.

De todo esto, nada a Adolfo, pidió ella.

Nada.

Se despidieron en la esquina con un ademán.

Nos hablamos cuando llegue el momento, avisó Carlos empezando a cruzar.

Se le hacía tarde.

XXX

Contó a Marta que se había encontrado con Marcela. Obviando casi todo, le hizo un escueto relato del pedido del televisor y de su confesión.

Dentro de lo retorcidos que fueron, resultó ser honesta, elogió la Gallega. Hay que tener coraje para decirlo, así de frente.

Carlos alzó la vista. No hubo coraje, advirtió. Sólo miedo. O rabia. ¡Qué se yo!

Ella no entendió. ¿Miedo a qué? ¿De qué o de quién?

De mí. Digamos que de una paliza, o exaltada por la pelea. No fue espontáneo, ni mucho menos. La forcé.

¿Cómo fue eso?

La agarré del cuello, explicó Carlos en voz baja.

Marta se sobresaltó, y él no tuvo cara para mirarla. La agarré del cogote, repitió, y se lo apreté. Recién ahí habló.

¡No puede ser! ¡Decime que no puede ser, por favor! ¡Vos portándote como un rufián...!

Yo como un rufián, ratificó. Y no sé si fue una representación o, más llanamente, soy uno.

Bajo el barniz universitario. Dentro de la ropa de ciudad y a pesar del aspecto de contribuyente. Un rufián o un violento. Un tramposo. O uno con miedo. Imposible saberlo. Pero hay una pistola cargada en el cajón de mi escritorio, con la que recibí visita, y tengo la mano mordida. Me duelen las piernas de los puntapiés que me dieron, y paro de contar a fin de no hablar de otras marcas, que dicen de instintos, de juegos innumerables.

Marta negaba con la cabeza. No sé qué anda pasando, pero desde que comenzó esto no sos el mismo. El de antes, el Carlos conocido y querido. Es como si hubieran dejado salir a fieras enjauladas. Todo lo que rodea a tu Viejo trae violencia y traición. Faltaba la vileza, o la cobardía, o el abuso en cualquier forma y vino. ¿Cascaste a una mujer con tus manos? ¿Aprovechaste tu fuerza para pegarle? ¿Y para qué tanto precio? Que sepas lo que intuías, no vale la destrucción de tu estima... ¿O te seguís queriendo igual que antes? ¿Sos el de siempre?

Carlos la sintió lejos, montada en códigos y principios resonantes, comprensibles y racionales. Inútiles.

Soy el de cada día, y también lo que te cuento, identificó. Nunca sabremos hasta dónde lo de siempre es lo sabido. Ella estaba allí, pidiéndome la tele. Sentí que tenía que destapar una situación que no soportaba que siguiera oculta. Se hizo la ilusa hasta que la

apreté y hablé. Valió la pena, ya que até un cabo más. Yo solito. En ese sentido, me maravillo. Cambié la percepción de mi propia estima. Ellos abusaron de la confianza del Viejo y de mi memoria. Se cagaron en mí y sobre lo que está conmigo. ¿Por qué no iba a usar la fuerza? ¿Por qué la tengo que descartar?

No sé, dijo Marta incorporándose. Hablás y escuchándote, te reconozco razón. Pero dentro mío algo me dice que esto es dañino. Para vos, para mí.

Puede ser, reconoció Carlos. Yo estoy maldito, acordate. "Caiga sobre su cabeza el condigno castigo que merece una actitud tan despiadada. Olvídense su diestra y péguese su lengua al paladar. No lo reconozca su padre. Lo odien sus iguales...", recitó.

¿Qué es eso?

Es la Quinta de Vladimiro Strumer. No suena como la de Beethoven, pero también impacta... Es la cláusula Cinco del testamento. ¿Te diste cuenta de que estoy maldecido? No cualquiera lo puede. Y desde la tumba de mi padre...

Esas son palabras, murmuró ella.

Serán. Pero pesan como piedras. Con este paquete a cuestas ¿creés que voy a parar un solo minuto para no dar un cachetazo o agarrar a alguien del cogote?

¿En qué cambia la cosa?

Tengo que romper la maldición, Marta. Por lo menos, saber cómo se gestó. Ellos armaron la trampa. Antes lo suponía. Ahora, lo sé. Esa es la gran diferencia. A nadie le preocupa, pero vale para mí.

No tendré que ir por los caminos cubierto por un sayo andrajoso, agitando una campanilla para advertir de mi paso a las gentes. No deberé transitar las rutas como un leproso, sabedor que una maldición pesa sobre mí. Ella no vale. No es genuina. Surgió del engaño. Con el engaño muere.

¡Pobre Carlos!, se condolió Marta. No lo tomes a la tremenda, que no tiene sentido.

Se acercó y le acarició la cabeza. Para mí, no estás maldito, avisó. Carlos le apretó la mano, se la llevó a la boca y la besó. Yo te quiero, dijo. Con mis partes buenas, con mis malas también.

Ella le besó los ojos. ¿Cuáles son tus partes malas, amor?

Las que damos por buenas ¿acaso son buenas? ¿Son, tal vez? Y ¿qué de las malas? ¿Cuáles de ellas? El que cumple los rituales, ¿ése es bueno? El que vive lo que sufre ¿ése es malo? ¿Es mala la violencia por ser violenta? ¿Es buena la bondad sólo por serlo? ¿Dónde la luz? ¿Dónde lo oscuro? Yo no lo sé. ¿Dónde la verdad? ¿Dónde la mentira? Yo no lo sé. ¿Dónde la realidad, entonces? ¿Dónde la fantasía? También lo ignoro.

Con tantas incertidumbres, tardó en dormirse.

Quisiera saber cuándo me puede devolver el fierrito, jefe, se excusó Bermúdez al día siguiente.

Carlos abrió el cajón con su mano libre y contempló la pistola en su fondo. ¿La necesita ya?, preguntó.

¡Oh, no! Curiosidad nomás.

Vea, déjemela unos días. ¿Puede ser?

Puede, suspiró el otro en el auricular. ¿Cómo va lo mío, tordo?

De maravillas. De ésta parece que lo salvo.

Dios lo oiga, rogó Bermúdez al despedirse.

Sabemos que es sordo, contestó Carlos colgando.

En realidad. ¿Para qué cargarle tantas cosas?

De todas maneras, no hay inconvenientes en hacerlo, ya que es imperturbable. Nada lo altera. ¿O será parte de su Divino Plan? ¿Las mil basuras cotidianas son la exteriorización de su Obra?

No te conocía inquietudes teológicas, se burló el Kaiser.

Nunca las tuve, reconoció Carlos. Pero desde hace un tiempo, tomé conciencia de que no soy inocente. Que nadie lo es. Me llama la atención mi falta de remordimientos. No la creo. Y necesito que me absuelvan, Kaiser. Que alguien ponga una mano sobre mi cabeza y me ratifique un perdón. Que me ayude a perdonar a los que me ofendieron. Que me haga bondadoso y noble. Y de paso, me llene de resignación.

No seré yo quien lo haga, avisó el Kaiser. No me interesa la resignación. Mientras no la tengamos, podremos aspirar a una porción de grandeza. ¿Te vas a resignar vos, acaso, a ser un guacho? ¿A tu suerte? Seguro que no. Eso es lo que te está salvando. Cuando te llegue la resignación, te entrará la muerte.

Demasiado trágico, dijo Carlos con una mueca. Puede ser que al resignarme, empiece a ser sabio.

Se habían encontrado a la salida de sus estudios y estaban en un bar, divagando ante unas copas.

Sólo necesitan un dios aquellos que creen en el demonio, recordó el Kaiser haciendo crujir una papa frita. A los que no tenemos diablo que sacar afuera, no nos sirve la purificación divina, concluyó pidiendo otra vuelta.

Sin embargo, a veces me gustaría ser creyente, confió Carlos.

A tu manera lo sos, lo consoló el Kaiser. ¿Por qué sino te fuiste a Villa Giardino? ¿Qué te hace seguir peleando a tu viejo, Carlitos? ¿La costumbre o algo parecido a un acto de fe?

Supongo que es por conveniencia. Un loco sólo puede salir de su locura dándose cuenta que le es propia. Por eso peleo con el fantasma de mi Viejo. Porque quiero ser su heredero. Porque él es mi origen o mi raíz. Y son las raíces las que nos atan a la tierra. No permitiré que me las roben. El Viejo y lo que dejó a su muerte, son míos, aunque sea mierda. No me gusta, suspiró, pero salgo de él. Me revienta que haya intentado negarme como hijo. No consentiré que me echen de mi origen. Así tenga que volver a matar al Viejo o a su deseo, quemar su herencia, tirársela a los perros, orinarla. Lo que sea lo haré. Nadie puede robarme el pasado. Yo lo defiendo y al hacerlo, en una de éstas, lo mejoro. ¿Entendés lo que quiero decir?

Más o menos. No sé si en el pasado tenemos demasiadas cosas para defender.

Si no las hay, las habrá para recordar, concedió Carlos.

Seguro, rió el Kaiser con amargura. La hijoputez que nos rodea, por ejemplo.

Por ejemplo, aceptó Carlos. Sos parte de ella.

No, error. Soy su víctima, que es diferente.

Somos parte de esto, Kaiser. A veces me da miedo, porque aceptar esa pertenencia significa reconocerse parte de un mundo enfermo.

Esas son metáforas. Más que de enfermedad, ardo de odio. En este mundo enfermo me mataron la mujer que quise. No lo perdonaré nunca. Y encima, lo hicieron de una forma tal, que no la puedo llorar abiertamente.

Era una relación clandestina. Igual no lo hubieras podido hacer.

No es cierto, se defendió el Kaiser. Mi relación con Liliana era clandestina pero humana. Si ella engañaba a su marido por lo que fuera -tendría sus razones - esa infidelidad seguía teniendo una dimensión comprensible. Son cosas que pueden suceder en cualquier parte del mundo. Lo otro, el salvajismo de un secuestro negado y de su posterior asesinato mentiroso, pasó aquí. Eso no lo hice yo. No lo desencadené tampoco. Menos me colocaré en un mismo lugar con los matadores que, según tu criterio, también serían parte de nosotros. Yo no tengo nada que ver con ellos.

Está bien, dijo Carlos. Quizás algún día los señalaremos con el dedo. Lo que quiero decir es que la cuestión no se reduce a ellos. Están los que provocaron. Los que traicionaron. Los que delataron. Los que hicieron sus listas de gente molesta. Los que se encogieron de hombros. Los que aconsejaron la matanza. Los que se desentendieron siempre y todavía, olvidándose lo que pasaba de noche. Todos esos, mi viejo, siguen y también son parte de nosotros. Aunque nos asquee. Mientras no los aceptemos como algo nuestro, no entenderemos qué pasó, qué pasa y por qué. Queremos quedarnos en el medio, entre las víctimas y sus asesinos, y ese lugar no existe. Estamos todos en la bolsa y

cada uno, así como pudo o puede ser víctima, también pudo o puede ser asesino. Y fuimos, somos, a escala, lo uno y lo otro.

¿Ves? -indicó el Kaiser-. Ese es un pensamiento religioso. Hablás como un obispo, Strumer. ¿No los hubo en tu familia?

XXXI

La Gallega se removió en su silla.

Estoy nerviosa - dijo -. Mientras esto no acabe, no dormiré tranquila.

Hoy termina, prometió él, sirviéndose otra tostada.

Hoy puede empezar en serio, retrucó Marta. Si aparece una copia del testamento y la agregan al juicio, se armará despelote. Sabés que hay peligro en esto. Tendrías que abandonar.

Él suspiró. No puedo, te lo dije mil veces. Además, no quiero. Estoy dispuesto a llegar hasta el final.

¿Cueste lo que cueste?

Va mi vida en esto, dijo Carlos con aire liviano. Aunque no lo entiendas, lo que pase me marcará. Si dejo todo y me escondo, sabré que huí y no me lo perdonaré.

¿Y si seguís y te tenés que esconder? ¿Te lo perdonarás?

Siempre. Será parte de mí y de mi historia.

Acordate que la mía está mezclada con la tuya. No es justo que también la juegues, se quejó.

Carlos se levantó, y rodeando la mesa se inclinó para besarla. Saldrá bien y no habrá problemas, la tranquilizó. Y si llega a haberlos, recordá que yo te quiero.

¡Sos un tonto! No vengas con frases.

Carlos terminó la tostada y el café. Se abrochó el cuello de la camisa, retocó el nudo de la corbata y se puso el saco mirándose al espejo en forma aprobadora. Impecable. Se había preparado desde la víspera, el traje recién salido de la tintorería y los mocasines lustrados. Como quien va a un baile.

Marta le alcanzó una pildorita. Toma esto, que lo necesitarás, indicó. ¿Qué es? Un calmante. Lo rechazó. Debo estar lúcido, dijo. Bien despierto, captando hasta el último detalle. No quiero tranquilizarme.

La abrazó despidiéndose. Te veré a la noche.

Llamáme no bien termines, pidió ella.

Seguro.

Ese día abriría la caja de seguridad.

Alistado como para un ritual, Carlos emprendió camino a paso lento, registrando a su alrededor cada minucia, cada olor y cada ruido, para llevárselo consigo. Envuelto en sus mejores galas. Bañado. Perfumado y bien dormido. Caballero en su montura, transitaba erguido y hasta orgulloso.

Hoy es el día, recordó. Elsa también le había rogado que no fuera. Dejó que se pudra todo, pidió por teléfono. No estoy de acuerdo. Quiero terminar con las fantasías, Elsa. Además, no es seguro que haya un ejemplar del testamento. Puede que no exista.

¿Pero si existe? ¿Qué harás si aparece?

Lo pelearé, anticipó con una contundencia que no tenía. Pediré que se declare su nulidad.

Eso es lo de menos, chico, no sueñes.

Es lo más que puedo hacer, se defendió.

¿Sabe lo que puede haber?, había preguntado el Oficial de Justicia.

No. Supongo que en una de éstas hay algunas joyas. Papeles. Nada importante.

El Oficial había sonreído. Uno nunca sabe lo que la gente mete en sus cajas, dijo. Una vez, conocí un tipo que guardaba el duplicado de la llave adentro, por si la perdía... Tuvimos que ir con un cerrajero. Menos mal que usted tiene la llave. ¿Conocía al fiambre?

Era mi Viejo.

¡Oh, discúlpeme!, se excusó. Lo siento, doctor. No quise ofender.

No ofendió.

¿Muchos herederos?

Mi hermana, de quien soy apoderado, y yo. Nadie más.

Algo simple.

Sencilísimo, efectivamente.

Habían combinado para el jueves, a las 14, 45, y allí iba ahora, después de haber dormido la mañana como preparándose para un combate.

Se posó en la esquina de Rivadavia y Reconquista, acodándose en un buzón a mirar a la gente entrar y salir del Banco. Tras unos minutos interminables, vio venir la hombre, caminando con pasos urgentes.

Discúlpeme, resopló el oficial. Me retrasé con otra diligencia. Dejé ésta para el final, porque me di cuenta que es simple, confió mientras bajaban por las escaleras mecánicas. Pero se me hizo tarde. Estos ya cierran. Hablaba repasando los mandamientos judiciales, buscando el suyo.

Este es, señaló Carlos por encima de su hombro.

Fueron hasta la sección de Cajas de Seguridad, y el Oficial pidió por el responsable. Parados ante un mostrador enrejado, Carlos miró la gruesa puerta circular de entrada a las bóvedas.

Ahí adentro duerme el dinero, murmuró el oficial. Toda la plata negra del país. Los contradocumentos. Los documentos que anulan los contradocumentos. ¿Se imagina si pudiéramos tener acceso a esas cajas? Se tendría que rescribir la historia nacional...

Se acercó un señor calvo, con aspecto responsable.

Oficial de Justicia Luna, se presentó éste tendiendo su credencial. Venimos a hacer la apertura judicial de una caja.

El calvo responsable leyó cuidadosamente el mandamiento. Aquí dice que ustedes tienen la llave, señaló. ¿La traen, no?

Carlos la mostró en su diestra.

Aquí dice que deben hacer un inventario del contenido, siguió puntualizando el responsable.

Así es, dijo Luna.

¡Ah! Pero también dice aquí que se deberá hacer con intervención de funcionarios del Banco.

Sí. Así fue la orden del juez.

No podrá ser, dijo el bancario. Yo les facilito la apertura. Les doy un box para que hagan el inventario. Pero el banco no intervendrá para más. Usted abre la caja, hace el inventario y me la devuelve cerrada, de manera que no sepamos su contenido. ¿Estamos? No queremos responder por él.

Luna miró a Carlos. ¿Usted qué dice, doctor?

No tengo inconveniente. Hagámoslo como dice.

Traspusieron el hueco que cuida la gruesa puerta blindada. Con un chasquido seco, una puerta de rejas se abrió ante ellos al zumbido de una chicharra. Tres largos pasillos se abrían desde allí, recorriendo enormes nichos de acero. Eran bloques de metal, brillosos y solemnes; divididos y subdivididos - cada bloque - en infinitos cuerpos, divididos y subdivididos - a su vez - en infinitas cajas. De segura seguridad, como lo proclamaban sus cerraduras dobles.

La bóveda era silenciosa y fresca. Una luz cenital iluminaba los infinitos cuerpos y cajas de los bloques de acero.

Caminaron acompañados por el señor responsable entre tanta frialdad acerada y segura, ahogados sus pasos por una gruesa alfombra, también acerada y probablemente segura, hasta detenerse ante la caja del Viejo. ¿Tiene su llave?, pidió el calvo. Pidió, no preguntó, con tono de orden, como reclamando la devolución de algo suyo. Luna se la dio.

Suerte que la tienen. Si no, sería imposible hacerlo. Habría que llamar a un cerrajero y ya es tarde.

No hay problemas con esto, indicó Luna. El doctor es hijo del finado.

El responsable lo miró con más atención. Carlos puso cara de circunstancias. Raro que su padre no lo haya habilitado a usar la caja, comentó el calvo. Sólo autorizó a una señora.

A la suya. Que también murió, aclaró Carlos. Pero no es raro. Era su caja, no de la familia.

Claro. Pero le hubiera evitado todo esto.

Normalmente, nadie sabe cuando se va a morir, bromeó Luna.

Cierto, suspiró el calvo.

Abrieron con la llave maestra y con la del Viejo. Una larga caja - agrisada y achatada, con una tapa cuyas bisagras marcaban su centro - salió del nicho, y el oficial la recibió en brazos con el cuidado de una nodriza. El bancario los acompañó hasta un box. Era un cubículo donde sólo entraban dos personas, apretadas, con un pupitre mínimo. Les traigo sillas, ofreció el pelado, pidiéndolas por señas.

Carlos y Luna se acomodaron, hombro con hombro, mientras la caja - acerada, gris, segura - era colocada en el pupitre. El calvo se quedó en el pasillo, dejando la puerta abierta.

¿No quiere participar?, insistió Luna.

Para nada, cortó el bancario. Yo sé cuál es mi deber. Hagan el suyo.

Luna abrió la caja. Apareció un enorme montón de papeles y carpetas. ¡Dios mío! - sollozó - ¡Tenemos para todo el día!

Carlos miraba con ojos desmesurados. Imaginó al Viejo guardando papel tras papel, año tras año, con el tesón de un castor. Tranquilo, hombre, se dijo.

Le propongo una cosa, ofreció Luna. Dividamos esto en dos pilas, una para cada uno. Juntamos lo que no sirve. Clasificamos lo valioso y suspendemos la diligencia. Guardamos la caja, levantamos un acta y volvemos otro día, más frescos y con tiempo, y hacemos el inventario. ¿Qué le parece?

Carlos se encogió de hombros. Como quiera.

Es que no comí todavía, se quejó Luna. Y esto da para rato.

Colgaron los sacos en los respaldos de las sillas y se arremangaron, dando inicio al trabajo. Luna sacaba papeles por fajos. Para usted, para mí, canturreó repartiéndolos.

Como hipnotizado, Carlos vio ante sí una montaña de papeles y, entre ellos, claramente, un sobre blanco, apaisado, en cuya cubierta estaba la impronta del Viejo, en azul y con mayúscula, rezando: *Mi testamento ológrafo*. Carlos lo miró o lo intuyó, sintiendo un vuelco en el pecho.

Rápidamente, y tratando que parezca un gesto casual, tomó un manojito de papeles y lo dejó caer encima del sobre, sacándolo de la visión de Luna. Espió al oficial de reajo, y le pareció que no había notado nada. Esto se acabó, se dijo con desconsuelo. Estaba inmovilizado. Duro. Con los nervios en tensión.

Tendría que haberlo dejado quieto, como había pedido la Gallega, como advirtió Elsa. Cuando Luna llegue al sobre, lo inventará como a una joya. Y al leerlo, me mirará con alarma y asco.

Se representó la escena y le resultó insoportable. Me cagó debute, reconoció desfalleciendo. Desde su tumba, el Viejo estará regocijado. No sólo me llena de mierda, sino que, además, vengo a ser yo quien saca a la luz su basural, se dijo con rabia. ¿Pero qué había supuesto? Si era algo posible, previsto, anticipado. ¿A qué tanta sorpresa? Pero estaba allí, tomándolo de improviso, marcando el agotamiento de las fantasías. Basta de sueños. Hay que dejar el cubilete, que cambia de mano. Otro lo agitará y no para bien.

La bronca lo fue invadiendo aceleradamente. La sentía subir, llenarle el cuerpo, los brazos, agarrotarle los dedos y estallar en las mejillas. Las sienes le comenzaron a palpitar. Este hijo de puta no me puede joder, se gritó con desesperación. No me vas a vencer, escupió al Viejo que se descarnaba en la montaña.

No, pero lo estás haciendo. En este momento en que lo grito en silencio, poniendo cara de aburrido cumpliendo un trámite idiota, me estás venciendo. Y como no te detenga, vas a seguir, vas a seguir. Sin esfuerzos. Otros tomarán tu lugar. Con gusto. Con placer o por obligación. Y serás vos, señor de la montaña, quien estará derrotándome, con la paciencia y el ahínco que te eran propios. Si lo pude prever ¿a qué vine? ¿De dónde creí que te podía ganar? ¿Cómo lo imaginé posible?

Con el rabillo del ojo controló a Luna, que estaba mirando unas fotos del chalet. Ahí fue donde murió, contó extrañándose de que su voz sonara calma.

Tomó de la pila una carpeta que colocó ante sí y, mientras la abría, con su mano libre tanteó bajo los papeles hasta encontrar el sobre. Lo trajo lentamente hacia sí, mientras iba comentando en voz alta el contenido de la carpeta. Son viejas escrituras, dijo repasando los folios.

El sobre y su mano ya habían descendido sobre su falda, tapados por la carpeta. Lo sentía pesar y tuvo miedo que se le cayera. Con su mano oculta y con habilidad de manco, lo plegó, mientras que con la mano libre continuó colocando más papeles sobre la carpeta.

Su cabeza era un tambor, su mano un reptil, su pecho, lo poco que podía. Gotas de sudor le iban cayendo por la frente. Luna seguía sacando papeles y papelitos de la caja, entre incrédulo y sorprendido. ¿Para qué guardaba todo esto?, murmuró. El sobre ya había sido plegado dos veces. Cobijado en el puño de Carlos, estaba incorporado a sus ropas de alguna manera disimulada.

Si me descubren, voy en cana, recordó. Pierdo mi matrícula profesional, mi patente de corsario. Levantó la pierna izquierda con gran cuidado y, con torpeza, metió el sobre adentro del puño de la media. Liberada la mano ladrona, la exhibió en la superficie,

enderezando el cuerpo, mientras sentía que la pernera del pantalón cubría la media y el sobre. Se removió en su asiento, nerviosísimo, enjugándose el sudor. Le alcanzó la carpeta a Luna. Tome, ofreció. Estas escrituras se pueden inventariar, aunque no sirvan de nada. Son de lotes vendidos hace tiempo y de una hipoteca en deuda.

El otro la colocó a un costado. ¿Y lo otro?, preguntó.

Nada interesante, respondió Carlos con tono neutro. Son documentos sin valor, ¿quiere revisarlos?

¡Por favor! Si usted es el más interesado en esto.

¿Encontró algo que valga la pena?

Nada, dijo el Oficial. Papeles viejos. Certificados de depósitos cancelados. Cuando los miré, al principio creí que había una fortuna. Pero fueron cobrados hace años. ¿Para qué los guardaría?

Tal vez para control. O por cuestiones fiscales. ¿No encontró nada más? ¿No hay joyas adentro? ¿Una pistolita Star?

Luna hurgó dentro de la caja y sacó un envoltorio. Veamos aquí, propuso mientras lo abría. Un manojo de llaves cayó sobre los papeles, tintineando. Estaban frías de clausura. No hay más, concluyó golpeando la caja en un costado.

De aquella montaña, nada era útil ni valioso. Estaban las declaraciones de impuestos del Viejo, de antigua y reciente data. Un pasaporte, Recibos de jubilación. Boleto de venta. Dos o tres pagarés hipotecarios. El rejunte documental del departamento se repetía en escala

No podía pensar. En realidad, ya no importaba. Sólo quería salir de ahí de inmediato. Una urgencia vital se apoderó de sus sentidos. ¿No hay baño aquí?, preguntó. No, avisó Luna. Si está con ganas, espere que terminemos.

Es que no puedo, señor oficial, señor responsable del sector. No soporto esta tensión y me cuesta mantenerme impasible. Tengo miedo también. ¿Qué, si se cae el sobre que tengo en la media? ¿Qué, si perciben que mi tobillo izquierdo abulta demasiado? Entiéndanme. Lo más valioso de la caja, ya lo tengo. Lo he incorporado a mi cuerpo y temo que se me encarne en él si lo dejo mucho tiempo. Ya lo he inventariado. Es parte fundamental de mi herencia. Tengo su posesión. Necesito irme, por favor.

Carlos simuló estirarse las medias, ajustándolas. Aprovechó para encajar el sobre dentro del zapato, cubriéndolo totalmente con el calcetín. Luna, entretanto, iba formando pilitas con manos expertas. Voy por intuición, comentó. Cuando tenga todo esto en sus manos, clasifíquelo mejor.

Seguro.

Aquí no hay nada, lamentó Luna. Lo mejor es que terminemos, ¿le parece?

Sí, por supuesto, asintió aliviado.

Volvieron los papeles y las llaves a la caja, la cerraron y levantándose, se pusieron los sacos. Recién allí, Carlos advirtió que el bancario había estado todo el tiempo detrás suyo.

¿Terminaron ustedes?

No. Interrumpimos, avisó Luna. Vamos a suspender la diligencia y en unos días, volveremos a finalizarla.

Colocó una faja judicial sobre la boca de la caja, y ésta fue nuevamente introducida en su nicho. Después de terminar con los trámites burocráticos (lentos, lentos) salieron.

En una semana volvemos ¿le parece?

Mejor combinamos en Tribunales. Lo busco.

Bárbaro. Me voy a comer algo, se despidió Luna estrechándole la mano. Nos vemos.

Con paso tembloroso cruzó la avenida en dirección a la Plaza de Mayo. A medida que se alejaba del banco, el cuerpo quería caérsele. Se derrumbó en un asiento de la plaza con un profundo suspiro que sorprendió a un viejito que dormitaba al sol. Sin hacer caso de él, Carlos encabalgó una pierna sobre la otra y, descubriendo la media, sacó el sobre. Comprobó que no se había equivocado. Era el mismo con su cubierta que rezaba en mayúsculas azules: "*Mi testamento ológrafo*". Doblado en cuatro, con uno de sus extremos húmedos después de su estada en el mocasín. Lo miró con aire triunfal antes de guardarlo en el bolsillo interior del traje.

Prendió un cigarrillo y se repasó los labios con la lengua, disponiéndose a un relax. Ahí fue cuando advirtió que, alrededor de la Pirámide, circulaban unas personas. Había mayoría de mujeres, cubiertas sus cabezas con pañuelos blancos, con nombres escritos. Algunas portando carteles con fotos. Otras con leyendas. *Con vida los llevaron. Con vida los queremos*. Miró esas caras y las reconoció aunque no las había visto antes. Gestos duros, tristes. Cabezas enhiestas.

Mejor me voy, dijo incorporándose.

Rápidamente buscó una salida. No le interesaban las desdichas ajenas. Él tenía sus propias.

Volvió a mirarlas con aprensión mientras cruzaba la avenida, alejándose, en dirección a la Catedral.

XXXII

Eran las cuatro de la tarde y hacía solcito. Las palomas volaban sobre la Plaza y la gente aguardaba el cruce junto a los semáforos. Sin embargo, no era como siempre.

Carlos sintió que, por encima de los ruidos y sobre unos gritos indescifrables, algo opresivo se iba adueñando del lugar.

Se detuvo, temeroso de que ese silencio fuera por él. Que lo estuviera señalando a los transeúntes, que se acallaban para verlo huir con su botín en el bolsillo. Pero nadie lo perseguía. Trepó la escalinata de la Catedral y miró hacia la Plaza.

Ahí vio que frente al Ministerio de Economía se agolpaba un grupo heterogéneo, portando carteles reivindicativos. *Que nos devuelvan los depósitos en dólares que nos robó el BIR, Justicia para los inversores.* Bombos y cencerros acompañaban el reclamo.

Desde su lugar no los oía, perdidos sus gritos entre los bocinazos. Todavía el bombo daba ritmo a las consignas y al paso de las mujeres rodeando la Pirámide.

Siguiendo la cadencia de su golpeteo sordo, y de un costado del Ministerio, emergió la Guardia de Infantería.

Se desplegó ante el grupo de protestones, con sus bastones y lanzagases, cubiertas las cabezas con cascos azules; y el silencio que venía planeando sobre la Plaza bajó para instalarse.

Durante una levísima fracción de tiempo, todos se miraron, reconociéndose de alguna manera partes de una misma unidad.

Fue entonces que sonó un silbato.

Hendió el aire como un dardo, perforando la tarde y el sol invernal que se iba. Los guardias avanzaron hacia los manifestantes, que recularon entre gritos en dirección a la Pirámide donde las mujeres de pañuelos blancos daban su vuelta.

Carlos los veía desde la Catedral, al pie de la lámpara votiva que arde allí desde que él tiene conciencia.

Y se quebró la tarde.

Fue el del bombo quien desató lo que estaba provocado, cuando agitó el tramo de manguera con que percutía su instrumento. Lo hizo para golpear su parche, o en recuerdo de los dólares depositados en un banco que se esfumó, o para apartar su verde fantasía que rezaba en inglés que creíamos en Dios.

Agitó el bombista la manguera y lo vio un guardia que tenía en la mano un palo lustroso y duro; bastón que obliga a bastones.

El guardia no interpretó que el ondear de la manguera era para sacudir parches o sueños. Debió creer, si se dio tiempo, que era una señal o un síntoma o el pretexto buscado hasta la furia, y descargó su bastón sobre el bombista, con precisión profesional.

Fue la orden o el signo que aguardaban sus compañeros - los del guardia y del bombista - para romper la tarde.

Se precipitaron guardias y bastones sobre las cabezas y cuerpos de los inversores, que rodaban sobre el pavimento o trastabillaban al correr hacia la Catedral, donde Carlos permanecía inmóvil. Y los guardias, que no veían a Carlos pero sí a los inversores - sus locos, fatuos sueños convertidos en insolente reclamo - avanzaron a paso de carga mientras arrojaban gases lacrimógenos en dirección a la Pirámide y hacia la Catedral, apaleando.

Los inversores corrían envolviendo en su escapada a las señoras de blancos pañuelos. Ellas vieron a los defraudados manifestantes y a los guardias, en medio del apaleo y la neblina de los gases. Entonces, optaron por ir con sus carteles desplegados hacia donde estaba Carlos y su Catedral, rodeado de otros desorientados que, como él, vieron venir encima señoras de pañuelos blancos, inversores de billetes verdes y guardias de cascos azules, mientras el silencio yacía roto en medio de la Plaza y la muchedumbre lagrimeaba.

Ahí se movieron. Los curiosos, los sorprendidos, los aturdidos, comenzaron a bajar las escalinatas en fuga - Carlos entre ellos - dejando a la lámpara votiva quemando gases y a unos turistas japoneses con máquinas fotográficas registrando el acontecimiento entre exclamaciones inentendibles.

Dobló Carlos en la esquina de la Catedral, y tomando por San Martín, corrió en medio del tropel, perseguido por los guardias.

Así llegaron hasta la zona financiera, desplegada a pocos metros de la Plaza, de la Catedral y de la Casa de Gobierno. En esas viejas calles amuralladas en hormigón y vidrio, las casas de cambio, las cuevas y los bancos ofrecían y cotizaban los diferentes precios del dinero.

Ante las pizarras había gente que, papel en mano, anotaba cotizaciones, tasas y rendimientos, mientras los manifestantes intentaban diluirse entre los mirones.

Pasando junto a esos grupos, Carlos oía el rumor desordenado de la persecución y los gritos de los detenidos. Se dio cuenta que no podía escapar y que en el bolsillo tenía escrita su condena.

Se detuvo ante una financiera y, bolígrafo en mano, comenzó a escribir en el reverso del sobre la cotización del BONEX en la jornada, mientras se enteraba del alza de

los papeles privados en la rueda bursátil del día. Así, mezclado entre otros indiferentes, vio cómo el tropel pasaba, perdiéndose en dirección a la avenida Corrientes.

Deambuló entre especuladores, curiosos y punguistas, de pizarra en pizarra, anotando tasas y rindes; hasta que entendió que el peligro se había esfumado.

Inició entonces el regreso, dejándose tragar por la boca del subterráneo. Se sentó en un banco de la estación, sin respaldo, de piedra moteada gris y rojo, que le trajo sensaciones de frescura. Se derrumbó como quien se desploma.

Su cara no reflejaba nada. Sólo la palidez y el sudor eran señas nuevas. En la penumbra del andén, se sintió protegido, mientras recordaba la ronda de pañuelos circunvalando la Pirámide, los guardias persiguiendo gentes y palomas por la city, el oficial de justicia almorzando un sándwich tardío en cualquier parte y la caja, vuelta a su nicho metálico, palpitando como un útero después del parto.

No se movió.

Quieto, tenía la sensación de que sólo sus ojos vivían, atentos. Con gestos muy pausados, encendió otro cigarrillo y fumó despacio, sintiendo el humo penetrarle cada alveolo. Le hubiera gustado que fuese vino, algún licor. Algo fuerte, capaz de marearlo.

Un tren emergió del túnel, paró en la estación con un rechinar de fierros y tras un instante, siguió viaje. Con el rabillo del ojo, tomó nota de que habían quedado con él, en el andén, dos tipos más. Uno, con aire distraído, miraba las revistas de un kiosco. El restante medía la estación con pasos cortos.

Supuso que serían policías. Se sintió incómodo y estirándose el saco, oteó en el túnel, buscando señales del próximo tren. Tardó en llegar, pero vino. Arrojó el pucho hacia las vías y se metió en el vagón, dejando atrás a un curioso y a un caminante.

Le pareció que su bolsillo palpataba, con diástoles y sístoles. Que podría llegar a gritar.

Se vio reflejado en la puerta del vagón y le extrañó reconocerse casi normal dentro de ese aire ajeno. Con él viajaba un pasaje escaso y silencioso. Sus ruidos - si los tenía - se encontraban amortiguados por el estado de ingravidez que lo mantenía flotando en sus pensamientos. En realidad, eran sensaciones térmicas, de pura piel. Insólitas, contradictorias. En vaivén.

Se dejó bajar en la estación Tribunales y levitando en babia, llegó a la oficina.

No tuvo fuerzas para abrir con sus llaves y prefirió tocar timbre. Su secretaria lo recibió extrañada. Al reconocerlo, cambió el aire de eficiencia por otro más humano. Está tu mujer, avisó.

Entró en su despacho como una tromba. La Gallega estaba sentada en su sillón, mirando las fotos de los chicos y de su propia imagen bajo el cristal del escritorio.

Se acercó con violencia y la besó, incapaz de hablar. Colgó el saco en una silla y se dejó caer en ella. Se desabotonó la camisa y levantó los puños, mientras ella preguntaba qué había pasado. No soporté esperar en casa, explicó.

Entonces estalló. Despertando del letargo alucinado, la contempló con ojos de triunfo y dijo - mejor dicho, gritó - que lo había cagado.

Había otro testamento, anticipó. ¡Pero lo cagué Marta! ¡No sé cómo sucedió, pero lo vencí!

Ella lo miro, dudando si alegrarse o correr de susto. ¿Qué pasó?

Imposible contarlo. Las palabras eran demasiado cortas. Venían morosas y se encimaban en la boa empujando la lengua, confundiéndose. Prefirió sacar el sobre y, como un as de espadas, lo arrojó en el escritorio. ¡Gloria Vincitor!

Ella lo tomó con una prevención desconfiada. ¿Qué es esto?, preguntó con alarma, viendo las tasas de interés garabateadas en el reverso de la cubierta.

¡Lo robé, mujer!, explotó. ¡En las narices del oficial de justicia, del empleado del Banco, del fantasma del Viejo! ¡Me lo llevé! Sufriendo horrores. Oculto en la media, metido en el zapato.

Fue terrible, resopló. No te lo podés imaginar si no estás ahí, en medio del juego. Pero pude. De haberlo pensado antes, no hubiera tenido coraje. Estaba allí, delante de mí, y sentí que el Viejo me había ganado. Y de la derrota a manos de un muerto surgió la acción.

La Gallega lo contempló atónita. ¿Te lo pudiste llevar sin que nadie se diera cuenta?, susurró entre la admiración y el escándalo.

¡Lo pude hacer, lo pude hacer!, repitió Carlos con unción de rezo. ¡Sintiendo que salvaba mi vida! ¡Qué mataba su deseo de destruirme!

Se acomodó junto al escritorio y abrió el sobre. Apareció el texto de siempre, que reconoció fascinado. Repasó la escritura una y otra vez, certificando que no había ningún cambio. ¿Lo cremo?, preguntó con el encendedor en la mano.

Ya mismo.

El papel arrojó una llama azul mientras se consumía en el cenicero, enredándose como si estuviera herido. Apenas se enfriaron las cenizas, las quebró hasta convertirlas en un montón informe que tiró en el canasto. El sobre siguió idéntico destino. Abrió la ventana dejando que el olor de la chamusquina se aventara.

Se sentía liviano y contento. Casi feliz. Tenía la mirada desafiante y pícaro.

Esto se termina, Marta, dijo abrazándola. Mi amor, esto está acabando, por fin.

Estrechado a ella se fue relajando despacito.

Y se echó a llorar sobre su hombro.

XXXIII

Llamó a Elsa. A través del teléfono, pudo sentir su alivio.

Sabía que lo podías hacer, confió ella. Una gitana tiró las cartas, anticipándolo. Dijo que derrotarías a los enemigos. Fue textual: los mandarías al otro mundo. ¡Increíble, che! ¡Crear o reventar!

La gitana aspiró su tagarnina y echó una espesa bocanada sobre las cartas, ofreciendo el mazo para el corte. ¡Vamos, mi niña! Agita el mazo y saca una carta. Una solita. La tomas y la das vuelta. Con cuidado, que son de la suerte o la desgracia... ¡Vamos, niña, mete mano! Luego, sacarás otra. ¡Andale ya!

Entre las que aparecieron sobre el tapete, figuró El Loco, La Bolsa, La Muerte y El Guerrero sobre el Carro, en ese orden o en cualquier otro, cabeza arriba o abajo, no recuerdo. Sólo sé que la gitana contemplaba las cartas estudiando arcanos, sorbía su toscano entusiasmada, sacudiendo sus brazos cargados de pulseras, que tintineaban en la penumbra cargada de tapices; mientras anunciaba que veía la locura y la traición, la ambición y el peligro en una caja, lejos, maja, lejísimo, era muy difícil ver a tanta distancia, pero el peligro era real y de muerte, mi niña, latiendo en una caja. De metal la siento, te digo que fría, oscura, no puedo distinguir el peligro, pero quien la abra lo correrá. Él sabe o lo presiente, pero es audaz y no cejará. Está lleno, no se distingue por la distancia, si de amor o de odio. Pero anda repleto. Chalo propiamente, te digo. Ahora ésta. El Guerrero sobre el Carro ¿ves? ¡Vence, mi niña! Triunfa sobre El Diablo. Ni él lo cree, ya que gana de arrebató. Está clarito, a pesar de la bruma. Mata a El Diablo, aleja a La Muerte, y se apodera de La Bolsa, que no será gran cosa, niña, pero siempre es algo.

¿Qué sabía una gitana de sus peleas? Te mando un cassette con los detalles, avisó. Estoy muy excitado para contarle ahora.

No importa, rió Elsa. Vale el resultado. Sabía que lo íbamos a derrotar. Felicitaciones, Carlitos.

Resultaba difícil relatarlo. Una y otra vez aparecía en su memoria el cubículo del banco, hombro con hombro junto a Luna revisando papeles, y su diestra bajo la carpeta tomando el sobre para sumergirlo en su zapato.

Las palabras no servían, pues. Eran incompletas, privadas de olor y sentimientos. No podían transmitir lo vivido en esos minutos eternos. Ninguna gitana podría haber anticipado la peripecia. Nadie se hubiera atrevido a suponer un desenlace tan atorrante.

Él triunfa, mi niña. A pesar suyo, insistió la gitana, echando una bocanada de humo sobre las cartas. Vence de arrebató, mata al Diablo y aleja La Muerte, lo que no es poco.

Tiene la genialidad de lo insólito, confirmó el Kaiser, divertidísimo.

Ahora, era pasado.

Mira, niña, propuso la gitana echando una voluta hacia el cielorraso. Aquí viene El Colgao. Le Pendú, decía la madame Sosostri. ¿Qué coño significa? Invertir la visión del mundo, darla vuelta y corregirla. Lo negro, blanco; lo lleno, vacío. No está claro. Vamos a los arcanos menores, a ver qué dicen. Elsa destapó otro naipe, y luego otro que la gitana acomodó para leer.

Siete de copa, nueve de lanza, as de escudilla. ¡Arrenegote demo! Entonces, en la muerte da la vida, por visión del Colgao. Prepara la Casa de Dios, mi niña. ¡Qué confusión! Espadas, ahora. Volverá a matar. ¡El Loco, que no es poca la gracia que le espera! El Loco, o sea, El Bufón, la Sabiduría. Él sabrá, niña. ¡Quédate calmáa! Es cosa de tiempo. La Macarena lo ampara y le hará ver. No habrá Daño, palabra de María José. Ve tranquila y deja tus perras en la talega, que hay que vivir. El Señor da y el Señor quita, amén; la despidió persignándose, mientras pateaba a la gata negra que dormía al pie de su silla.

Ahora, era pasado.

Carlos recordó la promesa hecha a Marcela y, después de unos días, decidió llamarla. Abrimos la caja, anunció. No apareció ninguna joya.

Podría haber dicho que lo sentía, para completar la frase o continuar una amable ficción. Pero no tuvo ganas. No hay joyas. ¿Existieron alguna vez?

¿Nada? ¿Nada de valor?

Papeles viejos, llaves, escrituras. Nada

Ella permaneció en silencio. Carlos la imaginó haciéndole señas a Adolfo, con desconsuelo. ¿Nada de dólares, mejicanos, bonos?

Ni un cobre.

Pero, ¿dónde está la fortuna de la que hablaba?

En ningún lado, rió él. O donde siempre estuvo. En su cabeza.

Paciencia entonces, suspiró ella con tono resignado. Supongo que no queda otra que dar todo por perdido. ¿Cuándo puedo pasar a buscar el televisor?

Ese es otro tema del que quería hablar, dijo con regocijo. No te lo podré entregar.

¿Y por qué?

Elsa no está de acuerdo.

Le habló con suavidad, improvisando. No puedo darte nada si no tengo la conformidad de mi hermana. Le corresponde la mitad. Y Elsa no está de acuerdo.

Lo habías prometido, recordó con rabia.

Me equivoqué. Debí preguntarle primero a ella.

Ella cortó la comunicación con brusquedad.

Tardó unos días, pero finalmente la dama se cubrió moviendo el alfil. De sus resultas, apareció Adolfo.

O tal vez no fue así y el alfil, creyéndose rey, se desplazó por el tablero por propia voluntad, yendo hacia el casillero de Carlos.

Ingresó al despacho con una sonrisa de circunstancias, evaluando el lugar con aires de comprador. Con un gesto, Carlos lo invitó a sentarse y ofreció café. Después de hablar de bueyes perdidos, corrió el pocillo y lo miró.

Te escucho.

El otro se revolvió nervioso. Me resulta difícil empezar, se disculpó.

¿Es acerca del Viejo?

Sí. De él se trata.

Carlos lo dejó hacer, mirándolo atentamente.

Me contó Marcela que en la caja no había nada.

Es cierto.

Raro, ¿no? Tu viejo siempre dio a entender que allí había una fortuna. ¿Cómo puede ser que no haya aparecido una moneda?

Lo que ustedes entendieron o lo que el Viejo quiso que crean, no concreta las fantasías. No apareció nada porque nada había. Es así de simple.

Convengamos que suena raro. ¿Para qué quería una caja de seguridad entonces? Sería idiota.

Sería nomás, concluyó Carlos. No lo sé. Tampoco interesa mucho. Si guardó una fortuna, la sacó antes de morir. La gastó o se la llevó a la tumba. Y si nunca existió, tener la caja era dar pie a la fábula.

Suponer eso es pensar que era un farsante, señaló Adolfo.

¿Y por qué no? Imaginémoslo. ¡Qué se yo, flaco! ¡No vengas con cosas de las que no fui parte! Háblame sobre lo que te hizo venir.

Tampoco aparecieron las joyas.

Carlos sintió que se iba calentando. ¿Es una pregunta?

Sí.

Pues tampoco aparecieron, dijo con fastidio. Se lo avisé a Marcela.

Bueno, murmuró Adolfo, pasándose la lengua por los labios. Mirá - dijo en tono que quería ser persuasivo - sucede que no te cree ¿sabés?

El alfil ponía cara de tristeza, apesadumbrado de tener que comerse el caballo o dar jaque al rey.

Quedaron en silencio. Carlos se instaló en él como en un poncho. Veía al alfil con un interrogante en el ceño y, arrebujadito como estaba, nada dijo.

No te cree, insistió Adolfo.

Él desplegó su poncho y despacio lo hizo a un lado. Es su problema, no el mío, aclaró. En todo caso, pudo venir a decírmelo en vez de mandarte a vos.

Adolfo se removió en su asiento. No me mandó. Vine solo. Entendí que había confianza suficiente para hablarlo. Además, yo tampoco te creo.

Él comenzó a caminar a lo largo del despacho, pensativo.

¿Qué piensan ustedes? ¿Qué creen, en definitiva?

Que te quedaste con todo, contestó Adolfo. Que es macana que no había nada en la caja.

Hay testigos ¿sabés? Está la gente del Banco, el oficial de justicia.

El otro movía la cabeza, negando. Creemos que los compraste. También mentirían.

No me ensucies con tus sospechas, advirtió Carlos. Crean lo que quieran ¿eh? Si los hace felices, háganlo. Me importa un rábano. Es su locura. ¡Mirá si voy a armar un despelote así para ocultar lo que es mío! ¡Ustedes están locos!

Estás equivocado, dijo Adolfo, cada vez más triste. No se trata de que hayas escondido lo tuyo. Entendemos que estás ocultando lo que también es de Marcela.

¿Cómo es eso?

Muy simple, Carlos. Marcela cree - creemos - que le correspondería algo a ella. Cree - creemos - que si tu viejo compartió su vida con Rosita, es justo que Marcela, como hija de ella, participe de lo que dejó tu viejo. Además de las joyas. Suponemos que por eso, estás escamoteando el bagayo.

¿Rosita dejó algo?, preguntó Carlos al descuido.

Sí, no demasiado. Hay una casa y unos ahorros.

¿Y Marcela estará ofreciendo también compartir lo que dejó su madre? ¿O me equivoco?, sonrió.

Por la cara que puso el otro, era evidente que estaba equivocado. Estás cambiando de tema, señaló. No hablábamos de la herencia de Rosita sino de la de Vladimir.

Si es el mismo caso, Adolfo. ¿O mi Viejo no compartió una parte importante de la vida de Rosita? Iguales derechos a los que pide Marcela, tendríamos Elsa y yo.

Estás cambiando de tema.

Es verdad. Volvamos al principio.

Se paró y lo apuntó con un dedo. Andá a casita y decile a tu mujer, de parte mía, que se vaya a la mismísima mierda.

Hablaba en un murmullo, sintiendo la sangre afluir al rostro, ardiéndole la frente y las mejillas. Adolfo pareció achicarse en su asiento.

También a vos te lo digo - puntualizó Carlos, golpeándole el esternón con su índice - . Te podés ir a la mierda con tu mujer, con tus sospechas y tus acusaciones.

No matonees, avisó Adolfo corriéndole la mano.

Fue ahí que le pegó. Su palma ascendió hacia la mejilla de Adolfo y estalló con un chasquido.

¡Rata!, gritó Carlos tomándolo de las solapas. ¡Sorete! ¿A mí venís haciéndote la paloma? ¿Vos? ¿Vos, que te pasaste trabajándole la moral al Viejo con basuras inventadas? ¡Te reviento!

El otro se resistió, desasiéndose. De un salto, se precipitó hacia la puerta del despacho. Carlos la bloqueó, y de un empujón lo volvió al centro de la habitación. ¡Vos no te vas, ratita!

Entonces peleamos. ¿Qué se puede contar de una pelea? Nos trabamos los cuerpos y rodamos por el piso, gruñendo y golpeándonos, con mas saña que estilo. Nos mordimos. Nos pateamos. ¿Qué más querés que te cuente?

Todo, susurró la Gallega. Contame cómo fue.

No hay mucho más, confesó Carlos en la oscuridad del dormitorio, sintiendo el cuerpo caliente de ella junto al suyo.

Nos pegamos con ganas. Duró poco. Un golpe mío le reventó la nariz y comenzó a sangrar. Las gotas parecían vivas. Se deslizaban sobre el bigote como si estuviera impermeabilizado. Me manché los puños, también la camisa y la alfombra. ¿Qué más te voy a decir? Los dos nos asustamos en cuanto vimos la sangre y paramos de pelear. Él empezó a lloriquear, mientras trataba de contener la hemorragia con un pañuelo. Las lágrimas se confundieron con la sangre, y era grotesco verlo con el bigote enchastrado, balbuceando que le dolía, que tenía roto el tabique y que yo era un canalla.

¿Y vos? ¿Cómo te sentías?

Extraño. Mirándome los puños despellejados. Me resultó, no sé, patético, llámalo así, patético. Me sentí vacío, descomprimido. Adolfo me molestaba de verlo. Andate, le dije. Se arregló la ropa y se secó los ojos. Tomátelas, insistí dando un paso hacia él. Retrocedió y me di cuenta que tenía miedo. De mí ¿te das idea? Su susto me infló como un globo. ¡Tomátelas!, susurré. Y no cruces delante de mí porque te piso.

¿Lo amenazaste?, se sobresaltó la Gallega.

¡Ajá! Lo había vencido. Él sentía lo mismo. Era cómico verlo retroceder hacia la puerta, sucio y descompuesto. Como la nariz le goteaba, no la podía bajar. Entonces la mantenía alzada. Y eso, que en otro caso hubiera sido un gesto de orgullo, en él daba risa porque era la evidencia de su fracaso. Se fue humillado.

¿Y vos?

Hecho un desastre. La ropa desecha y el cuerpo dolorido. Pero bien. Dueño del campo.

Él triunfa, dijo la gitana. Tiene tu misma sangre, niña. Él gana. Lo dice este arcano mayor, afirmó apuntando con el cigarro la carta del Guerrero sobre el Carro. Tiene suerte. Aguarda, que aún lo espera El Colgao. Que no es poco.

El humo se expandía dejando un olor áspero antes de subir hacia los tapices del techo. Elsa miraba a la gitana, a sus pulseras y colgantes, a su gata negra dormitando, mientras las cartas contaban su historia en esa tarde boreal, susurrándola en la penumbra. Él gana y vence, insistía la gitana. Palabra de María José, mi niña. Tranquila tú, que la sangre es buena.

Me da miedo lo que está pasando, dijo la Gallega, acurrucándose. Abrazame fuerte.

XXXIV

Se sentía sucio. La mugre debía brotarle por los poros. Indisimulable. En poco tiempo, había cambiado hasta el metabolismo. Se espiaba en los espejos, tratando de sorprenderse en un gesto nuevo, algún rictus que exteriorizara la dureza que sentía manando desde las tripas.

Para su alarma, no conseguía descubrirse. Aparentemente, seguía siendo el de siempre. Cachafaz. ¿Era un simulador, o se trataba del juego de vivir?

Paz a tu alma, dijo el Kaiser con tono solemne. Yo te absuelvo, Carlitos.

No era suficiente, sin embargo.

Yo te apoyo. Te acompaño - repetía la Gallega - Yo te quiero.

Era bueno sentirla, pero tampoco bastaba.

Iba y venía por el estrecho pasillo de sus obsesiones. Destrucción de documento privado, incumplimiento de deberes profesionales, hurto agravado por el vínculo y lesiones, recitó.

No conseguía impresionarse. Las palabras se descolgaban una tras otra y nada cambió pese a tanto ritual.

Demonios desencadenados. ¿Estaba implícito este final en aquellos bolsiqueos infantiles en los trajes del Viejo? ¿Tenía, desde antes de nacer, el sino marcado?

Acabala, pidió el Kaiser con un bostezo. No te mandés la parte, que no te dio el talento para llegar al parricidio.

Sin embargo, siento que lo maté. Él aportó bastante, hay que reconocerlo. Pero la destrucción de su obra, el derrumbe de sus ilusiones póstumas, fue mi tarea. Enterrada en la media, embutida en el zapato, me llevé su alma en un sobre desde las entrañas de las bóvedas blindadas. ¡Cómo resuenan las frases! Nada dicen que no parezca el chisporroteo galano de una bengala navideña.

Y si lo maté - por un suponer - en ese acto lo hice mío y allí nos juntamos en el delito. Unidos como jamás quisimos estarlo. Empezamos a ser, en ese instante, el uno que emerge del otro. Ahora te continúo, mi Viejo. En la posesión de tus porquerías acumuladas en la locura. En el recuerdo de llanuras ucranianas borradas de una memoria donde no llegaron a hacer nido. En el aventar de tus sueños de magnate. Ocupás un lugar que, vivo, nunca pudiste habitar.

Nomen, fama, tractatus, recitó el Kaiser. Si mal no recuerdo, eran los requisitos de filiación en el Imperio Romano ¿no es así?

No me pidas que me acuerde - pidió Carlos -. Yo aprobé Derecho Romano por equivocación.

¡Oh, pobre Carlos!, se burló el Kaiser. ¡Todo en vos es una gran equivocación! ¿Puedo pedirte algo?

Estaban en el estudio de Strumer y la noche había vaciado las oficinas vecinas.

¿Qué querés?

Que no me fastidies más con tus lloriqueos, huerfanito. Me das asco. ¿Quién creés que sos? No lo mataste ni lo venciste. Lamento decirlo, pero lo único que hiciste es robarte un papel para defenderte.

Terminala que ya tengo bastante, rogó Carlos.

Martirologio de 15 a 20, anunció el Kaiser con voz de locutor a una audiencia invisible.

Se levantó del sillón y se puso a espiar los papeles desparramados sobre el escritorio. ¿Y esto qué es?

Una defensa, comentó Carlos. Un caso de apropiación indebida. Es lo de Bermúdez. Te lo conté.

¡Ah, sí! Ya recuerdo. El que te prestó el arma.

Justo, ése. Pronto tengo que presentar el memorial.

¿Y cómo vas?

Bien. Creo que lo despego por el beneficio de la duda.

¡Maravilloso beneficio! -se extasió el Kaiser-. ¿Ves? Ese también te alcanza.

No empecés

¿Le devolviste la pistola?

Aún no.

Prestámela.

Pensó en negarse, pero finalmente accedió. Abrió el cajón y tomó el arma por el caño. Ojo que está cargada.

El Kaiser la agarró con mano firme, sopesándola con cuidado. Parece buena. ¿Por qué no se la devolviste?

Le pedí que me la deje unos días, explicó Carlos acomodando sus cosas. Ni yo entiendo para qué.

Completa tu fantasía de asesino, supongo, dijo el Kaiser. "Circula sombrío entre cajas de seguridad apoderándose de documentos ultrasecretos, cacheteando a los traidores con golpizas tremendas. Un hombre así, señoras y señores, tiene necesariamente que tener un arma en su escritorio", ¿no?

Carlos lo miró dolorido. No me persigas. Sabés que para mi esto es cosa seria.

Lo sé, reconoció. Pero tanta tragedia termina siendo cómica, Carlitos. Murió por las tuyas. Vos no lo empujaste a la muerte ni lo mataste y menos pudiste evitarlo. A tu viejo lo liquidó su historia o su salud. Y con ese acto tan gentil, te dio la oportunidad de saldar las cuentas pendientes, lo cual es un lujo. Pero no divaguemos. Necesitamos una copia, se interrumpió. ¿Tenés algo que valga la pena?

Nada.

¡Vergüenza sobre ti, Strumer. ¡No eres digno de tu juramento profesional! Ya vengo, advirtió guardándose la pistola.

¿Adónde vas?

A adquirir líquido elemento, marqués. Yo soy un complejo aparato movido a alcohol.

Pero dejá el fierro.

Está fenómeno conmigo. Quiero saber qué se siente llevando un artefacto así en el bolsillo.

Volvió al poco rato, trayendo ginebra.

Supuse que no tendrías hielo, explicó. Esto nos vendrá bien.

Dejó el arma sobre el escritorio y trajo dos vasos de la kitchenette.

¡Trinquemos, Baco! ¡Trinquemos!, propuso a los gritos. ¡Pronto los culos veremos, muy deliciosos y adornados! ¡Salú!

Vació la copa de un trago. ¡Qué bebida de mierda! Se quejó chasqueando la lengua. ¡La soporto porque es plebeya como nosotros!

Vos sabés, Kaiser, empezó Carlos con voz monocorde al tercer brindis. Hay veces que creo que todo es una fantasía. En cualquier momento despertaré ante el Viejo, que me reprochará desde el mismo infierno mi canallada.

¡Zas! ¡Volvemos al tango!, se quejó el Kaiser. Si sos un hijo de puta, es por la simiente que dejó allí donde la puso. Quedáte tranquilo.

En cierta forma, lo maté, así haya sido después de muerto, confesó Carlos. Todas y cada una de sus fantasías cayeron o las destruí.

Estás en pedo. Delirás. Con la pistola en la mano, recorrió el perímetro del despacho. Exorcisemos los fantasmas, propuso. No dejemos que te quiten el sueño ni te extravíen el apetito. ¿Tenemos una foto de él?

Tenemos.

Dámela.

¿Para qué la querés?

Para ver cómo era. De curioso nomás.

La foto del Viejo. Salvada de la quema. Oculta entre dos tomos de jurisprudencia antigua. Tamaño postal. Aparecía de joven, trajeado, rodeada su cabeza con un aura fabricada por el pincel retocador de Foto Sava. Se la alcanzó.

Parece un buen tipo, como cualquiera de nosotros, bromeó el Kaiser. ¿Y éste es el que creés haber matado, Carlitos? ¡Jé!, ¡Vamos a exorcisar!, proclamó como recordando algo. ¡Terminemos con los aparecidos!

Tomó la foto del Viejo y la pegó a la pared con un pedazo de cinta scotch.

Ese es tu perseguidor, Carlos. ¡Démosle muerte cruel e inmediata!, gritó mientras le tendía la pistola. ¡Dale, hermano! ¡Tírale de una vez y acabá con esto!

Carlos lo miró desorbitado. ¡Vos estás piantado!

¡No, por favor! Bueno, sí. Qué sé yo. ¡Qué importa cómo estoy! Te desafío a que lo mates. Mete un tiro entre las cejas. Un lindo agujerito por donde salga la sangre y manche la alfombra. Después veremos cómo hacer desaparecer el cuerpo. ¡Vamos!, lo urgió poniéndole la Beretta en la mano. Sabés cómo funciona esta porquería. ¡Dale, cabrón!

¡Salí de ahí!, rió Carlos con acento ginebroso.

¿Pero no ves que sos una caquita?, se encrespó el Kaiser. ¿Te das cuenta que lo que maquinás es puro cuento? Mentiroso. Camelero. Bostita. Fetichista. ¡Pegale un tiro a ese hijo de mil putas que te quiso reventar! ¡Ahí lo tenés! ¡Dale! Si es sólo una foto, pibe. De tu papito que te cuida desde el cielo. ¿Le tenés miedo a una fotito? ¿Le tenés miedo a tu papito? ¿Eh? ¡Contestá, carajo! ¡No voy a pasarme esperando que te decidas a hacer lo que decís que ya hiciste!

Estaban excitados, con las caras brillantes de sudor. Se encontraban muy cerca uno del otro, enfrentando la foto.

Carlos sintió el cuerpo del Kaiser irradiando olor a tabaco y transpiración. Su amigo tenía los ojos clavados en él, con la boca abierta que dejaba deslizar un hilo de baba o ginebra por una comisura.

Vos no sabés, comenzó a explicar con acento alcoholizado.

Yo no sé nada, interrumpió el Kaiser. Sólo que si no tirás, sos vos el muerto. El resto es puro verso. Decidí qué querés, hacelo y después, callate para siempre. Yo estoy en la salita.

La puerta del despacho se cerró y se imaginó al Kaiser acomodándose en cualquier silla.

Volvió hacia la foto. La cara del Viejo aparecía desaparecía, perdiéndose de a ratos como saliendo de foco. Iba y venía, de la pared hasta él.

¡Loco!, barbotó mientras trataba de contener su mareo.

El Viejo no había sido feo cuando joven. Su bigote, cortado en aquella época a lo Clark Gable, le tuvo que deparar la suerte de visitar las entretelas de más de una señora. Sus ojos se perdían a lo lejos, soñando con el discurrir de las aguas del Dnieper, con cabalgatas enloquecidas, con victorias deliradas.

La foto estaba allí.

Como en un juego descorrió el seguro y la corredera, cargando el arma.

¿Y qué si lo mataba de nuevo?

¿Se sentiría entonces peor que ahora?

En cuanto recuperase la sobriedad: ¿tendría un nuevo reproche, o sólo la confirmación simbólica de un palpito?

Se colocó en cuclillas y apuntó todo lo más cuidadosamente que le era posible, sosteniendo su mano armada con la otra.

La mira enfocaba la frente del Viejo, encuadrando su entrecejo. Sentía su respiración entrecortada y una vaporosa sensación aligerándole el cuerpo. ¡Podrías haber sido Pedro!, soñó que le decía con aire rabioso.

La sorpresa lo sobresaltó, haciendo corcovear a la Beretta. El estampido fue tenue, e hizo cimbrar los vidrios suavemente. La violencia del impacto echó al Viejo contra la pared, mientras un circulito se abrió sobre la satinada superficie de la imagen, que empezó a sangrar yeso.

El Viejo volvió hacia él, como quien intenta despedirse. De sus labios pareció brotar un gargajo que lo enfureció, empujándolo a gatillar una y otra vez.

Entre los algodones del mareo y el vapor de la ginebra, sentía las sacudidas de la pistola tan amortiguadas que parecían ajenas.

Se escuchó un alarido, y el Kaiser abrió la puerta alborozado.

¡Touché!, aplaudió con fervor, abrazándolo. ¡Hemos batido al enemigo! ¡Cabral soldado heroico!

Carlos quedó contemplando la foto con aire bobo.

¡Lo hiciste, Carlitos, lo hiciste!, se congratulaba el Kaiser llenando los vasos. ¡Vamos todavía!

Soy un animal, murmuró mirando su mano armada.

¿Viste que no lo mataste? ¿Te diste cuenta que no le hiciste daño? ¿Qué no se lo podés hacer aunque quisieras?

Soy un animal, repitió en un susurro.

¡Sos un pelotudo! -lo palmeó el Kaiser-. Guardá esa basura y rajemos que es tardísimo, dijo descolgando el cadáver de la pared. Recogió los plomos y los casquillos usados y los tiró al cesto.

Entonces comenzó a sacudirse.

Primero fue un espasmo y luego otro. Al principio silenciosos. Pero se sucedieron cada vez más rápido, y la risa empezó a asomarle entrecortada hasta terminar en una carcajada salvaje.

Señalaba los agujeros de la pared como un idiota, con el pecho extenuándose por el esfuerzo de la risa. El Kaiser se unió al jolgorio.

¡No le pude hacer nada!, aulló bestialmente. ¡Murió por las suyas, no lo maté!

El Kaiser asentía con la cabeza, mientras se enjugaba las lágrimas, riendo en un lamento.

Cuando se fueron, habían terminado el porrón.

XXXV

La resaca lo amaneció con dolor de cabeza. Los ojos ardidos y la garganta, una lija. Se quedó en la cama holgazaneando, entre dormido y despierto, hasta que llegaron los chicos a mediodía. Se treparon sobre él dando grititos mientras sacudían sus osos y otras menudencias de colores vivos, introduciéndose bajo las mantas para hacer casa en ellas, una carpa o una gruta.

Le subieron al cuerpo, tironeándole los pelos del pecho hasta el dolor y el rezongo. Le hicieron cosquillas con sus piecitos. Se rieron juntos, revolcándose sobre el colchón.

Con pena, se levantó finalmente para ir al estudio. Lo movió una urgencia tan incontenible como innecesaria. Pero sintió que debía llegar cuanto antes para verificar que las pruebas habían desaparecido o nunca estuvieron, certificando que fue un sueño, una pesadilla o una ordalía de ginebra.

Sorprendido, comprobó que todo estaba ordenado. El escritorio seguía cubierto con los borradores de la defensa de Bermúdez. Los vasos habían sido retirados por el portero, desde siempre a cargo de la limpieza. La botella tampoco estaba y los cachos de revoque que saltaron con los disparos habían sido barridos. Sólo el yeso roto recordaba el asesinato. Las muescas blancas, imposibles de disimular, eran los únicos signos de lo sucedido.

Se preparó un mate, e instalado en su lugar de trabajo, abrió el cajón del escritorio comprobando que la pistola estaba. También la foto acribillada del Viejo, semioculta por la culata del arma.

Aún le dolían la garganta y el pecho de tanto alcohol y cigarrillo. Sentía un regusto espantoso en la boca, un aliento ardido por mil pitadas que el desayuno no aventó tras el fracaso del dentífrico. Le picaban los ojos. Se trepó en el sillón y suspiró, aceptando resignado tantas señales de deterioro.

Hasta el mediodía, estuvo tratando de estimularse para comenzar el trabajo. Pero fue inútil. Flácido, con los nervios desmadejados, se quedó mirando los agujeritos de la foto hasta que decidió salir.

Con aire ausente anduvo recorriendo juzgados. Por si acaso, se corrió hasta el tribunal donde tramitaba la sucesión del Viejo. La justicia se encontraba transitando los últimos minutos de atención al público de la jornada. Entró al Juzgado despacio, y se acodó en el mostrador de la mesa de entradas.

Un escribiente cosía con prolija obsesión. Carlos se admiró de la pulcritud con la que enhebraba folios, atravesándolos con una aguja de colchonero. Cada vez que alguien presentaba un escrito, el escribiente debía descoser y volver a coser el legajo. Como una

Penélope aguardando culminar una tarea eterna. Para ese hombre, la justicia debía ser una lezna, una aguja y metros de hilo sisal entrecruzándose hasta el hartazgo sobre los lomos de los expedientes.

¿Sí?, preguntó con voz aburrida, rematando su costura con un nudo complicado. Strumer, sucesión, pidió. El otro se levantó limpiándose las manos en el pantalón, y buscó en el casillero de la letra "S", haciendo desfilas las carátulas una a una, hasta que la encontró. Entregándosela, retornó a su lugar, a seguir cosiendo. Durante este trayecto, en ningún momento lo había mirado. Carlos imaginó ser, a los ojos del auxiliar, no más que un bulto informe sobre el mostrador.

Tomó el expediente y abriéndolo en el último folio, comenzó a leer. Las letras mecanografiadas lo despejaron. ...*Por ello FALLO: ...Declarando que por fallecimiento de Vladimiro Strumer o Strumerenko, le suceden en el carácter de herederos universales sus hijos Elsa Silvia y Carlos Ignacio Strumer y Donetz...* Repasó la declaratoria hasta convencerse de su contenido.

Con paso de autómatas salió del tribunal. Parado en la cúspide de la escalinata, enfrentó la inmensidad de la plaza abierta ante el Palacio de Justicia. Tuvo que entrecerrar los ojos para habituarlos a la luminosidad del sol. Una fuente arrojaba chorros de agua al cielo, bañando la escultura de bronce de dos bailarines clásicos.

Para él, el día estaba completo. Podría ir a juntarse con la Gallega. Sacarían a los chicos a un parque, podrían pasear bajo los eucaliptus, o dormir la siesta y hacer el amor.

Con pena, debió renunciar a tanta doméstica belleza. La defensa de Bermúdez le comió la tarde. El gordo llegó cuando los folios se apilaban prolijamente tipeados.

Está todo listo para mañana, anunció Carlos con un desperezo. Creo que es un buen trabajo.

¿Sigue creyendo que zafo?

Para castigo de todos, creo que sí, ratificó Carlos. El tiempo y los jueces dirán.

¡Ojalá!, dijo Bermúdez, abriendo su maletín. Hurgó en su interior hasta sacar un fajo de billetes. Van dos mil más a cuenta, tordo - contabilizó empujando el dinero.

Él abrió el cajón y dejó caer la plata en su interior. Después lo anotamos. Sacó la pistola y la tendió al gordo. Va en devolución, muchísimas gracias.

Bermúdez tomó el arma como si fuera una brasa. Olisqueó el cañón y comprobó que estaba descargada. ¡La disparó!, exclamó con alarma.

Sí, unos tiritos.

Jefe, musitó agachando la cabeza. ¿No se mandó ninguna macana?

Quédese tranquilo.

¡Humm! Me costará hacerlo.

Tranquilo, Bermúdez, insistió Carlos. No pasó nada.

El otro guardó el arma en el maletín. Y bueno, ya está hecho ¿no?

Calma, hombre, recomendó Carlos.

Yo la tendría, titubeó, sino fuera por esos balazos en la pared y las gotitas en la alfombra, jefe. No son de vino.

La sangre de Adolfo. Oscurecida, restregada, no había salido pese al detergente. Bermúdez la señaló con el mentón, levantándose con aire inseguro.

Caminaron hacia la puerta. Antes de salir, lo escrutó. ¿Me quedo tranquilo, jefe? ¿Me lo jura?

Sí, mi viejo. Se lo juro. Vaya tranquilo que no pasó nada.

Ya veo, murmuró el gordo. Sólo una charla entre amigos. Me doy cuenta, concluyó agitando la mano en un saludo inconcluso.

Cuando regresó a su despacho, se dio cuenta que el cajón seguía abierto. Los billetes cubrían la foto del Viejo. Haciéndolos a un lado, la miró con detenimiento.

El Viejo se veía grotesco. Tenía un balazo en el entrecejo, como un tercer ojo. Los otros tiros, sin tanta precisión, lo habían acribillado. Carlos repasó con su índice el contorno de la cabeza. El dedo corría suave sobre el papel. Los bordes de los disparos estaban metidos hacia adentro, conservando adheridas algunas partículas de yeso. Con cuidado, planchó los agujeritos, limpiando la superficie con el pañuelo.

Hizo ademán de volver la foto al cajón, pero algo lo detuvo. Se quedó con ella en la mano, y finalmente se decidió.

Movió el vidrio del escritorio para levantarlo un poquito. Con cuidado, introdujo una punta de la foto bajo el cristal y empujó lentamente, hasta acomodarla junto a las de Marta y sus hijos.

Ordenó a la ligera unos papeles.

Se colocó el saco sin dejar de observar la foto.

Hasta mañana, papá, musitó.

Saludó a su secretaria y se fue.